

## CAPÍTULOS GRATUITOS

### **A través de las sombras**

Antonia Guzmán

*A todas las escritoras que me inspiraron para llegar hasta aquí.  
Espero algún día inspirar a otras personas del mismo modo  
en que ustedes lo hicieron conmigo.*

*“Por la humanidad dejaré al viento alentar  
aquello que nacimos para ser”.*

*El cazador, Angélica Hernández*

## **EL COMIENZO**

Iba caminando por un bosque. Corriendo, mejor dicho. Corrí lo más rápido que pude, sin mirar atrás. Sin detenerme; sin descansar. Sin siquiera saber a dónde iba. Solo tenía el pensamiento de que, llegara donde llegara, no podría ser peor que el lugar de donde venía.

Por un momento pensé que, tal vez, al quedarme donde estaba, en el lugar de los hechos, encontraría la forma de revertir la tragedia. Pero no, porque así el pasado irremediable que en su momento fue dulce seguiría atormentándome día y noche sin descanso, como un escenario del que ni en mis peores pesadillas podía escapar.

Entonces, cuando el caos aún no se apoderaba de todo, la oscuridad lo hizo. *Entonces vino el caos.*

## PARTE I

# EL REINO DE LAS SOMBRAS

*“¿Y si durmieras?  
¿Y si en tu sueño, soñarás?  
¿Y si al soñar fueras al cielo y allí  
recogieras una extraña y hermosa flor?  
¿Y si cuando despertaras  
tuvieras la flor en tu mano?  
Ah, ¿entonces qué?”*

SAMUEL TAYLOR COLERIDGE

## CAPÍTULO I

En el sueño, Aura ya se estaba ahogando. Era el mismo sueño de siempre, y venía repitiéndose desde hacía semanas.

Esa noche apenas cayó dormida la ya familiar sensación de asfixia la asaltó: llegó de golpe, sin que pudiera preverlo a pesar de que no era la primera ocasión en que le ocurría. Fue más fuerte que otras veces: se ahogaba, y odiaba ser consciente de cómo sus pulmones quemaban suplicando por algo que ella no podía darles. Trataba de respirar con desesperación, pero solo conseguía que la mano en su garganta apretase con mayor fuerza.

«Mientras más luches, más rápido te ahogará», dijo la voz. Parecía no venir de ninguna

parte y de todas a la vez: era un murmullo que le susurraba la oscuridad a su alrededor.

Por supuesto, eso Aura ya lo sabía, mas debía aparentar. Poco a poco dejó de luchar y de moverse. Exhaló todo el aire que le quedaba en los pulmones, esperando así que la presión constante que sentía en la tráquea se aflojara. Fingió que se quedaba sin fuerzas y cerró los ojos. Procuró estar lo más quieta posible, con la esperanza de que la creyeran muerta para que así la soltaran. Desgraciadamente, la oscuridad ya conocía ese truco, e intensificó su agarre. Su visión comenzó a empañarse de puntos negros. ¿Podía pasar eso en un sueño? Sentía que su cuerpo se derretía a causa de la falta de oxígeno. Intentó pelear una vez más contra la sombra sin rostro que la retenía incluso cuando ya no tenía las fuerzas suficientes para oponer la resistencia que necesitaba.

«Eres patética». Percibió el siseo demasiado cerca de su oído, junto con una cálida respiración en su cuello que la hizo estremecer.

Cuando la sombra la soltó, justo antes de ingresar una enorme bocanada de aire a sus pulmones, la chica creyó ver un atisbo de la persona que había intentado (con bastante éxito, por lo demás) ahorcarla, no obstante, la imagen se esfumó de su cabeza en cuanto se dio cuenta de lo que creía haber visto. Sentía como si la conociera, aunque nunca lograba ver nada, salvo sombras.

El ente se retiró y con él, la sensación de frío desapareció; el calor regresó a su cuerpo... Y el oxígeno no llegaba... *¿Por qué no llegaba!?*

La muchacha despertó con una capa de sudor frío cubriéndole la espalda; todo en ella estaba acelerado: su corazón latía desaforado, los pensamientos bullían en su cabeza... En la oscuridad de su habitación Aura rebuscó a tientas en el cajón de la mesita al lado de su cama, procurando mantener la calma hasta que sus dedos se cerraron en torno al pequeño tubo del inhalador. Cuando el medicamento por fin entró a su sistema la chica tosió, sintiendo cómo el aire pasaba por su tráquea con dificultad, dolor y un gran alivio. Le llevó unos minutos normalizar su respiración.

«Eres patética». Las palabras del sueño se repetían en su memoria como una grabadora que no podía detener. Aura desvió la mirada a las luces fluorescentes del reloj al otro lado del escritorio. 6:57.

Se levantó aún intentando controlarse y se dirigió al baño. A oscuras esperó que el agua se calentara, y cuando comenzó a salir vapor, se metió dentro de la ducha. Permaneció durante unos instantes más de lo debido bajo de la regadera, pensando en todo y nada a la vez, congelándose a pesar del agua hirviendo debido a un escalofrío que no podía quitarse. Estaba harta de las pesadillas, de los sueños, del miedo a cerrar los ojos y sentir que moría un poco más cada noche... Del miedo a saber que un día bien podría no despertar. Esa vez

por poco no lo hizo, y ese constante temor escarbaba en ella más profundo que cualquier otra cosa.

Al cabo de unos minutos Aura salió de la ducha envolviéndose en una toalla de la cual no supo distinguir bien el color, ya que la oscuridad de la mañana se lo impedía, pero no quiso prender la luz. Se vistió rápidamente con unos jeans, zapatillas y el suéter más grueso que encontró en su armario: ese día tenía un examen importante en la universidad a primera hora, antes del desayuno. Al volver al baño se obligó a encender la luz mientras cepillaba su cabello mojado, oscurecido por el agua que aún goteaba de él. Entrecerró los ojos cuando la luz tocó sus retinas y ahogó un grito al ver su reflejo.

La sensación de asfixia oprimió sus pulmones; esta vez no se debía al asma.

Tocó su cuello descubierto con mucho cuidado, recorriendo con los dedos las marcas violáceas de manos que se cerraban en torno a su garganta.

«Mientras más luches, más rápido te ahogará», había dicho la voz mientras la ahorcaba en su sueño. Ahí estaba la prueba, rodeándole la tráquea, y eso nunca antes le había pasado. Sin embargo, su sentido del deber prevaleció y se recordó a sí misma, sacudiendo la cabeza, que ese día no podía darse el lujo de llegar tarde. Así que se obligó a no pensar en eso mientras abría de vuelta el armario y sacaba otro suéter de cuello alto. Dejó una nota para su madre sobre la mesa de la entrada y salió de su casa tapando las marcas de su cuello.

En su auto ya la esperaban listas del día anterior su mochila negra y su chaqueta favorita, por lo que partió de inmediato, con el recuerdo del sueño fresco en su memoria.

Las sombras la acompañaron todo el camino hasta la universidad.

La carretera estaba desierta y el sol aún no salía del todo, dejando que en el ambiente todavía reinara la penumbra de la noche, lo que solo facilitaba la aparición de las sombras. Trozos de oscuridad se escurrían a su alrededor, deslizándose sin llegar a tocar a la chica. Un escalofrío la recorría cada vez que ellas llegaban, pero no le daban miedo. Era más bien como... como si las *conociera*.

Aura condujo todo el camino sin más ruido que el de sus pensamientos; no podía dejar de darle vueltas a las extrañas marcas alrededor de su cuello, que eran un recordatorio de la pesadilla que había tenido esa noche... y el resto de las noches desde hacía poco más de una semana.

Había comenzado despacio, gradualmente. Al principio había sido tan solo una sensación helada que le recorría la columna vertebral cuando la inconsciencia se apoderaba de su cabeza. Luego vinieron el miedo y la oscuridad. Estaba aterrada y no conseguía saber

por qué. Siempre se despertaba cubierta en un sudor helado, con frío y un miedo irracional.

La siguiente noche se sumaron al sueño la desesperación y una angustia que oprimía su pecho impidiéndole ingresar a su cuerpo el aire correctamente. Lo peor vino después, cuando las imágenes comenzaron a aparecer en su mente y las sombras tomaban forma corpórea y apretaban su tráquea hasta dejarla sin aire. De alguna u otra forma siempre terminaba de la misma manera. No es que le hiciera especial ilusión, sin embargo, al ser asmática, la asfixia era algo con lo que ya estaba familiarizada; había aprendido a vivir con eso desde que tenía memoria. Estaba acostumbrada, aunque en el sueño... en el sueño era otra cosa; su ahogo no tenía nada que ver con el asma, y eso la aterraba.

Aura se estremeció. No había luz a pesar de que el sol hacía rato había salido. La carretera pasaba, como siempre, por un bosque tan grande, tan alto y tan denso que alcanzaba a tapar los rayos del sol naciente, cubriendo con un aire lúgubre todo lo que lo rodeaba. El término de aquel lugar se escondía a los ojos. Un impulso se apoderaba de ella cada vez que lo veía, potenciado por la curiosidad que le inspiraba lo que se podría ocultar tras los imponentes árboles, pero —ahora se daba cuenta— había algo que le impedía ir a pesar de sus ganas de conocerlo; un presentimiento que no lograba descifrar.

Al salir de la penumbra del bosque el sol por fin le dio a la chica, golpeándola fuertemente con los rayos que se colaban a través de la ventanilla del auto.

Las sombras que rondaban a su alrededor se esfumaron con más rapidez que con la que habían aparecido, mas una permaneció intacta. Se deslizó a través del interior del coche. Era tan densa y oscura que parecía absorber toda la luz y energía que había a su alrededor. Esta se mantuvo quieta un instante y a Aura, quien no quería desviar la vista de la carretera, se le hacía difícil no alternar la mirada entre el camino y la sombra que se hallaba a escasos centímetros de ella.

Cuando la oscuridad volvió a avanzar, Aura oyó el sonido. La sombra, viscosa y negra, se arrastró hasta ella con un siseo parecido al ruido que se hace al rechinar los dientes, como si quisiera decir algo que hasta ese momento la chica había ignorado.

Apenas la tocó Aura sintió cómo parte de su energía se drenaba de su cuerpo y pasaba a alimentar a la oscuridad. Ahogó un gemido y la sombra pasó a través de ella, disolviéndose en un punto entre su cuerpo y la luz que entraba por la ventana. El siseo pareció escucharse dentro de su cabeza como un suave eco, al principio, que sonaba desde lo más profundo de su cerebro hasta convertirse en un murmullo resonante, claro... y capaz de helarle la sangre hasta la médula:

«Esto no es más que el principio». Y las marcas del sueño comenzaron a arder en su garganta.

Para cuando la chica terminó el examen, las marcas en su cuello habían dejado ya de arder y se sintió libre de dirigirse al comedor a ingerir su tan preciado desayuno.

Aunque a Aura jamás le había dado hambre tan temprano en la mañana, la cafeína seguía siendo vital para ella. El comedor no estaba abarrotado de gente como solía, pero aún era muy temprano y Aura sabía que no eran muchos los estudiantes que tomaban clases a esa hora.

La chica ubicó una mesa vacía al lado de uno de los tantos ventanales que había por todo el comedor y se sentó a beber el café que sostenía en un vaso de cartón.

Unas pocas personas revoloteaban por la cafetería. Notaba tenso el ambiente, sin embargo, la vida seguía su curso: la gente seguía hablando y caminando de un lado a otro por los pasillos de mármol; fuera, el sol se escondía tras las grises nubes que anunciaban una tormenta segura, volviendo la luz de un blanco mortecino en lugar de un cálido amarillo... Todo era normal, como cada día. Entonces, ¿por qué esa vez se sentía tan diferente?

El aire se tornó de un frío que le caló los huesos a pesar de la chaqueta y del café que la muchacha sostenía entre los dedos. De un momento a otro la temperatura bajó varios grados y la sensación de manos cerrándose en su garganta con tanta fuerza le cortó la respiración de golpe.

La chica trató de mantener la calma con bastante éxito, diciéndose a sí misma que no era más que su imaginación... pero su imaginación no solía jugarle tan malas pasadas. No había nadie a su alrededor, Aura lo sabía, sin embargo, eso no le devolvió el aire. Buscó en los bolsillos de la chaqueta el inhalador que siempre cargaba con ella dándose cuenta de que el pequeño tubo de medicamentos del que tanto dependía se había quedado junto con su mochila en el casillero.

—Maldición —masculló.

Se levantó con la cabeza dando vueltas y se dirigió a paso lento a través de los interminables pasillos. Aura quería correr y llegar junto a los casilleros lo antes posible, sabiendo que, si lo hacía, el poco aire que le quedaba ya en los pulmones terminaría por abandonarla, y no podía darse ese lujo.

En lo que parecieron horas la chica logró llegar a su objetivo, esquivando a las multitudes con dificultad e intentando actuar como si nada ocurriera. Con dedos temblorosos ingresó los cuatro dígitos de su clave y la puerta se abrió con un chirrido metálico.

Rebuscó ya desesperada dentro del cubículo notando que las manos apenas le respondían cuando sintió un escalofrío desde su espalda baja hasta alcanzar la parte trasera

de su cuello. Notó cómo todo su cuerpo se paralizaba al tiempo que la sombra avanzaba pegada a su piel hasta bajar por sus brazos, enviando ligeros pinchazos dolorosos a través de sus nervios. Apenas se podía mover, pero cuando los puntos negros comenzaron a aparecer nuevamente en su campo de visión fue cuando se dio cuenta de que había dejado de intentar respirar siquiera.

Con la vista nublada y tratando de hacer caso omiso a la sombra logró encontrar el inhalador dentro de su mochila. El alivio la recorrió por un segundo antes de que otra sombra, aún más oscura y fría que la anterior, comenzara a sisear cerca de su oído, poniendo sus nervios a flor de piel. Entonces, cuando la tocó, Aura pegó un salto y el inhalador se le escurrió entre los dedos. El escaso aire que le quedaba en los pulmones terminó por abandonarla y Aura se tambaleó. Se sentía mareada. Intentó calmarse y volver a respirar, ver dónde había caído el inhalador, pero la visión se le hacía tan borrosa que lo único que distinguía aparte de la oscuridad de las sombras que se deslizaban a su alrededor eran los colores borrosos de las cerámicas. Las piernas no le respondían. Si intentaba agacharse en busca del inhalador... ¿se caería?

Una mano en su hombro la sobresaltó aún más y las sombras se esfumaron de golpe, como si nunca hubiesen aparecido. Y, como si jamás se hubiera ido, el aire regresó a sus pulmones.

Su vista demoró un instante en despejarse.

—¿Estás bien? —preguntó una voz seca tras ella.

Se llevó una mano a la cabeza, sintiendo el latido de su corazón en las sienes, respirando por fin. Lentamente logró darse la vuelta sin tambalearse. Frente a ella se hallaba un chico que nunca antes había visto; estaba segura de ello. Tenía el cabello negro como el carbón. Su piel brillaba de un pálido grisáceo a causa de la luz blanca que iluminaba los pasillos, y la escrutaba con unos ojos de un color intenso y oscuro que, Aura juraría, era morado. Lo veía delante de ella, sin embargo, no sabía cómo era posible que alguien los tuviera de ese color.

Aura asintió con la cabeza, su respiración aún acelerada, ingresando tanto oxígeno a su cuerpo como este se lo permitiese. Ambos se miraron directamente por una eterna fracción de segundo. Los ojos color púrpura del chico la observaban con un brillo particular que ella no supo identificar. Aura no sabía cómo sería su expresión, aunque sentía que la tormenta en sus ojos grises recorría las marcadas facciones del muchacho que tenía delante con curiosidad. Él desvió la vista hacia el suelo, rompiendo el contacto tan repentinamente que Aura parpadeó, siguiendo su mirada hasta el inhalador que se le había caído cuando las sombras llegaron. El chico se agachó con una expresión aún más extraña en el rostro; a

Aura le era imposible saber qué pensaba.

—¿Es tuyo? —le preguntó con el mismo tono neutral que había utilizado un momento antes.

Aura lo examinó con la mirada durante unos segundos antes de asentir lentamente con la cabeza. Apenas se atrevía a hablar. No por timidez, sino porque tenía la sensación de que no le saldría bien la voz si lo intentaba. Había algo en él que la hacía desconfiar.

Le devolvió el inhalador y por un momento los dedos de ambos se rozaron, haciendo que un escalofrío recorriera el cuerpo de la chica. Guardó con prisa el pequeño tubito azul en uno de los bolsillos de su chaqueta oscura y cruzó los brazos delante de su cuerpo sin despegar los ojos del chico y dándose cuenta, extrañada, de que ya no le costaba respirar en lo más mínimo.

—Gracias.

El muchacho asintió frunciendo el ceño, como si lo desconcertara el hecho de escuchar su voz. La miró una vez más con aquella expresión extraña. Parecía que por su cerebro pasaban a la vez todas las preguntas para las que no tenía respuesta y se dio la vuelta despacio, alejándose por los pasillos hasta convertirse en no más que una oscura silueta y desaparecer frente a sus ojos.

Tan pronto como se hubo ido, las sombras regresaron. Aura había visto sombras desde que tenía memoria y nunca la habían asustado; siempre las había sentido como si fueran, de algún modo, parte de ella. Pero esas no, esas sombras eran distintas. No le parecían familiares en absoluto, más bien le resultaban extrañas. Externas, maquiavélicas... *frías*.

Ellas siseaban, y murmurando se deslizaron por el piso blanco, absorbiendo luz y energía del ambiente. Se arrastraron hasta perderse de vista... Una permaneció ahí, quieta, como si quisiera destacar sobre el susurro de las demás:

«Esto no es más que el principio».

## CAPÍTULO II

«Es un sueño», se repetía Aura con fervor. La oscuridad se desenvolvía a su alrededor fría y espesa, siseando mientras se arrastraba hasta ella a ras de suelo, casi como agua. A la muchacha le costaba respirar, no por la asfixia. No, esta vez no. Esta vez lo que la ahogaba era su propio miedo, reflejado y aumentado por las sombras que eran como la propia



encarnación de este. Se forzó a controlarse, a medir sus movimientos y reacciones; no quería que la oscuridad se percatara del terror que le provocaba. «¿Por qué ahora?», se preguntaba. Si las sombras nunca la habían asustado antes... ¿por qué ahora? ¿Qué había cambiado?

—Es un sueño —murmuró.

«¿Eso crees?» La oleada de sombras se juntó tras la chica y se alzó, tomando una forma corpórea y negra que irradiaba algo más profundo y quizás incluso más aterrador que el miedo: era la esencia de la soledad y el pánico en su perfecta expresión. «¿Eso es lo que te dices a ti misma, Aura?», sisearon las tinieblas, y esa vez algo cambió. Esa voz... Aura había escuchado esa voz antes. No sabía dónde, no sabía cuándo y, sin embargo, estaba tan segura como de pocas cosas lo había estado hasta entonces. «¿Crees que puedes engañarte tan fácil?», volvió a decir la sombra, acechándola.

Aura corrió con toda la rapidez que las piernas le permitieron, pero las sombras parecían saber con exactitud a dónde iba aun cuando ni ella misma lo sabía. ¿Dónde estaba? A su alrededor todo parecían ruinas de lo que alguna vez pudo haber sido una ciudad o un pueblo. Desolado, destruido... *arrasado*. El paisaje le parecía vagamente familiar a pesar de que estaba convencida de no haberlo visto antes... ¿Verdad?

Lanzó un chillido cuando las sombras se enrollaron alrededor de sus tobillos, haciéndola tropezar. Se dio vuelta y estiró los brazos en acto de reflejo, queriendo empujar a la sombra de un manotazo. De la nada un nuevo conjunto de sombras salió de sus dedos, haciendo que la que la tenía sujeta por el tobillo la soltara y retrocediera como un cachorro asustado.

«Interesante», siseó la oscuridad. Y, aunque Aura no la vio, podría jurar que sonreía.

El espectro continuó avanzando con total lentitud y calma; el tiempo se ralentizó. Aura volvió a correr, sintiendo que sus piernas se volvían cada vez más lentas. Antes de que pudiera darse cuenta, una nueva sombra se interpuso en su camino y la hizo caer. El dolor estalló en su rodilla izquierda y sintió la sangre salir de la herida abierta. Trató de ponerse de pie rápidamente. Grave error.

La vista se le nubló y la cabeza le dio una sacudida.

Una sacudida más y Aura advirtió cómo unos dedos se cerraban con fuerza en torno a su muñeca y tiraban bruscamente de ella hacia arriba. Cuando pudo abrir los ojos de nuevo, se encontró cara a cara con la sombra. Esa era la primera vez que veía con nitidez un rasgo de su atacante, ya que la visión no se le nublaba por la falta de aire y le permitía ver los siniestros ojos del ente, tan oscuros que parecían interminables. Oscuros como el alquitrán puro. La veían con furia y parecían ser capaces de arrancarle el alma del cuerpo si los seguía mirando.

Los párpados de la chica comenzaron a cerrarse de manera involuntaria, como si el peso del mundo cayera de repente sobre sus ojos, y en contra de todos sus principios se encontró pensando en lo fácil que sería todo si tan solo se dejara ir...

«No —dijo una voz dentro de su cabeza—. Tienes que vencerlo, Aura. Abre los ojos».

«No puedo».

«Sí, sí puedes... Despierta», la apremió.

Sintió cómo una oleada de vitalidad le recorría el cuerpo y agudizaba sus sentidos. La chica abrió los ojos y se enfrentó a la sombra que, después de haberle drenado gran parte de su energía, se veía aún más oscura que antes. Por algún motivo, el miedo pasó a segundo plano, a pesar de que las oleadas de desesperación, angustia y ansiedad seguían emanando del ente, abriéndose paso hacia ella.

Movida por la adrenalina Aura retorció la muñeca, mas la sombra no disminuyó su agarre. Dolía, pero ella no dejó que le afectara. Con un poco más de fuerza logró aferrar lo que parecía ser el brazo de la sombra y dejó que su energía saliera como una nueva oleada de oscuridad, no muy segura de cómo lo hacía.

Un horrible alarido salió de la sombra. Esta comenzó a vibrar bajo los dedos de Aura y ella intensificó su agarre hasta que el ente la soltó, dándose por vencido. Durante un instante lo vio, tan claro como nunca antes: la bruma de oscuridad corpórea que tenía aferrada entre los dedos se disipó lo suficiente como para que Aura viera lo que ocultaba, y durante un momento, antes de que la sombra por fin se alejara... No fue una sombra, sino una mano la que había agarrado entre sus dedos. Una mano *humana*.

Cuando la sombra retrocedió, aún retorciéndose sobre sí misma, su imagen oscilaba entre la oscuridad y una persona de carne y hueso. Luego nuevas sombras provenientes de la original se formaron a su alrededor, y todo se volvió negro. Lo último que vio antes de despertar, fue un peculiar par de ojos color violeta.

La luz se colaba con debilidad a través de los párpados de la chica. Cuando despertó esa mañana, Aura sentía todo el cuerpo como si fuera de plomo. Apenas podía moverse; le faltaban fuerzas. ¿Qué había pasado? Miró con los ojos entrecerrados, casi por instinto, al reloj que había al otro lado del escritorio. 10:55. La chica se sobresaltó. *Clases...* Iba a llegar condenadamente tarde.

Se levantó de un salto y sintió cómo las sábanas se le pegaban a la rodilla. Al mirar vio una marcha de sangre seca que había causado que la tela se adhiriera a la herida y, al despegarla, esta sangró una vez más. Maldijo en voz baja.

Como si lo hubiera invocado, el dolor volvió a estallar. Puso un vendaje improvisado en

su rodilla y se apresuró a vestirse; con suerte llegaría a tiempo para la siguiente clase. ¿Por qué su madre no la había despertado al darse cuenta de que llegaba tarde...? Aura negó con la cabeza.

Casi diez minutos después logró ponerse en camino hacia la universidad; al pasar por el extraño bosque que marcaba la mitad del camino el sol ya estaba casi en su punto más alto, lo cual la obligó a conducir más rápido. Esa vez las sombras no se molestaron en aparecer. Cuando llegó por fin a la universidad todos los pasillos estaban desiertos, sus pasos resonaban por todo el recinto. Tocó la puerta del aula de Historia con timidez y abrió despacio. Al entrar todas las miradas se posaron en ella durante un segundo antes de volver a sus apuntes.

—Tarde —espetó el profesor cuando Aura entró en la sala, sin apenas dignarse a dirigirle una mirada a la chica.

Cuando habló, ella se forzó a que su voz sonara pareja y sin titubeos.

—Es la primera vez...

—¿Y se supone que por eso está bien?

—No volverá a pasar. Lo siento.

El hombre le hizo un gesto para que pasara y ella se apresuró a tomar el primer asiento vacío que encontró.

—Pareciera que está de buen humor —susurró una voz a su lado que hizo a la muchacha estremecerse de pies a cabeza. Ella lo miró con incredulidad—. Te dejó entrar, ¿no?

El chico la veía con un brillo peculiar en sus ojos morados, y se había inclinado un poco hacia ella para que nadie los oyera hablar. Su cálido aliento la golpeó en el cuello provocándole escalofríos.

—Sí, eso parece —murmuró con un dejo de ironía.

Era sabido que el profesor de Historia Civil era el más estricto en todo el campus, pero, incluso así, Aura no podía odiarlo, ya que por más estricto y severo que fuera, el hombre que impartía la clase era de los mejores profesores que había. Según ella, claro.

Al mirar los ojos violeta tormentoso del chico los destellos del sueño de la noche anterior le llegaron de golpe. Las sombras, el atisbo de la persona que había tras la oscuridad, la energía que habían desprendido sus dedos y que había hecho retroceder a la sombra... La voz en su cabeza y los ojos morados transmitiéndole fuerza cuando la oscuridad solo se la quitaba. Sintió que se le iba el aliento de golpe.

—¿Estás bien? —susurró él, inquiriendo con aquellos magnéticos ojos de los que no podía despegar la vista. Asintió despacio sin hablar. Entonces él bajó la cabeza y frunció el

ceño. El tono de su voz cambió—. ¿Qué tienes ahí?

—¿Qué? —preguntó a su vez, desconcertada.

Él señaló con un gesto de la cabeza y Aura siguió su mirada. Ahogó un grito mientras los ojos se le abrían como platos por una fracción de segundo: justo a la altura de su muñeca marcas violáceas de dedos se cerraban en torno a donde la sombra la había sujetado. ¿Habían estado allí durante todo el día? Tiró con rapidez de la manga de su chaqueta para cubrir los moretones, sintiendo un dolor punzante al rozarlos.

—No es nada —masculló mirando al frente. Aura creyó que él discutiría, pero no lo hizo. El chico se limitó a observar la parte de su chaqueta que tapaba las marcas.

Una sombra empezó a arrastrarse por el suelo hasta llegar a ellos. No era densa, parecía más bien... translúcida, como si su presencia no pudiera establecerse del todo en aquel lugar, y se deslizaba débilmente, como si no poseyera la energía necesaria para avanzar más rápido. Durante un momento pareció como si los ojos violetas del chico observaran a la sombra y eso la sorprendió, pero cuando Aura dirigió otra vez su vista al suelo, la sombra se alejaba por el pasillo hasta desaparecer.

—Claro que no —murmuró él, más para sí mismo.

Aura, a su vez, se quedó mirando al extraño junto a ella, preguntándose por qué habría aparecido en su sueño y, sobre todo, por qué la sombra parecía huir de él. ¿Qué tan equivocada estaría esa suposición?

Recordó cómo en el sueño la energía había salido de sus dedos en forma de oscuridad pura y había hecho retroceder al que la atacaba. Una idea se instaló en su cabeza. ¿Y si...? Aura se imaginó la energía como si fueran volutas de humo saliendo de sus manos y transformándose en sombras. Después de todo, las marcas en su muñeca y cuello habían salido de lo ocurrido en un sueño. ¿Qué tan ilógico podría ser? Estiró los dedos... pero nada pasó.

«Estúpida», se dijo al sentir la mirada del chico sobre ella. Suspiró.

—Soy Aura —dijo con aspereza, esperando que su gesto pasara inadvertido. Él la escrutó durante una eterna fracción de segundo con desconfianza y... ¿reconocimiento?

—Lucas.

Ambos se miraron durante un momento.

—¿Desde cuándo estudias aquí? —le soltó Aura con más brusquedad de la que pretendía. Se lo había estado preguntando desde el día anterior.

Lucas arqueó una ceja.

—Un par de semanas.

Aura iba a responder cuando un carraspeo la devolvió a la realidad.

—¿Interrumpo su conversación con mi clase, señor Straford, señorita Cromwell?

Aura hizo una mueca cuando la voz del profesor Clayton le llegó a los oídos.

—Para nada —respondió Lucas a su lado. Aura quiso hundirse en su asiento.

—Mhm. —El hombre los miró sin ninguna expresión en el rostro, asintiendo para sí —. Fuera de mi clase, los dos. *Abora.*

Ambos se quedaron inmóviles durante un momento hasta que Aura, indignada, tomó sus cosas de un tirón y se dirigió a la salida con Lucas pisándole los talones. Discutir no tenía caso.

Antes de llegar a la puerta esta se abrió de golpe y por poco no le dio en la cara. Una sensación de mareo repentino la embargó, parecida a la de cuando se levantaba muy rápido de la cama. Las sombras volvieron y se arremolinaron a su alrededor, absorbiendo energía de todo lo que se moviera delante de ellas, y nadie parecía notarlo. Lucas, que se había adelantado, se detuvo de golpe junto a la puerta. Otro chico entró entonces en el aula: era casi del mismo porte que Lucas, alto y de hombros anchos, y se movía como si sus pies apenas tocaran el suelo. Y sus *ojos...*

Las marcas le ardieron, *quemaron*, como si se las estuviesen grabando a fuego en ese mismo instante. La visión de la chica empezó a nublarse producto de un dolor lacerante en la cabeza, mas se obligó a no tambalear, a hacer como si nada pasara. El muchacho que acababa de entrar la observaba con unos ojos tan negros como el petróleo, y las sombras parecían seguirlo. ¿Qué tan real sería todo aquello? ¿Estaba alucinando ya?

Él avanzó hasta el escritorio del profesor y le entregó un papel amarillo que traía en la mano. El hombre asintió.

—No se acostumbre a llegar tarde, señor Kennet.

Las sombras siguieron al chico de ojos negros hasta que Aura tuvo que cerrar los suyos a causa del dolor. Toda la escena se registró brumosa en su memoria. Cuando menos se dio cuenta, las líneas de los objetos frente a ella se borronearon.

—Aura —Lucas la llamó en voz baja.

Ella se obligó a avanzar a tientas hasta que sintió la mano de Lucas en la parte baja de su espalda, que la guiaba con disimulo fuera del aula. Pudo distinguir vagamente cómo el profesor volvía a hablar dentro de la sala, mas no logró armar las palabras en su cabeza. Lo último que le pareció notar antes de salir fueron unas extrañas marcas, similares a las suyas, en uno de los brazos del chico de ojos negros, pero la visión fue tan corta que creyó haberlo imaginado. Estaba siendo presa de un delirio febril del que necesitaba salir con urgencia.

Cuando la puerta se cerró despacio tras ellos, el dolor se mitigó lo suficiente como para

permitirle abrir los ojos y no chocar con algo.

—¿Estás bien? —preguntó Lucas tras ella.

No pudo decir nada. Una sombra se escurrió desde el aula entre la rendija que separaba la puerta del piso y se deslizó siseando hasta enroscarse en el tobillo de la chica. Lo sintió como un pinchazo de aguja y ahogó un grito.

Como por acto de reflejo, alargó el brazo con las marcas en la muñeca y la energía salió oscura de sus dedos hasta hacer retroceder a la sombra. Lo peor... fue el ruido. La sombra pegó un alarido inhumano que le taladró los tímpanos, y por el gesto que hizo, estaba segura de que Lucas lo había oído también. La cabeza comenzó a dolerle con más intensidad mientras ese ruido martillaba en el ambiente. La sombra se desvaneció no sin llevarse con ella gran parte de las fuerzas de la chica. Aura creyó que se desmayaría en cualquier momento.

Sintió su espalda chocar con la fría pared del pasillo y en un intento de estabilizarse se pegó a ella sin obtener resultado. Sus piernas ya no eran capaces de sostener su cuerpo, y habría caído si Lucas no la hubiese sujetado.

—Aura... —susurró con un atisbo de miedo en su voz—. Vas a estar bien...

«¿A quién tratas de convencer; a mí o a ti?», se sintió tentada de preguntar, pero se contuvo. El pensamiento le arrancó una débil sonrisa.

Una oleada de energía le recorrió el cuerpo, era la misma sensación que Aura había tenido en el sueño la noche anterior, estaba segura de eso, solo que esta vez parecía no ser suficiente. Consiguió abrir los ojos; ya no estaban en el pasillo fuera del aula de Historia Civil. Eso lo sabía porque las paredes ya no eran blancas, sino de madera al igual que el piso. No había tanta luz, lo cual agradeció.

Lucas estaba a su lado sentado en el piso y ella se apoyaba contra él.

—¿Dónde...? ¿Dónde estamos? —preguntó.

Él exhaló como si hasta ese momento hubiera estado conteniendo la respiración.

—En una de las partes más viejas del campus. Cerca del aula de Ruinas Antiguas.

—Ya ni siquiera dan esa clase...

—Es por eso que nadie viene —concluyó el chico.

—¿Tú me trajiste?

«Obviamente», pensó luego de haber preguntado.

—Estuviste inconsciente durante unos minutos. Supuse que no querías que te lleve a la enfermería.

No, no quería.

—Gracias.

—¿Cómo te sientes?

—Como si alguien hubiera decidido electrocutarme el cerebro —respondió.

—Deberías dormir —dijo él.

—¿Aquí?

—No veo por qué no.

Aura sonrió.

—Nadie viene aquí, créeme —continuó diciendo—. Necesitas... —titubeó— reponer fuerzas.

Un presentimiento la asaltó.

—¿Tu...? —comenzó a preguntar, pero se detuvo. Los ojos violetas del chico lucían más oscuros por la falta de luz, y parecían ya saber lo que planeaba decir—. ¿Viste lo que pasó?

Lucas ladeó la cabeza.

—¿Prefieres que te diga la verdad, o solo lo que quieres oír? —preguntó el chico sin mirarla.

—Creo que esta vez ambas respuestas no son tan diferentes, Lucas —repuso, porque quería dejar de sentir que estaba enloqueciendo.

Él no dijo nada durante un instante y ella tampoco lo hizo.

—Sí —dijo por fin.

No pudo responder.

—No entiendo nada... —murmuró. A pesar de que parte de ella sentía que sí lo hacía.

—Duérmete, Aura. Te prometo que cuando despiertes...

No terminó la frase, pero no habría importado. En ese momento, Aura sintió el cansancio abordar su cuerpo una vez más y no tuvo tiempo para cuestionarse si confiaba en él o no. Se dejó ir...

## CAPÍTULO III

—¿Lucas? —dijo Aura en un susurro tan bajo que apenas ella logró escuchar.

Al abrir los ojos la oscuridad la desconcertó.

Cuando logró adaptarse a la falta de luz, Aura pudo distinguir que ya no seguía en la universidad, donde recordaba haberse dormido. El cuerpo le pesaba y la cabeza aún le dolía, pero al menos ahora era soportable.

Estaba en una habitación desconocida para ella, aunque eso, por algún motivo, no la inquietó.

—¿Lucas?

—Estoy aquí, Aura —habló él a sus espaldas.

La muchacha se volteó incorporándose sobre la cama. Lucas estaba sentado con los codos apoyados sobre el escritorio que había frente a una ventana y la mirada perdida en algún punto tras el cristal. La luna bañaba su perfil de una suave luz plateada.

—¿Dónde...?

—Estamos en mi casa —respondió antes de que ella terminara la pregunta. La chica asintió con extraña calma—. No sabía dónde más traerte. Iban a cerrar la universidad y no podía despertarte. Estuviste inconsciente un buen rato.

—Eso explica por qué no soñé nada... —murmuró más para sí, pero él la escuchó.

—¿Pesadillas? —inquirió.

—¿Cómo lo...?

—También las tengo —dijo él, apartando por fin la vista del cielo y mirando hacia ella.

Aura no supo qué decir ante eso.

—¿Qué hora es?

—Casi las once...

—¿¡Estuve inconsciente por casi diez horas!?

Lucas asintió.

—Oh, Dios... ¿Y mis cosas?

Lucas señaló con la cabeza a la orilla de la cama, donde descansaba su mochila negra. Aura se apresuró a tomarla y rebuscó en ella hasta encontrar su celular. Más de diez llamadas perdidas. Marcó al número y al primer tono escuchó la voz preocupada de su



madre por el auricular.

—¿*Aura?* —preguntó en una voz tan baja que la chica apenas pudo oírlo.

—Sí, mamá...

—¿*PARA QUÉ TIENES EL MALDITO TELÉFONO SI NUNCA TE DIGNAS A CONTESTARLO?! ¿TE DAS UNA IDEA DE LO PREOCUPADA QUE ESTABA!?* —gritó tan fuerte que Aura tuvo que alejar el celular de su oído.

Lucas arqueó una ceja en su dirección; él también lo había escuchado.

—Lo siento, mi... mi batería murió y... Se me quedó el móvil en casa cuando salí y...

Llegaba tarde, por cierto, ¿por qué no me despertaste?

—*Hija, salí temprano. Cambiaron la hora al médico de mi abuela y tuve que adelantar mi vuelo. Te dejé una nota en la entrada porque no quise despertarte aún. Te pedí que me llamaras cuando pudieras, ¿no la viste?*

—No...

—*Recuerdas que te dije que estaría fuera unos días, ¿verdad?*

—Sí —mintió—. Lo siento si te preocupaste, pero estoy bien, de verdad.

—¿*Dónde estás?* —preguntó su madre.

—En casa.

—*Si sales, por favor, llámame, ¿sí?*

—Hecho. Nos vemos en unos días. Y lo siento.

—*Está bien. Nos vemos, hija, cuídate.*

—Tú igual —susurró para luego colgar.

—Le mentiste —la acusó el chico apenas despegó el celular de la oreja.

Aura le lanzó una mirada.

—No ha pasado nada que necesite saber —lo cortó.

Lucas sonrió y se acercó hasta sentarse en la cama junto a ella.

—Claro —dijo sarcástico—. ¿Cómo te sientes?

—Mejor, supongo —contestó sin convicción—. Lucas, ¿qué...? ¿Qué viste?

—Lo mismo que tú, Aura. La pregunta es si tú lo sabes.

—¿Y eso qué se supone que significa? —espetó con más brusquedad de la que pretendía.

Lucas no respondió durante un rato. Veía hacia afuera de nuevo, como si esperara que así todas las respuestas que necesitaba llegaran a él—. ¿Qué es lo que sabes? —preguntó con la voz en un hilo, acercándose al borde opuesto de la cama.

Él la miró con sus peculiares ojos violetas, y un brillo extraño en ellos.

—Tengo respuestas a preguntas que ni siquiera te has hecho, Aura, pero no puedo decirte nada hasta que alguien responda las mías.

—¿Y qué es lo que tú necesitas saber?

Él la observó durante un momento.

—No cambiaría nada si te lo dijera.

Ella resopló.

—Aun así —contestó con una débil sonrisa.

Por unos segundos, quizás por algunos minutos, ninguno de ellos dijo nada. Los ojos color tormenta de Aura recorrían al muchacho que tenía delante, preguntándose cómo era posible que todo a su alrededor se volviera de pronto tan complicado. Él percibía sus dudas, sintiendo que la chica frente a él tenía todas las preguntas mientras que él mismo tenía muchas de las respuestas. Lucas no podía perder más tiempo; tenía que decirle todo, pero ¿hasta qué punto sería ella capaz de creerle?

Suspiró.

—Quiero saber por qué las sombras son capaces de afectarte tanto —dijo por fin. Aura no pareció sorprenderse.

«Créeme, también yo», quiso decir.

—Así que sí puedes verlas... —afirmó en su lugar. No era una pregunta, pero Lucas asintió despacio con la cabeza.

—Sí, puedo verlas.

—¿Están... *vivas*? —preguntó titubeando. Odiaba titubear, mostrar debilidad.

—No. Tienen un atisbo de consciencia que no les alcanza para vivir por sí solas. Es por eso que... succionan la energía del ambiente en el que están. —Aura asintió—. No se mandan a sí mismas. Ellas... Si están tras de ti es porque alguien más las envió —continuó diciendo él. Para su sorpresa, la chica seguía sin inmutarse.

—Y tú sabes quién las envió. —Tampoco era una pregunta. ¿Cómo había llegado a mantener conversaciones de este tipo con alguien a quien apenas conocía? Era tan... *irreal*.

—Y parte de ti también lo sabe, Aura.

La chica volvió a asentir, aunque no estaba segura de por qué lo hacía.

—Los sueños, ¿son reales?

—¿Qué sueños?

—Tú sabes cuáles —soltó Aura. Alzó el brazo y sin más descubrió su muñeca: marcas con la forma de dedos se cerraban en torno a ella. Al mencionarlas, Aura sintió que comenzaban a arder en su piel, pero tan pronto como Lucas se acercó y tomó su brazo, el dolor cesó.

—¿Cómo haces eso? —murmuró casi maravillada.

—Sí, son reales. Los sueños, me refiero. Son producto de la misma persona que...

—Que envía las sombras —terminó ella por él. Lucas asintió—. No voy a preguntarte si quiere matarme. No aún, al menos, porque estoy segura de que no me va a gustar la respuesta —anunció, disminuyendo el volumen de su voz involuntariamente a medida que hablaba.

Lucas bajó la cabeza como si no quisiera enfrentarla.

—No —hablaba en susurros, a pesar de que nadie podía escucharlos—. No te gustará la respuesta.

Aura lo observó en silencio hasta que el chico por fin alzó la mirada. Sus ojos lucían aún más brillantes y la veía con tanta intensidad que Aura no se vio capaz de sostenerle el contacto.

—Son reales... —murmuró más para sí—. ¿Es por eso que tengo esto? —Señaló las marcas.

Aura no se había percatado de que las de su cuello también ardían hasta que el chico las tocó y dejaron de doler.

—Que pase en tu mente no significa que no sea real —dijo por toda respuesta.

Aura asintió. El silencio volvió a apoderarse del ambiente dejando como único ruido las respiraciones de ambos. Entonces Aura se atrevió por fin a levantar la cabeza y encontrarse con los ojos del chico. Ella tenía una expresión extraña, a medio camino entre la incertidumbre y algo más; algo que Lucas no pudo descifrar

—¿Me crees? —preguntó él en un susurro, sin quitar aún la mano de su cuello.

El contacto le hacía hormiguar la piel.

—No me has dado ningún motivo para no hacerlo —respondió intentando formar una media sonrisa en su rostro.

¿Confiaba en él? Aura no confiaba en nadie, nunca lo había hecho. No, eso no era del todo cierto, pero había perdido a las únicas personas en las que realmente había confiado, esa era la realidad. Sin embargo, tenía esa sensación que no podía quitarse, esa sensación de que le confiaría su vida a ese chico si fuera necesario.

Lucas esbozó una débil sonrisa y se obligó a apartar la mirada de ella. Tiró la espalda sobre la cama y se quedó viendo el techo en su lugar, como si fuese la cosa más interesante del mundo. Aura permaneció con las piernas cruzadas sobre la cama cerca del chico, casi sin atreverse a estar más lejos y sin atreverse a acercarse tampoco.

—Anoche... —comenzó, pero se detuvo sin saber cómo seguir.

—Dime —dijo él girando la cabeza para mirarla.

—En el sueño... La energía... Las sombras... ¿Fuiste tú? —preguntó sin mucho sentido—. La corriente de energía... sentí lo mismo hoy antes de desmayarme.

—Era la única forma de mantenerte... despierta, si eso tiene sentido.

—Y a ti... ¿No te afecta?

—¿Darte mi energía? —Ella asintió una vez más—. No es importante.

«Claro que sí». Y como si Lucas pudiese averiguar sus pensamientos, miró hacia ella.

Aura se acomodó sobre su estómago y sintió que los párpados comenzaban a pesarle.

—Gracias —le susurró.

Él sonrió de medio lado.

—No hay de qué.

Ella giró sobre su espalda y miró al techo también.

—Aún hay más en la historia —dijo la muchacha después de un rato.

—Te prometo que te contaré todo lo que quieras saber —contestó Lucas a pesar de que no había sido una pregunta—. Solo no... —Su voz se perdió en el silencio. Suspiró.

Ambos continuaron sin hablar, tirados en la cama uno junto al otro mirando al techo, intentando seguir cada uno el hilo de sus propios pensamientos. La oscuridad los rodeaba sin que hubiera rastro del caos en ella

—¿Aura? —preguntó él casi dudando.

—Dime.

—¿Hace cuánto...? —titubeó—. ¿Hace cuánto comenzaron las... pesadillas?

Ella se demoró unos segundos en responder. Pero ¿cuánto? El tiempo parecía ya no importarle.

—Un par de semanas —dijo.

Él asintió.

—Deberías dormir...

—¿Aquí? —preguntó recordando la conversación que tuvieron en la universidad. Lucas sonrió.

—No veo por qué no.

Aura dejó que la sonrisa del chico se le contagiara, como si ya todo lo demás hubiera quedado olvidado.

—¿Y tus padres? —preguntó entonces.

—Yo vivo solo, Aura.

La muchacha frunció el ceño. Abrió la boca como para decir algo, pero se lo pensó mejor y decidió callarse. Los párpados empezaron a cerrársele poco a poco y su respiración se acompañó. Aura se relajó con la seguridad de que, por primera vez en lo que le parecía una eternidad, al menos esa noche las pesadillas no vendrían.

Abrió los ojos que durante un momento había cerrado y volvió a mirar al techo, dejando

sus pensamientos fluir en el éter.

Una idea la asaltó de pronto.

—¿Lucas? —susurró.

—¿Mhm? —murmuró él, adormilado.

—Cuando te dije de las pesadillas... —vaciló—. Dijiste que tú también las tenías. —  
Silencio. Aura continuó—. ¿Qué es lo que sueñas?

Sintió cómo él se tensaba. Pasó tanto tiempo sin responder que Aura terminó por creer que ya no lo haría.

—Te prometo que algún día te contaré esa historia —dijo finalmente.

Y Aura le creyó.

—Junto con el resto de esta.

—Junto con el resto de esta —confirmó él.

Y eso fue lo último de lo que Aura fue consciente antes de cerrar los ojos.

Esa mañana Aura despertó antes de que el sol saliera. El dolor de cabeza se había mitigado por completo. Fuera el cielo comenzaba a aclarar y las estrellas empezaban a desaparecer. Como por instinto la chica miró hacia donde solía estar su reloj fluorescente, pero no estaba en su casa. Lucas respiraba de manera acompasada dormido a unos centímetros de ella. Aura respiró pesadamente, recordando, y se levantó cuidando de no despertarlo. Buscó su celular en la mochila. 6:28. Apenas si sabía qué día era.

—No vas a llegar tarde —murmuró Lucas tras ella. Aura se sobresaltó.

—No estaba pensando en eso —dijo con una pequeña sonrisa—. ¿Te desperté?

—Podría decirse. —Lucas suspiró y se levantó aún medio dormido, pasándose una mano por la cabeza—. Dame menos de diez minutos y te llevo a tu casa.

Aura asintió. Lucas se disponía a salir de la habitación cuando la voz de la chica habló a sus espaldas.

—Dejé el auto en la universidad ayer...

—Yo te llevo —dijo él, y salió dejándola sola con sus pensamientos.

Aura se quedó quieta, sin saber bien qué hacer. Un vistazo afuera le bastó para saber que el sol no saldría ese día. No es que le molestara, de todos modos.

La muchacha se acercó a la ventana hasta casi posar una de sus manos en el frío cristal. Incluso sin tocarlo, podía sentir el cambio de temperatura con el exterior, notando cómo el calor escapaba de su cuerpo a través del vidrio. Se acercó a las rendijas de la ventana, por donde entraba el aire helado, e inspiró, dejando que el frío pasara por su tráquea, mirando el cielo nublado que la conectaba con el resto del mundo.

Así que los sueños eran reales, no solo un falso invento de su cabeza.

«Que pase en tu mente no significa que no sea real», había dicho Lucas. Aura miró por instinto a las marcas que se cerraban en torno a su muñeca, solo para descubrir con sorpresa que ya no estaban ahí. Tocó la zona, casi esperando que así aparecieran o que doliera, pero no lo hizo. Estiró el cuello con la vista en la ventana y su reflejo le indicó que aquellas marcas habían desaparecido.

—Lucas... —murmuró para sí misma.

—¿Dime? —dijo la voz del chico tras ella tan de repente que la hizo pegar un salto. Aura lo miró como si quisiera lanzarle un cuchillo con los ojos, mas él le mostró una sonrisa socarrona—. No quise asustarte.

—Ya. Vale.

Aura lo siguió con la mirada mientras él caminaba por la habitación. Lo observó con la curiosidad que él le inspiraba, captando los músculos de su espalda moverse bajo una camiseta negra que le resaltaba lo pálido de la piel, mientras buscaba cosas y las metía sin orden específico dentro de una mochila. Lucas se dio la vuelta de pronto como si sintiera la mirada de la chica quemándole en la espalda.

—¿Vamos? —preguntó con una expresión que Aura no supo descifrar. El cabello oscuro le caía mojado por sobre los ojos.

Aura asintió, agradeciendo en su interior no sonrojarse porque la hubiera pillado. Al salir pequeñas gotas de lluvia comenzaron a caer hasta convertirse en un diluvio que no tardó en empaparlos a ambos. Lucas y Aura se apresuraron a subir al *jeep* negro del chico. Ella le comentó la dirección de su casa y Lucas arrancó el auto. Pronto la carretera apareció ante ellos, desdibujándose producto de la lluvia que caía como lágrimas por el cristal, entremezclando los colores del borroso paisaje. Aura se concentró en el sonido de las gotas cayendo contra el pavimento, contra el pasto y contra el techo del auto. Aparte de eso y del leve ruido de los neumáticos rodando sobre el concreto, el silencio pesaba sobre ellos.

La chica recargó la cabeza contra la puerta.

—¿Ibas a decirme algo? —preguntó Lucas de la nada.

Aura frunció el ceño.

—¿Qué? —preguntó a su vez sin comprender.

—Antes, cuando estábamos en mi casa, dijiste mi nombre.

—Yo... —titubeó—. Las marcas desaparecieron.

Lucas la miró de reojo durante un segundo más de lo necesario.

—Por nada —dijo al fin.

—¿Cómo lo hiciste?

—Llegamos —señaló él deteniendo el auto—. No te preocupes, te espero.

Aura rodó los ojos y abrió la puerta dispuesta a bajarse, pero se detuvo al posar su mano en la manilla de la puerta. Miró al cielo al tiempo que una extraña sensación se apoderaba de su cabeza y, sin mirar al chico, habló:

—No vas a poder evitar las preguntas por siempre. Lo sabes, ¿verdad?

Él no habló durante unos segundos que se le hicieron eternos; el peso del silencio volvió a caer sobre ellos. Cuando Aura creyó que Lucas ya no iba a responder se bajó del auto. Estaba a punto de cerrar la puerta cuando él murmuró, también sin mirarla:

—Lo sé.

Entonces la chica se fue, cerrando la puerta débilmente tras de sí.

Aura se duchó y vistió en tiempo récord, dejando su cabello estilando sobre la ropa, sabiendo que no valía la pena secarlo. Cuando salió de su casa, Lucas parecía no haber movido ni un músculo desde que ella se fue; sus dos manos descansaban en el volante del auto y su mirada violeta estaba perdida en un punto tras ella. Él pareció notar el movimiento, ya que parpadeó y sacudió la cabeza como intentando aclarar pensamientos. Sus ojos se posaron en la chica con una mirada que dejó a Aura clavada en la puerta. Apenas si se atrevió a sostenerla por un segundo antes de obligarse a sí misma a avanzar con normalidad. Los ojos de Lucas siguieron cada uno de sus movimientos.

Apenas salió de debajo del techo de su casa la lluvia cayó sobre ella hasta dejarla empapada. Ella suspiró al subir al auto y contuvo el impulso de mirar al chico. Cuando Lucas por fin partió rumbo a la universidad ninguno pronunció palabra durante un largo rato. Aura sabía que Lucas tenía las respuestas que necesitaba, o al menos varias de ellas, pero él se mostraba reacio a dárselas y no entendía sus razones.

—Ni marcas, ni sueños, ni sombras —comentó sin apartar la vista de la carretera. Lucas apretó la mandíbula y no dijo nada—. Tampoco extraños mareos ni ataques de asma desde hace un día —continuó. Eso lo había notado esa misma mañana.

—Aura —advirtió el chico—. Déjalo ser.

Ella suspiró de nuevo. No quería sentirse molesta, después de todo él le había salvado la vida más de una vez por lo que ahora sabía; aun así, lo hacía. ¿Qué podría ser tan grave como para negarse a decirlo? Sin embargo, apenas se formuló la pregunta en su mente se dio cuenta de que había muchas cosas que encajaban en esa característica.

Cuando llegaron abrió la puerta sin detenerse a esperarlo.

—Ayer... —comenzó; el muchacho ni se molestó en mirarla. Aguardó con la esperanza de que él dijera algo esa vez, lo que sea... No lo hizo—. No hagas promesas que no piensas

cumplir —terminó ella y se bajó del auto.

—Aura —dijo cuando la chica ya estaba por irse. La mencionada se volteó—. Cuídate, ¿sí?

«¿Te estás despidiendo?», quiso preguntar, pero se limitó a asentir con la cabeza y encaminarse a su primera clase como si nada de aquello tuviera importancia. Por detrás le llegó el ruido de un motor acelerando. Al voltearse vio el *jeep* negro de Lucas alejarse hasta convertirse en un manchón borroso por la carretera, mientras que ella se quedaba allí, quieta, con la visión distorsionada por la lluvia.

## **CAPÍTULO IV**

Lucas no volvió a clases durante el resto del día.

Pasó un rato antes de que Aura se moviera por fin del estacionamiento de la universidad. La lluvia no había menguado para ese entonces. Al entrar Aura se sentía extraña: a pesar de la nueva información que ahora poseía —que no era mucha, por lo demás— sentía la cabeza más despejada. Había recuperado casi dos semanas de sueño y eso la hacía estar, por



redundante que fuera, más despierta. Era como si parte de ella ya hubiera sabido de antemano todo lo que el chico de ojos violetas le había dicho, por increíble que fuera, solo que no podía recordarlo.

Cuando entró Aura vio con el rabillo del ojo a las sombras arremolinarse a ras del suelo, sin embargo, estas no le daban miedo. Estas eran distintas; no eran frías ni extrañas, sino más bien familiares. Bienvenidas. *Suyas*. Sentía que eran parte de la energía que emanaba de ella y se deslizaba a su alrededor. Aparte de eso, todo se veía como siempre lo había hecho hasta entonces: normal. Extraño y con las sombras rondando siempre sin llegar a desaparecer del todo, pero normal, al fin y al cabo. Mas al llegar al comedor algo cambió: un recuerdo que creyó haber enterrado tiempo atrás comenzó a emerger de sus memorias más profundas.

Había sido un día como aquel, cuando el otoño estaba en la mitad de su esplendor. Aura todavía no ingresaba a la universidad, y aún no estaba del todo segura de si eso entraba en sus planes. En ese entonces las preocupaciones de la chica se centraban solamente en eso: ¿qué iba a hacer con su vida? Sus únicas pesadillas eran dignas de libros de ficción, las cuales, aunque pocas veces las tenía, olvidaba con rapidez y no le dejaban extrañas marcas como recordatorio permanente de que el mundo quizás no fuera como ella creía.

Ese día hacía dos años, sin embargo, tuvo un comienzo extraño. Ahora que pensaba en ello, Aura recordaba algo de lo que antes nunca se había percatado, mas la imagen en su cabeza se presentaba de forma inusual; externa, como si el recuerdo le perteneciera a otra persona y no a ella misma. Un *sueño*... Ese día había sido el primero, y no lo había recordado hasta entonces. O lo que era más, Aura sentía como si su cerebro jamás hubiese registrado el acontecimiento en primer lugar, no obstante, las imágenes pronto comenzaron a brotar como un torrente en su cerebro sin detenerse.

*Sombras*. Habían estado con ella desde que tenía memoria; eran como la manifestación de su energía. Las otras, sin embargo, las que aparecían en su cabeza y drenaban sus fuerzas habían llegado ese día, por primera vez, mientras dormía.

En el sueño aparecía un bosque. La oscuridad cubría todo a su alrededor. Aura corría lo más rápido que las piernas le permitían, intentando con toda su fuerza de voluntad no voltearse a ver qué tan lejos estaban las sombras. Tropezaba casi a cada paso que daba, ya que las piedras y raíces parecían meterse en su camino a propósito, como queriendo retrasarla. Los pulmones le ardían, pero ella no iba a parar; era un lujo que no podía darse. Aura no se detuvo; el miedo y la adrenalina se lo impedían.

La destrucción estaba a sus espaldas y no quería formar parte de ella.

«Sabes que no podrás escapar», escuchó el siseo en su cabeza, como si proviniera de todas partes y ninguna a la vez. El frío se incrementó erizándole la piel. La oscuridad

parecía una niebla cada vez más densa.

Tropezó con algo en el suelo que no supo identificar. Cayó y fue entonces cuando las sombras la alcanzaron. Con un chillido extendió los brazos sin intentar contener la energía que salía de ella en forma de oleadas oscuras como el petróleo. Las más cercanas a Aura se desintegraron, sin tiempo de retroceder, emitiendo un ruido que le taladró los tímpanos. El problema fueron las de más atrás, que se acercaron murmurando hasta ella. Eran como la encarnación del miedo y la furia, la personificación de todo el odio que pesaba sobre la humanidad. Y, por primera vez, Aura no creyó tener la fuerza para pelear contra eso.

Durante unos segundos fue capaz de contenerlas, pero de un momento a otro las sombras desaparecieron. La bruma negra se disipó como si jamás hubiese estado allí y todo quedó en calma.

Aura trató en vano controlar su agitada respiración, mirando con paranoia cada centímetro del bosque, a la espera de que algo apareciera. El silencio era casi ensordecedor y era la anticipación lo que la chica no soportaba, porque sabía bien que la pesadilla aún no había terminado.

«Antes de la tempestad viene la calma», siseó nuevamente la oscuridad, pero esta vez Aura no la escuchó dentro de su cabeza. Se volteó con rapidez, solo para ver una oleada de sombras establecerse tras de sí como alquitrán derramado. Del centro algo comenzó a alzarse y a tomar forma. Piernas. Torso. Brazos.

Cuando la niebla se disipó Aura pudo ver con claridad la figura que se escondía tras las sombras durante un breve segundo, y después se abalanzó sobre ella. Lo último que vio antes de que la escena se desvaneciera fueron unos ojos más negros que la misma noche, que parecían ser capaces de absorber el alma de quien mirase directo a ellos.

Las imágenes pararon tan pronto como llegaron. La chica podría haberse quedado durante horas pensando en ese recuerdo; no solo en el sueño, sino en todo lo que había pasado después, porque la verdadera pesadilla no fue cuando estaba dormida: la verdadera pesadilla llegó cuando estaba despierta, en el mundo real.

Aura suprimió sus pensamientos y se obligó a reprimir sus emociones. No quería recordarlo. No *podía*.

De pronto ya no tenía hambre.

Un dolor lacerante se instaló en su cuello de golpe, y la sensación de asfixia vino con él. Aura corrió al baño más cercano, sin importarle que eso le dificultara aún más respirar. Sus pasos resonaban en los interminables pasillos de mármol. Cuando pudo llegar la chica ya sabía con lo que se encontraría. Al apartar un poco el pañuelo de su cuello las marcas con forma de dedos que Lucas había quitado estaban allí una vez más, quemando como si

hubiesen sido grabadas a fuego.

Aura puso su mochila sobre el lavabo y rebuscó en ella hasta que sus dedos encontraron el inhalador. Una vez que el medicamento entró a su sistema pudo respirar casi con normalidad, pero no había mucho que hacer con las marcas. Intentó echarles agua, lo que sea para aliviar un poco el dolor. Le llevó un momento calmarse, no obstante, una vez conseguido, salió del baño y se dirigió a su primera clase esperando que la distrajera de los recuerdos que amenazaban con salir a la superficie, aquellos que dolían aún más que mil marcas.

La puerta del aula de Historia Civil estaba abierta, mas la clase había comenzado hace quién sabía cuánto. El profesor Clayton estaba de espaldas a ella, concentrado escribiendo algo en el pizarrón, por lo que la chica se apresuró a entrar con sigilo. Con suerte nadie notaría su atraso.

—Buenos días, señorita Cromwell —dijo con seriedad su maestro, aún de espaldas a ella.

La chica hizo una mueca. ¿Cómo es que la había visto? Aura optó por no contestar. Parecía que su profesor iba a decir otra cosa cuando alguien más entró en el aula. Alto, cabello dorado como el suyo, ojos negros como las sombras. El frío se incrementó en la habitación, o al menos Aura así lo sintió.

—Tarde otra vez, señor Kennet.

—No pasará de nuevo. —Entró como si nada.

Aura intentó mantener la cabeza agachada mientras el chico se le acercaba y las sombras se acercaban con él. Se removió en su asiento, mirando con recelo el sitio vacío su lado. «Aquí no», rogaba. «Por favor, aquí no...».

—Hola —dijo él con filo en la voz, sentándose junto a ella mientras Aura maldecía su suerte en voz baja—. Soy Stephan.

Algo se activó en la memoria de la chica, una sensación extraña, casi como un *déjà vu* que no pudo identificar. «¡Piensa!», gritaba su mente, pero la vaga idea que empezaba a cobrar sentido en el fondo de su cabeza se desvaneció en menos de una fracción de segundo, arrancada de tajo.

—Aura —murmuró un tanto desconcertada. Por el rabillo del ojo la muchacha vio que Stephan sonreía de una manera extraña, murmurando algo que sonó demasiado parecido a un «ya lo sé». Cundo las sombras comenzaron a arremolinarse alrededor de ambos Aura tuvo que contener el impulso de levantarse de un salto y salir corriendo.

—Brujas —dijo Clayton con un tono casi lúgubre, sacando a la chica de sus pensamientos en un segundo—. Justo cuando la obsesión por la caza de brujas en Europa

causada por la Inquisición estaba terminando, una nueva inquietud por el tema surgió en la aldea de Salem, en el estado de Massachusetts en 1692.

»Todo comenzó cuando dos jovencitas, Abigail Williams, de once años, y su prima, Elizabeth Parris, de nueve años, acusaron a tres mujeres de su localidad de haberles puesto un embrujo como explicación a las convulsiones esquizofrénicas y al comportamiento antirreligioso que mostraban. Debido al fanatismo de la época, las muchachas fueron llevadas a un «sabio» doctor, el cual, al no encontrar causa médica para su comportamiento, declaró a las niñas como víctimas de posesión demoníaca.

A su lado, Stephan resopló.

—Qué estupidez —soltó.

—¿El qué? —preguntó Aura casi sin poder contenerse. Stephan volteó hacia ella como si durante un segundo se hubiese olvidado de su presencia.

La mirada que le lanzó hizo que Aura se arrepintiera de haber pronunciado palabra. Stephan sonrió casi con malicia.

—Si un demonio poseyera a alguien, ¿en serio crees que unos simples ilusos podrían notarlos? —respondió mordaz, la mirada fija en ella con ese brillo de furia contenida en los ojos que parecía siempre acompañarlo.

Aura le sostuvo el contacto visual durante lo que parecieron eternos segundos, casi como retándolo, hasta que las luces del salón se apagaron, devolviéndola a la realidad.

La oscuridad la desconcertó durante un momento. Miró hacia adelante; su profesor había apagado las luces y encendido un proyector que mostraba imágenes extrañas sobre el pizarrón.

—Claro que no todo comenzó así de sencillo —continuó, cambiando la imagen que se observaba. En ella se mostraba lo que parecía ser una cueva de esclavos, donde había varias mujeres y niñas de diversas edades sentadas formando un semicírculo sobre el piso—. Las mujeres de Salem se reunían a escuchar las historias que contaba una de las esclavas negras del reverendo Parris, tío de Abigail. Las historias exaltaban a las mujeres, *especialmente* a estas dos niñas, provocándoles malestares y comportamientos extraños.

»Ante esto Tituba, la esclava de Parris, fue expulsada de Salem, pero al seguir los malestares de las muchachas el pueblo empezó con la sospecha de que algo más que solo conmoción por las historias sucedía con ellas. Luego, cuando las convulsiones comenzaron, seguidas de actitudes que iban en contra de la religión, Elizabeth y Abigail fueron diagnosticadas como poseídas.

La proyección cambió: dos niñas aparecían en ella. Las muchachas poseídas, supuso Aura.

—La histeria comenzó. Cuidando siempre de no acusar a gente respetable de la localidad para que su historia no decayera, Sarah Good, Sarah Osborne y la esclava negra de los Parris fueron las primeras tres mujeres acusadas por ambas niñas de brujería en la Aldea de Salem.

»Para el juicio que se realizó en mayo de ese año ya iban alrededor de doscientas personas, entre hombres y mujeres, que esperaban a ser juzgados por práctica de brujería y contacto con el diablo.

La imagen del pizarrón cambió una vez más. Frente a la clase se alzaba la foto de un tribunal en blanco y negro, lleno de gente que parecía protestar contra el juez. Tres mujeres se hallaban paradas a un lado, esperando la sentencia.

—Osborne murió en los calabozos luego del juicio, en el cual Sarah Good fue condenada a la horca por sus pecados contra la hija y la sobrina del reverendo. Sarah se defendió ante el tribunal, alegando una coartada consistente para el momento en el que supuestamente las chicas fueron dañadas y maltratadas, pero luego de que ambas cayeran en un ataque de histeria, gritando incoherencias y sosteniendo que ella las había embrujado, Sarah fue declarada culpable y murió no mucho después del juicio.

Una horca apareció en blanco y negro frente a los ojos de todos, y la silueta de un cuerpo colgando de ella se distinguía en la imagen borrosa. La chica contempló la imagen, sintiendo que un peso extraño caía en su estómago. «La historia detrás de la muerte».

Algo se movió entonces en aquella silueta, y parecía como si el cadáver se balanceara en la horca. Sombras comenzaron a arrastrarse fuera de la escena, como si hubieran salido del cuerpo inerte de la bruja muerta. Aura contuvo un gemido. La oscuridad comenzó a deslizarse por el suelo del salón, siseando, provocando un tenue parpadeo en la imagen del proyector, pero nadie pareció percatarse siquiera.

De pronto sintió cómo la mirada de Stephan se clavaba en ella. Por el rabillo del ojo, casi sin atreverse a voltear por completo, vio cómo el chico alternaba la vista entre las sombras y ella, mientras que una pequeña sonrisa tiraba de las comisuras de sus labios. Cuando el profesor siguió hablando, paseándose entre las primeras filas de la sala, Aura no logró despegar sus ojos de la sombra.

—Tituba, por su parte, fue más lista que las otras dos. Ella se declaró culpable y confesó haber tenido contacto con Satanás, y haber firmado un libro que él le ofreció, obligada por Osborne y Good, donde el demonio le ofrecía poderes oscuros. La esclava, alegándose tan víctima del diablo como las dos niñas, dijo que el resto de los nombres de la lista permanecían borrosos para ella, pero acusó a las otras dos sentenciadas de haber dañado y hechizado a Abigail y su prima.

»La mujer fue llevada a los calabozos, donde permaneció por mucho tiempo hasta que una fuente anónima pagó su liberación.

»En total hubo cerca de veinte declarados culpables de brujería y sentenciados a morir en la horca. Sin contar a los muchos que murieron debido al maltrato que sufrían estando en las cárceles.

La escena cambió, mostrando las deterioradas celdas de los prisioneros de Salem.

—Claro que las brujas no eran brujas. —La voz de Stephan era apenas un susurro, demasiado cerca de su cuello.

Aura pegó un salto en su asiento al sentir el cálido aliento del chico contra su piel, que al rozar sus marcas estas comenzaron a arder. Ella apenas volteó para mirar al muchacho a los ojos. Sin despegar la vista de él, escuchó a Clayton decir:

—Claro que las brujas no eran realmente brujas. Poco después de que la caza de brujas terminara, el tribunal se vio obligado a «corregir su error», dictando que la muerte de esas veinte personas había sido injustificada, ya que no existía tal cosa como las «brujas» en Salem.

La imagen en el proyector volvió a cambiar, sin embargo, Aura no fue capaz de verla; una sensación de mareo se abrió paso en su cabeza, obligándola a cerrar los ojos ante el dolor y las náuseas.

—Aunque ya no había nada que pudieran hacer, ¿no? Fue bastante obvio desde el principio —susurró el chico acercándose a ella.

Aura se alejó instintivamente, llevando con disimulo la mano a su sien, como si se estuviera apoyando en la mesa.

—¿Qué cosa fue obvia? —preguntó a su pesar.

—Que no eran brujas —se apresuró a responder Stephan—. De haberlo sido habrían hecho algo para evitar acabar muertas. Y de haber tenido contacto con el demonio... —La frase quedó suspendida en el aire, mientras que el mareo de Aura comenzaba a disminuir en modo gradual. La chica miró a su alrededor con los ojos entrecerrados; las sombras estaban cerca de ellos, pero algo parecía estar conteniendo su avance—. Digamos que podrías estar hablando con un demonio justo ahora, y jamás te darías cuenta —terminó, sonriendo aunque no había rastro de emoción en su rostro.

Una alarma de advertencia se activó en su cabeza en la forma de un pitido que no dejaba de resonar en sus oídos. Ella no supo por qué; las sombras seguían al acecho, sin acercarse más de lo necesario.

Supo que la clase había terminado cuando el silencio sepulcral en que se había sumido la estancia por fin se rompió. Aura contuvo el impulso de levantarse de un salto de su asiento

y se obligó a fingir normalidad y calma, a pesar de que lo único que quería era salir del aula.

Cuando estaba por largarse del lugar, una mano de tacto frío como el hielo se cerró en torno a su antebrazo. Con un escalofrío recorriéndola, Aura se dio la vuelta lentamente.

—Se te quedó esto —dijo la voz de Stephan. Su tono era parejo, sin ninguna expresión tanto en el rostro como en la voz que delatará lo que estaba pensando, pero sus ojos brillaban de una manera extraña que la chica no supo ni quiso intentar descifrar. Algo se revolvía en su interior con esa mirada.

Con la mano que no sostenía el brazo de Aura, Stephan le extendió el libro de historia que se había dejado encima de la mesa. Ella lo miró con recelo y tomó el libro sin prisa, poniendo cuidado en no hacer más contacto con él. Comenzaba a sentirse mareada de nuevo.

Antes de que el chico soltara el libro por completo, Aura se dio cuenta de algo alarmante. Otro recuerdo apareció en su cabeza: otra de sus constantes pesadillas, aunque esta vez era una mucho más reciente. Los dedos del ente se aferraban a su muñeca y, en un giro extraño, Aura había aferrado también lo que parecía ser el antebrazo de la sombra. La oscuridad había lanzado un grito que taladró sus tímpanos y, por primera vez, había retrocedido intentando zafarse de ella. Sin embargo, Aura no había cedido; liberó más energía y la oscuridad gritó de nuevo, disipándose. Durante una fracción de segundo, la sombra dejó de ser sombra y le permitió ver un brazo humano, y marcas violáceas de dedos se cerraban en él con la forma marcada de la mano de Aura, tal y como las que Stephan tenía cerca de la muñeca.

Su cuerpo se paralizó y la mirada de él siguió a la suya hasta su brazo. Cuando Stephan volvió a posar los ojos en Aura, su expresión había cambiado. Ahora sus ojos negros destilaban ira pura. La muchacha retrocedió tambaleándose, soltándose del agarre del chico que ahora le volvía a quemar la muñeca. Las marcas de su cuello ardieron también, como si reconocieran el tacto de quien las había creado.

—Gra... gracias —musitó y se apresuró a salir del aula.

Las sombras la siguieron todo el camino hasta el estacionamiento. Se deslizaban por los blancos corredores tras ella, siseando, succionando energía de todo a su alrededor. «Si están tras de ti es porque alguien más las envió», había dicho Lucas.

La respiración de la chica volvió a hacerse dificultosa y los pasillos parecían no terminar nunca.

«Y tú sabes quién las envió», había respondido.

Las sombras ya estaban casi sobre ella. Presa del miedo, Aura se volteó y lanzó una oleada de energía que desvaneció a las sombras que se arrastraban cerca de ella. No se

detuvo a preguntarse qué o cómo lo hacía; si lo pensaba demasiado, no sería capaz de repetirlo. Esa vez, el ruido que emitieron fue distinto, y eso fue lo que más la asustó. Fue, de alguna forma... *humano*; corpóreo.

«Y parte de ti también lo sabe, Aura».

Ella no se paró a considerarlo. Utilizando la poca ventaja que creía haber ganado echó a correr una vez más por los pasillos de la universidad. Izquierda. Derecha. Izquierda. Izquierda.

Al salir la lluvia la empapó en menos de un minuto, mas la chica lo agradeció, y quiso engañarse a sí misma, aunque fuera por un segundo, creyendo que el motivo de su desesperación se debía a escapar de la lluvia y no de las sombras. El problema era que siempre le había gustado la lluvia.

Su auto estaba donde lo había dejado el día anterior. Aura llegó junto a él y comenzó a rebuscar las llaves en su mochila con las manos temblorosas y los siseos de las sombras acercándose a una velocidad vertiginosa. Estaba tan nerviosa que apenas sacó las llaves, se le resbalaron entre los dedos.

—Maldición —masculló.

Se agachó a recogerlas obligándose a sí misma a calmarse, pero antes de volver a pararse una sombra se le enroscó en el brazo. Aura dio un tirón brusco y se incorporó de un salto, tratando de ignorar las nuevas marcas púrpuras que acababan de salir en su piel y el dolor que estas producían, solo para ver algo todavía peor: a escasos metros de ella la oscuridad tomaba la forma corpórea que habitaba en cada una de sus pesadillas.

«Sucedió una vez, Aura, y aunque ahora no lo recuerdes, nada me impedirá hacerlo de nuevo», dijo en un siseo.

*Tiempo.* A la chica la recorrió un escalofrío de pies a cabeza: tenía que ganar *tiempo*.

—No te engañes a ti misma creyendo que puedes ganarme —volvió a decir la sombra acercándose a ella. Su voz sonaba mucho más corpórea y adquiría un timbre que Aura ya había escuchado antes.

«Quizá», pensó la chica. «Pero puedo retrasarte». Las sombras emitieron un sonido extraño, como si se estuviesen burlando de ella. «Tengo que poder...».

A pesar del caos en el ambiente y de la confusión en su cabeza, Aura obligó a todo a desvanecerse e intentó concentrarse. Se imaginó la oscuridad, brotando de ella esta vez como volutas de humo negro; la energía salió de sus dedos como nuevas sombras un tanto más translúcidas que las otras, quizá, aunque igual de poderosas, y se adelantaron hasta enredarse en la figura que avanzaba con lentitud en su dirección. Apenas las sombras se encontraron, sintió algo que tiraba de sus entrañas con un dolor desgarrador, mas no sabía



si era real o se lo estaba imaginando. Aura apretó los puños y sus sombras se aferraron a la forma de la oscuridad frente a ella. Esta gritó y se retorció, haciendo que sus sombras apretaran con más fuerza, atándola, inmovilizándola.

Su visión comenzó a borronarse.

«Esto no ha terminado», dijo la voz en su cabeza cuando la chica creía que no podría resistir mucho más, aunque Aura podía percibir que sonaba más débil que antes. Con un horrible sonido la oscuridad se disipó hasta desaparecer como si nunca hubiese estado allí, y todas las sombras, incluyendo las suyas, se desintegraron con un chirrido.

Una oleada de cansancio le llegó de golpe y estuvo a punto de caer, pero logró estabilizarse pegando la espalda al auto tras ella. Se dio un segundo para respirar y tratar de calmarse; sentía que se desvanecería en cualquier momento como una sombra más y no podía permitírselo porque esa vez, si caía, no habría nadie que la sostuviera.

Llegó casi a tientas a su casa y, con la visión nublada, logró meter la llave en la cerradura y entrar por fin.

Apenas estuvo dentro fue apenas consciente de cerrar la puerta de un decaído manotazo. Aura ni siquiera intentó subir las escaleras. Con las pocas fuerzas que le quedaban después de haber atravesado casi inconsciente la interminable carretera, la chica se dejó caer en el sofá de la sala.

Apenas cerró los ojos, todo se oscureció.

## **CAPÍTULO V**

La muchacha despertó horas después, ya entrada la noche.

Aura abrió los ojos despacio, adaptándose a la oscuridad que reinaba en el ambiente. Se incorporó de apoco, notando un dolor constante en el cuello y los hombros por la mala postura en la que se quedó dormida. Miró sus brazos por instinto: las marcas violáceas seguían allí, quizá aún más oscuras que antes, pero al menos habían dejado de doler. De no haber podido verlas Aura ni siquiera se habría percatado de ellas.

Respiró con pesadez, sin estar segura de si se debía al asma o al estar todavía medio dormida, aunque buscó su inhalador de todas formas.

Durante varios minutos, Aura actuó de manera sistemática: levantarse, buscar su mochila, su inhalador, usarlo, guardarlo. Se sentía con una extraña calma a pesar de todo lo que había ocurrido ese día, y no sabía si eso era bueno o malo. «La calma antes de la tormenta», no pudo evitar pensar una parte de ella. Había vencido a la sombra, al menos de momento, la pregunta era... *¿cómo?*

«Quiero saber por qué las sombras son capaces de afectarte tanto». La voz de Lucas sonó en su cabeza de pronto. El chico sabía algo acerca de todo lo que pasaba y no se lo estaba diciendo, y eso a Aura la enfermaba. Necesitaba respuestas.

Buscó a tientas su celular en la mochila. Eran casi las dos de la mañana. Su teléfono parpadeaba con una luz intermitente por las llamadas perdidas que tenía de su madre durante el día. La chica suspiró, decidiendo que la llamaría de camino a la universidad al amanecer.

Salem. Brujas. Demonios. Sombras. Las sensaciones de lo ocurrido horas antes llegaron a ella como si se hubiesen estado ocultando en las profundidades de su mente. Mas lo peor no habían sido el miedo ni las sombras, sino aquel recuerdo de dos años antes, saliendo a la superficie sin aviso ni permiso. El sueño que había tenido esa vez no había sido nada comparado con la pesadilla que vino luego.

El cansancio volvió a ella como si jamás se hubiera ido.

«Basta —se dijo a sí misma—. Deja de pensar en eso». Y, tal como había hecho hacía dos años, dejó de pensar en eso.

Las pesadillas no volvieron a aparecer en su cabeza esa noche. Y eso, de alguna manera, solo logró desconcertarla.

Por la mañana despertó poco antes de que el reloj sonara. Se sentía descansada, pero a la vez estaba ya tan acostumbrada a los sueños que la atormentaban que no estaba segura de si la ausencia de ellos era necesariamente buena.

Permaneció quieta, mirando el techo, y pronto los extraños sucesos que venían ocurriendo desde hacía semanas llegaron a su mente. Aura no quería analizarlos: en realidad, no quería pensar en nada de eso, porque hacerlo significaría volver en el tiempo al que —ahora se daba cuenta— había sido el comienzo de todo, y no tenía ningún interés en desenterrar lo que había en el fondo de su memoria.

El problema era que, al no querer recordarlo, le era inevitable hacerlo.

Aura suspiró y apagó el despertador.

Se levantó como un autómatas, actuando por inercia. Las únicas imágenes que ahora rondaban por su mente eran las de objetos que veía a su alrededor: cama, pasillo, puerta, baño. Aura estaba bien con eso, sin embargo, mientras esperaba a que el agua de la ducha se calentara, una imagen no deseada tomó forma en su cabeza...

Aquel día había comenzado con escalofríos, con el corazón acelerado, y el sueño reciente como grabado a fuego en su cerebro. Había despertado de golpe, con el peor

ataque de asma que había tenido en toda su vida ocurriendo en ese momento. Tosía en un vano intento por ingresar aire en sus pulmones, pero sus rápidos latidos no ayudaban a mejorar la situación. Recordaba haber buscado a tientas en el cajón de la mesita de noche hasta encontrar el inhalador; luego de eso la chica no pudo volver a dormir. Entre el miedo irracional que le había quedado arraigado y la sensación de asfixia, sus ojos se negaron a cerrarse a pesar del cansancio, pues no podía dejar de repetir una y otra vez las frases pronunciadas por la sombra que en el sueño... ¿la había matado?

A pesar de todo, Aura recordó, después de eso el día había parecido mejorar. Cuando bajó a desayunar, su madre la esperaba con el desayuno listo.

—Buenos días —sonrió ella.

—Hola —contestó la chica—. ¿Dormiste bien?

—Perfectamente. ¿Y tú?

—Lo mismo. —No supo por qué mintió, pero lo hizo. Aura examinó todo a su alrededor, como preguntándose qué era lo que faltaba en la escena. Evelyn, su madre, la observaba en silencio sin decir palabra—. ¿Y papá? Dijo que me llevaría a la escuela hoy.

—Sí, lo sé: tuvo que salir temprano. Me pidió que te deseara suerte hoy en tu examen, y dijo que lo llames al salir para que pase a buscarte.

Aura asintió, con una pequeña sonrisa tirando de las comisuras de sus labios.

—Entonces... ¿Quieres llevarme?

Ahí terminaba el recuerdo.

Aura sacudió la cabeza, volviendo al presente; estaba tan ensimismada en sus pensamientos que no se dio cuenta de que el vapor estaba inundando el baño. Miró por un segundo su reflejo en el espejo, molesta consigo misma. Se metió en la ducha, suprimiendo el resto del recuerdo. No quería volver a pensar en eso. Nunca, de ser posible.

Cepilló su cabello rubio, el cual se veía todavía más oscuro por el agua que aún estilaba. Salió de la casa no mucho después y condujo hacia la universidad, con tiempo de sobra para darse el lujo de reducir la velocidad y alargar el trayecto. La carretera aún estaba mojada por la lluvia, pero el sol comenzó a salir poco a poco y la humedad se fue disipando. Antes de llegar al bosque que tapaba la luz, el sol ya había iluminado gran parte del cielo. Las sombras que siempre solían hacerse presente en ese tramo del camino esa vez no se hicieron notar, devolviéndole a la chica parte de la normalidad que su vida algún día había tenido.

Al llegar Aura estacionó el auto cerca de la entrada, sacó su teléfono y le marcó a su madre.

—*¡Ya venía siendo hora!*

—Estoy bien, mamá, es solo que...

—*¡Aura Cromwell!* —interrumpió su madre por el auricular. La chica hizo una mueca; no debería haberse alterado y, sin embargo, lo hizo—. *¡Basta de excusas!*

—No me llames así.

—*Aura...* —comenzó su madre. Su tono de voz había cambiado; no había reproche, sino más bien tristeza. Aun así, la interrumpió.

—No. Lo detesto y lo sabes. No quiero tener nada que ver con él, Evelyn —dijo llamando a su madre por su nombre de pila, como hacía cuando quería terminar rápido una conversación.

—*Han pasado dos años, hija...* —susurró esta.

Un dolor le atravesó el pecho como un cuchillo. Los recuerdos amenazaban con emerger nuevamente y Aura no podía dejarlos. Tragó intentado disipar el nudo que se formaba en su garganta.

Las palabras casi le quemaron al salir de su boca.

—Dos años o mil —dijo con filo en la voz—. No cambiaría nada.

Su madre no pronunció palabra y Aura tampoco lo hizo. Sabía que el tema le dolía tanto como a ella, y no era su intención herirla, mas los sucesos recientes le hacían sentir como si ese tiempo jamás hubiese pasado.

—Tengo que irme —dijo finalmente.

Evelyn suspiró al teléfono.

—*Cuídate, Aura. Nos vemos pronto.*

La chica asintió, incluso a sabiendas de que su madre no podía verla, y cortó la llamada sin pronunciar otra palabra. Respiró varias veces hasta que los recuerdos dejaron de atormentarla y sin esperar más bajó del auto.

Apenas entró en el recinto se dirigió rápidamente al comedor con la esperanza de que la persona que podía responder varias de sus preguntas estuviese allí, pero él no estaba en ninguna parte para ser visto. Suspiró y sin hambre se dirigió al casillero donde guardaba los libros que necesitaba para sus clases. Mientras tanto, las voces de sus compañeros se mezclaban con el ruido de la tormenta.

Aura no estaba del todo segura de cuántas materias compartía con Lucas, pero estaban juntos en Historia Civil, por lo que tenía la certeza de que, si lo vería en alguna clase ese día, sería en esa.

Durante el resto de la mañana se sintió tan ansiosa que apenas pudo concentrarse, y el que las sombras no aparecieran no la calmaba en lo absoluto. Lo sucedido el día anterior la había alterado sobremedida. Había vencido a la sombra, sí, pero ¿cómo? Le daba pánico que la

situación volviera a repetirse, y aún más el hecho de que quizá la próxima vez su energía no fuera suficiente, después de todo se había quedado inconsciente al minuto de cerrar los ojos luego de que todo pasara. ¿Y qué si sus fuerzas se agotaban antes de estar a salvo? Sabía que no todo había terminado, que aún quedaba algo por resolver, y para ello necesitaba saber a qué se enfrentaba... Cuando la interminable hora llegó a su fin, Aura saltó como un resorte de su asiento y sin esperar que la clase finalizara siquiera se dirigió casi corriendo al aula de Historia Civil.

Pasillos, pasillos y más pasillos. Estaba tan desconcentrada que apenas se dio cuenta de por dónde iba hasta que chocó con algo. *Alguien*.

Los libros de la otra persona cayeron al suelo.

—Lo siento... —comenzó a decir, inclinándose a recogerlos cuando alzó la cabeza y vio a la chica frente a ella. Cabello corto y castaño; ojos azules como el mar... Parecía que ese día los recuerdos se empeñaban en volver a ella—. No me fijé por dónde iba —dijo devolviéndole los libros a la que en su momento fue como parte de su familia.

Ella asintió.

—Descuida —dijo Elena—. Tampoco yo me fijé. —Su tono fue disminuyendo gradualmente, hasta que su voz se convirtió en casi un susurro—. ¿Cómo has estado, Aura?

Las imágenes que había intentado reprimir durante tanto tiempo regresaron, junto con las sensaciones que creía ya haber enterrado. Dolor, duda, confusión, tristeza... rabia, odio.

—Perdona, Elena, pero en serio tengo que irme...

—¿Cómo es que llegamos a esto, Aura? —exigió saber. Aura tragó el nudo que comenzaba a formarse en su garganta y no dijo nada—. No importa —dijo Elena en su lugar al ver que Aura no hablaba—. Nunca importó —repitió ya con la derrota grabada en la voz, y se alejó lentamente por los pasillos de mármol.

Aura se quedó inmóvil durante un rato, plantada en el pasillo sin poder moverse hasta que se obligó a sí misma a olvidar el encuentro y a matar las lágrimas que amenazaban con formarse en sus ojos. Siguió su camino incluso más distraída que antes, si es que eso era posible.

Al entrar en el aula de Historia el profesor Clayton la detuvo apenas puso un pie en el salón.

—Se saltó mi examen de ayer —acusó. Sus ojos se abrieron en ese instante por más que Aura intentó no reflejar demasiada sorpresa. Lo había olvidado por completo.

—Yo... me sentí mal al término de la primera hora...

—Mhm —murmuró el hombre entrecerrando los ojos. Durante un segundo, la chica creyó que la reprobaría sin más, no obstante, él la sorprendió entregándole un papel donde

indicaba la fecha y la hora para recuperar el examen.

Aura mostró una sonrisa de alivio.

—Gracias.

—No falte —advirtió por toda respuesta.

Ella asintió y se dirigió a uno de los asientos disponibles al final del salón, parte que la luz de la ventana apenas cubría. Más tarde se preguntaría por qué el profesor ni siquiera le había pedido una excusa; no pensaría en que, para esas alturas, era ya evidente para los demás que algo no andaba bien con ella.

Examinó el lugar con la mirada, pero el chico de cabello negro y peculiares ojos violetas no se dejó ver en toda la hora. Tampoco Stephan, para alivio de Aura.

Durante toda la clase la muchacha se la pasó sin prestar atención, dibujando círculos y líneas en su libreta, recordando nuevas escenas de *aquel* día: recordaba la salida de clases, después del examen, y recordaba haber conversado con Elena sobre eso. Habían bromeado, habían reído, y luego la pesadilla había comenzado. Cada vez que su mente amenazaba con recordar ese día, Aura lo bloqueaba. La escena se desvaneció de su cabeza junto con el resto de sus pensamientos; no quería recordar lo que vino después y se odiaba por actuar como lo hacía, porque incluso sabiendo que Elena no tenía la culpa de nada de lo sucedido, verla se le hacía imposible para el propósito de dejarlo atrás, sin embargo, su madre tenía razón en algo; habían pasado dos años. Tenía que superarlo, aunque parte de ella, su parte escéptica, quizá, se preguntaba si Evelyn ya lo habría hecho.

Aura se obligó a prestar atención a la clase, y durante un momento lo logró... Entonces algo nuevo comenzó a distraerla. Era pequeña, apenas perceptible; pero ahí estaba: la sombra se movía hacia ella desde debajo de uno de los muebles del aula, arrastrándose como siempre, aunque esta vez con mucha más lentitud, pesadamente. Era tan traslúcida que a Aura le costó seguirle el paso. La sombra se detuvo a unos metros de ella y se quedó estática, casi como si no quisiera acercársele demasiado. Ya no siseaba ni parecía murmurar nada, más bien parecía estar... ¿vigilándola? La chica intentó ignorarla; de cuando en cuando le echaba vistazos nerviosos de soslayo a la sombra, y cada vez que lo hacía Aura la encontraba más y más transparente hasta que acabó por desvanecerse frente a sus ojos.

Durante el resto del día ninguna otra sombra hizo acto de presencia y, si aparecieron, Aura no fue capaz de notarlo.

Al salir de la universidad la lluvia la empapó en menos de un segundo. ¿En qué momento se había nublado? La chica negó con la cabeza y corrió hasta encontrar su auto.

A pesar de que apenas recordaba el camino, se dirigió a la casa de Lucas de todas maneras. Se perdió varias veces en el trayecto, y dobló equivocadamente otras cuantas, pero

al final logró reconocer el pasaje que llevaba directo a la alta casa rojiza donde vivía el muchacho; con la lluvia y el viento azotando con fuerza contra ella, Aura se bajó del auto y corrió hasta refugiarse bajo el porche de madera. Todo se veía casi desierto. Tocó la puerta, esperando que el ruido se hiciera escuchar contra el rugido del viento... Nada pasó. Esperó unos minutos antes de tocar de nuevo, sin embargo, otra vez, nada pasó.

La chica resopló y tiritando comenzó a caminar bordeando el lugar. Las cortinas estaban cerradas por dentro y a través las rendijas de las ventanas que quedaban al descubierto solo se veía oscuridad en el interior.

Aura no supo cuánto tiempo pasó hasta que, vencida, abandonó el sitio dejándolo, si era posible, aún más desierto.

*Dolor*: eso era lo único de lo que la Oscuridad era consciente.

Agonía, sufrimiento. Eran sensaciones familiares para ella: la Oscuridad misma las provocaba, y se regocijaba haciéndolo, pero el dolor era algo que no soportaba; no cuando se aplicaba a sí misma.

La sombra se removió. Sus extremidades, humanas de momento, se camuflaban en las tinieblas a pesar de la palidez de su piel. El dolor y la ira lo invadían, haciendo sus ojos negros destellar en reflejo de un odio inhumano. Dentro de aquella caverna nada salvo su translúcido y débil cuerpo era visible. Fuerzas, eso era lo que le faltaba. Él sintió cuando sus sombras llegaron, arrastrándose moribundas hasta él. Su energía se agotó entonces, habiendo gastado ya su último recurso de esta para vigilarla.

«Aún no sabe nada», susurraron en un murmullo que transmitía la esencia del miedo puro, mas a él no le inquietaba. «El brujo la abandonó», volvieron a murmurar.

La Oscuridad, a pesar del dolor y su momentánea debilidad —la cual jamás admitiría—, sonrió.

«Bien», siseó igualmente, antes de desvanecerse también para convertirse en una de sus sombras.

## **CAPÍTULO VI**

Durante tres días no hubo sueños. Durante tres días fue como si las sombras y las pesadillas jamás hubiesen existido. Durante tres días no hubo nuevas marcas en su piel ni extraños mareos.

Durante tres días no hubo señales de Lucas.

Aquel sábado Aura se levantó temprano y se encaminó a la universidad, pues tenía que presentar un recuperativo del examen que se había perdido cuando sombras la atacaron; había estado tan nerviosa ese día que se había ido del campus sin recordar la evaluación siquiera. Las sombras habían desaparecido desde entonces, y Lucas también. No se había dejado ver en la universidad y Aura ya había perdido la esperanza de encontrarlo en su casa.

Durante todo el camino repasó mentalmente los contenidos que le evaluarían ese día. El hecho de no tener los sueños como desconcentración adicional le había despejado la cabeza lo suficiente como para permitirle estudiar a conciencia. Una vez en el aula se sentó en una de las primeras filas con la hoja en mano, junto a otras dos chicas y un muchacho de los cuales no recordaba los nombres. Contestó todas las preguntas con bastante seguridad y, una vez que la hora mínima fue marcada, entregó el examen. Clayton lo recibió apenas dirigiéndole una mirada a la chica.

Entonces una idea la asaltó.

—¿Sabe si...? —titubeó—. ¿Sabe si hoy vino Lucas Straford? Es que tengo pedirle unos apuntes que le presté.

El hombre la miró entonces; pareció perderse en sus pensamientos durante un segundo antes de responder.

—No le he visto desde el miércoles —contestó—. No en mis clases, al menos.

A Aura se le cayó el alma a los pies. Un extraño sentimiento comenzaba a brotar en su pecho. Asintió por toda respuesta, sin saber qué más decir. La chica se dio la vuelta, dispuesta a marcharse, cuando la voz de su profesor de Historia Civil volvió a hablar a sus espaldas.

—Si ve al señor Straford... —comenzó, pero se detuvo un momento, para luego negar con la cabeza—. Dígale que me debe un examen.

Aura asintió, saliendo del lugar.

*Fuerza:* era lo que la Oscuridad necesitaba, y ya la tenía.

*Energía.* Vitalidad. Odio. Ira. Rencor. Todas esas sensaciones le provocaban un cosquilleo en la piel que él recibía casi con agradecimiento.

Sus ojos destellaron en la penumbra de la caverna.

Las sombras se arremolinaban a su alrededor, negras, fuertes e incontenibles. Querían venganza tanto como él lo hacía, mas no iba a subestimarla de nuevo; tendría que ser paciente y esperar como si tuviera todo el tiempo del mundo... Esa era la ventaja de ser inmortal.

Sonrió con malicia, teniendo la certeza de que no fallaría. Y esta vez, a diferencia de la



primera, ella no volvería.

Los pasos de Aura eran tan débiles que apenas resonaban en el suelo de mármol. Salió del aula de Historia casi desmoralizada. Comenzaba a preocuparse por Lucas y eso no le gustaba. Caminó por la universidad con la vista fija en el suelo; el murmullo de la gente a su alrededor disminuyendo gradualmente sin que ella se percatara de aquello a medida que avanzaba. Su cabeza parecía querer rehusarse a pensar en nada que requiriera demasiado análisis. ¿Por qué hacerlo, si las sombras habían desaparecido?, pensaba una parte de ella, la parte que deseaba que todo fuera normal otra vez. Pero aún estaba aquel presentimiento; ese que le decía que no todo había terminado.

La siguiente vez que le prestó atención a su entorno fue porque se percató del silencio sepulcral que cubría los corredores, y se dio cuenta de que todo a su alrededor estaba desierto. El ambiente estaba cargado de una extraña tensión que hizo que a Aura le dieran escalofríos; la densidad de la energía en el lugar era casi tangible. Mientras caminaba las luces que iluminaban el corredor se le antojaron frías, mortecinas, y estas pronto comenzaron a titilar con un leve zumbido. Se sentía expectante, como estar esperando a que lo inevitable al fin sucediera.

Un pinchazo ya familiar en la parte trasera del cuello la hizo pegar un salto, sin embargo, al voltearse, la sombra que esperaba encontrar no estaba. Se hallaba completamente sola en aquel blanco pasillo.

Eso debió haberla tranquilizado, aunque estaba cada vez más lejos de sentirse así.

Todo a su alrededor se volvió frío de pronto. Aura se ajustó la chaqueta, volviéndose paranoicamente en todas las direcciones, esperando que algo saliera de cualquier lugar y la atacara... Nada pasó. Y fue, de algún modo, todavía peor.

Una sensación de miedo y desesperación comenzó a abrirse paso en la boca de su estómago. Tenía que largarse de allí, lo sabía, cuando otro pinchazo, esta vez en la parte baja de la espalda, le recorrió la columna vertebral, quitándole de golpe más energía que en cualquier otra ocasión.

*Sombras.*

Aura se obligó a dejar a un lado el miedo de no saber qué ocurría y, como si estuviese ya acostumbrada, lanzó una oleada de sombras tras ella, esperando que su oscura energía contuviera a lo que fuera que quería atacarla... Mas el ruido que acompañaba a las sombras al desintegrarse nunca llegó. La chica jadeó al voltearse. Nada, no había nada tras ella salvo el espectro de sus propias sombras desvaneciéndose.

Aura no se quedó más tiempo preguntándose nada y echó a correr por los pasillos

hacia el estacionamiento. Sus pies se movían lo más rápido que podían, pero el tiempo parecía no avanzar a su alrededor. Algo la seguía, estaba segura de ello aun cuando no podía verlo. Lo *sentía...* como el frío y el miedo que precedían a cada una de sus pesadillas. Siguió corriendo, huyendo, perdiendo energía a cada paso que daba hasta que un tirón en el cuello, como si algo jalara de ella hacia atrás, le vació los pulmones, obligándola a detenerse de golpe. Como si tuviera una soga atada alrededor de la tráquea y alguien estuviese tirando de ella. Su corazón latía acelerado por la carrera y la adrenalina, golpeando casi con dolor contra su caja torácica, pidiendo a gritos el aire que la chica no era capaz de darle. Su visión se volvió negra al instante. Tosió e intentó lanzar energía de sus dedos, pero solo consiguió perderla, ya que no había sombras a su alrededor.

Sus rodillas flaquearon. Aura rebuscó a tientas dentro de la mochila el inhalador, sin embargo, para cuando lo encontró, un nuevo pinchazo le quitó la reserva de energía que le quedaba. Intentó apretar el tubito de plástico para liberar el medicamento, mas los dedos no le respondían. A pesar de la creciente desesperación, Aura intentó calmarse y se arrastró hasta chocar su espalda contra la pared de concreto. Se recargó en ella y procuró quedarse lo más quieta posible. Los latidos de su corazón comenzaron a disminuir poco a poco. Aura se preguntó si le quedarían nuevas marcas en el cuello, pero cada vez que salían, venían acompañadas de un extraño ardor. Esta vez no sentía nada.

Ya sin fuerzas, cuando creyó que así acabaría todo, la presión en su cuello se fue tan rápido como apareció.

Apenas la soltó ella comenzó a toser; el aire ingresando torpemente a sus pulmones... Y las sombras seguían sin hacerse presentes.

En cuanto la chica recuperó algo del control de sí misma revisó las marcas que le cubrían los brazos, pero su piel había dejado de arder hacía ya tres días, y casi había recuperado su color natural. No supo con exactitud cuánto tiempo pasó. Minutos, segundos, se sentían igual de eternos dentro del caos que era su cabeza en ese momento. Cuando pudo levantarse fue como si su cuerpo hubiese recibido una golpiza. Estaba adolorida, y el esfuerzo que requirió llevar la acción a cabo la hizo palidecer. Caminó despacio hasta llegar a su auto, notando que el estómago se le revolvía por el trabajo que desempeñaba su cuerpo. Estando allí lo único que quería era desfallecer, a pesar de ser consciente de que no podía permitírselo, no de nuevo.

Decidida, no tardó en empezar a conducir y ponerse en marcha por el ya conocido camino a la familiar y desolada casa de madera rojiza.

La carretera estaba, para su suerte, casi vacía, lo que le permitió prácticamente no tener que frenar durante todo el trayecto. A pesar de la calma que se había adueñado de todo en

ese momento, Aura aún sentía que estaba huyendo; de las sombras, de la oscuridad, o quizá solo de sus recuerdos... Huyendo; al fin y al cabo. ¿A qué demonios se estaba enfrentando? ¿O era que la cordura ya la había abandonado?

Todo seguía tan desierto como en los días anteriores, aunque la chica ya se había cansado de esperar otra cosa. Aun así, una parte de ella se decepcionó, y la otra se enojó consigo misma por decepcionarse.

Débilmente arrancó la hoja de uno de los cuadernos que traía en la mochila, y con un lápiz garabateó una letra un tanto temblorosa:

Lucas:

Desapareciste. Desapareciste y necesito respuestas. No sé dónde has estado, o cuándo vas a volver, pero cuando lo hagas... por favor, llámame.

—Aura.

Escribió su número en el reverso de la hoja y deslizó el papel doblado por debajo de la rendija de la puerta.

Durante el resto de la tarde, Aura consiguió mantener los ojos abiertos.

Apenas llegó a su casa, su celular comenzó a sonar dentro de su mochila. La mente de la chica se dirigió durante un doloroso segundo a los ojos violetas que le habían salvado la vida dos veces, mas cuando sacó el teléfono fue el nombre de su madre el que apareció en la pantalla.

—Hola —contestó casi suspirando.

—*¿Todo bien?* —preguntó Evelyn—. *Suenas cansada.*

Aura cerró la puerta suavemente tras ella.

—Estaba dormida —mintió.

—*Oh... Bueno, en ese caso, te dejo dormir. Solo quería saber cómo estabas.*

Ella esbozó una débil sonrisa.

—Estoy bien, en serio. ¿Cómo va todo por allá?

—*Todo bien, hija. En cualquier caso, volveré el miércoles de la semana que viene.*

—Perfecto. Cuídate, mamá.

—*También tú. Nos vemos.*

Aura colgó mientras subía las escaleras con pesadez. Los párpados se le cerraban involuntariamente y la visión se le volvía borrosa cada vez que subía un peldaño. Al llegar arriba se obligó a no tirarse sobre la cama de un salto, puesto que sabía que si cerraba los ojos, la oscuridad se la llevaría de inmediato, y no quería eso a pesar de que era consciente de que debía recuperar energía, pero ya venía siendo hora de comenzar a fortalecerse. No estaba segura de si esa era la mejor manera, mas por el momento era la única que tenía.

Pasó la tarde intentando concentrarse en otra cosa que no fuese el cansancio. Libros, películas, lo que sea, sin embargo, su mente no lograba centrarse en nada que no fueran las sombras. O la falta de ellas, porque en ese momento su enemigo era invisible. Las horas pasaron lentamente hasta que el sol comenzó a esconderse y a oscurecer todo. Cuando las primeras estrellas se hicieron presentes, Aura se echó en la cama y se permitió dejarse ir.

Esa noche algo cambió.

La oscuridad de la inconsciencia se vio reemplazada por otra, una nueva oscuridad que parecía cargar consigo toda la maldad de la tierra, rodeándolo todo con tal densidad que Aura no podía ver nada salvo la negrura en la que se encontraba.

Lo peor fue que la sensación de estar soñando no estaba con ella: para la chica lo que oscureciese allí, en su mente, sería real. Y en el fondo lo era.

Aura estaba ciega en ese momento. La desesperación comenzó a abrirse paso desde la boca de su estómago y su respiración se aceleró. Intentó no perder la calma y analizó la situación. No sabía dónde estaba, pero sabía que el suelo bajo ella era sólido... O al menos así se sentía. Lo peor era no saber si podía confiar en lo que su cerebro le decía. Se agachó hasta posar sus manos en el piso; las pequeñas piedras se juntaron en torno a sus dedos.

«Grava», pensó. Y parte de ella casi se calmó al saberlo.

Casi.

Aura se incorporó de golpe cuando un extraño ruido resonó tras ella. O *delante* de ella. Parecía venir de todas partes y eso no podía gustarle.

La chica dio torpes pasos hacia un lado sin tener certeza de por qué esa dirección en particular, con los brazos extendidos para no chocar con nada, pero su plan falló al tropezar con algo en el suelo. Una piedra, quizás. Aura se tambaleó, sin embargo, no alcanzó a caer, ya que su mano derecha impactó contra una superficie irregular y filosa, produciéndole un corte en la palma. Maldijo sin llegar a pronunciar palabra; no sabía qué tan profundo había sido el corte, aunque lo dedujo, pues la sangre comenzó a brotar de la herida hasta correr por sus dedos. Aura le restó importancia al dolor que se esparcía por sus terminaciones nerviosas y,

con más cuidado esta vez, tanteó suavemente la pared a su lado. Parecía rocosa, además de sentirse como si tuviese pedazos de vidrio incrustados en ella de tal manera que cualquiera que la tocara pudiera cortarse.

Caminó hacia adelante, probando el suelo antes de apoyar todo su peso en este, ya que no estaba segura de qué tan firme sería.

Mientras tanto la Oscuridad la observaba en silencio, expectante, como si de un espectáculo se tratara. La veía cansarse, sangrar y desperdiciar su energía, ya de por sí escasa, intentando encontrar la salida de la caverna, asustada, con su miedo alimentando el poder de la cueva, intensificado por la magia de esta.

Aura nunca supo con exactitud cuántos pasos había dado. Continuaba con la mano apoyada contra la pared filosa, sin importarle el dolor que eso conllevaba por miedo a que, si despegaba la mano, acabaría por perderse. Un paso. Dos pasos. Tres. Cuatro pasos hasta que algo cambió. Un extraño ruido se hizo presente en la dirección que, creía, sería frente a ella. Parecía como el ruido de la lluvia, pensó la chica, para luego descartar la idea. Sonaba más bien como... ¿agua? Avanzó otra vez.

Sí, ahora lo escuchaba débilmente: era el sonido de una corriente de agua.

Grava, corriente subterránea, paredes filosas por los... ¿cristales? Una pequeña noción del lugar en el que podría estar comenzó a cobrar sentido en su mente, al tiempo que una idea surgía en el fondo de su cabeza. En alguna parte había oído —o leído, no lo recordaba bien— que, si iba en dirección contraria a un río, en algún punto debería encontrar... ¿Qué? ¿Un pueblo, una ciudad? Dudaba que hubiera algo así ahí dentro, pero quizá de esa forma lograra encontrar la salida.

Una pequeña oleada de esperanza la recorrió, mas Aura no se permitió disfrutar demasiado del momento, ya que sabía que si lo hacía, algo saldría mal. La muchacha siguió avanzando hasta que se detuvo de golpe. «Demasiado tarde», susurró su cabeza. Un nuevo ruido se escuchaba por sobre la corriente, resonando con un suave eco por el piso y las paredes de la caverna. ¿Pasos? La idea asustó a Aura, aunque no tanto como la que vino después. No, no eran pasos, sino más bien como el sonido de un corazón latiendo.

El terror continuó subiendo por su columna cuando un suave siseo empezó a escucharse por la cueva salido de todas partes al mismo tiempo, como si fuese la sombra que sumía todo en las tinieblas susurrándole al oído constantemente, erizándole la piel. El primero se escuchó tras ella, lo bastante lejos como para no entenderlo con claridad y que la chica creyese que podría escapar de él. ¡Qué ingenua había sido!

Corrió en un vano intento de llegar a la corriente, pero esta parecía tan lejana como el infinito a pesar de que el ruido del agua se intensificaba con cada paso que daba. El

siguiente susurro se escuchó tan cerca que la alarmó, alcanzándola, sin embargo, ella estaba demasiado concentrada en el camino que no podía ver como para entender lo que la oscuridad decía. Y tampoco estaba segura de querer oírlo.

Él continuaba observándola, inmóvil, manejando las sombras a su antojo, creando ilusiones y utilizando el poder de la cueva a su conveniencia, creando espectros, espejismos, al fin y al cabo, tan mortíferos como el filo de un cuchillo en la garganta.

Aura, corriendo a ciegas aún, no se dio cuenta del desnivel en el piso hasta que fue demasiado tarde. Cayó al suelo, rodando un tramo hasta que su hombro chocó contra una roca. El dolor la paralizó por un momento, impidiéndole casi respirar.

«Aura». El escalofriante sonido resonó como un silbido por toda la cueva, envolviéndola en él, hundiéndola en el terror como si este fuera algo tan tangible como su propio cuerpo. Trató de incorporarse, cargando el peso sobre sus rodillas primero antes de ponerse de pie. El dolor lacerante en el hombro la obligó a quedarse en esa posición durante un instante.

Fue cuando sintió la presencia a sus espaldas.

Un escalofrío le recorrió la columna vertebral, comenzando en la parte baja de su espalda hasta subir por la parte trasera de su cuello. La sensación no fue como si una sombra le subiera por el cuerpo. No, esta vez fue como si una mano fría e incorpórea le recorriera la espina dorsal, paralizándola, cortándole la respiración producto del miedo.

«Aura», siseó la Oscuridad, con el frío aliento impactándole contra el cuello, justo bajo su oído.

La chica se estremeció reprimiéndose enseguida, demasiado aterrorizada como para ser capaz de moverse. Intentó desesperadamente llamar a sus sombras para que ahuyentaran a la... *cosa* que estaba tras ella... El problema era que seguía débil y el esfuerzo solo la hizo palidecer en la oscuridad.

«Eso no te salvará esta vez», susurró la sombra pegada a su piel, deslizando una mano incorpórea por su cabello hasta bajar por su brazo, haciendo que las marcas que en él había volvieran a arder de golpe. La chica contuvo un gemido.

«Todo lo que toca la oscuridad es mi dominio. Yo controlo el Reino de las Sombras. No tienes escapatoria... Pero esta vez no será tan fácil. Pudiste quedarte muerta la primera vez; no lo hiciste. Ahora no será así de sencillo. Sufrirás, lenta y dolorosamente. Voy a romperte hasta que no te queden fuerzas con qué defenderte. Entonces, cuando desees la muerte, te será concedida».

La muchacha cerró los ojos a medida que la sombra hablaba. Su voz sonaba como un susurro ronco y adquiriría un tono corpóreo que la chica ya había escuchado mil veces antes y que jamás había sido capaz de distinguir hasta entonces.

La mano de la sombra, ahora completamente formada, se cerró en torno a su brazo, justo por encima del codo, clavándole las uñas con fuerza en la piel. Aura reaccionó al instante. Se levantó de un salto y tiró con fuerza, pero no logró zafarse del agarre de la Oscuridad. Esta tiro también de ella, lanzando a la chica al suelo una vez más, sin soltarla en ningún momento.

Aura pudo sentir como la piel sobre su codo se desgarraba y comenzaba a sangrar justo antes de que su cabeza impactara contra el suelo. El dolor la obligó a cerrar los ojos al instante. Llegó al punto en que no sabía qué era peor, si la cabeza, el hombro o el brazo. La Oscuridad pareció reírse tras ella y el ruido resonó con un eco siniestro que rebotaba en todas las paredes.

Cuando la chica se sintió lo bastante fuerte como para levantarse, fue cuando comenzó a hundirse. Abrió los ojos como platos al tocar el suelo. Lodo. Barro. El corazón le dio un salto en el pecho. *Arenas movedizas.*

La Oscuridad volvió a reír.

«Esta vez no podrás escapar», repitió aún riendo con cinismo.

El caos inundó su cabeza. Desesperada miró en todas direcciones, intentando ver algo más que el negro que lo invadía todo, buscando algo a lo que aferrarse a pesar de que el lugar parecía solo volverse aún más oscuro a medida que se hundía en el barro. No pasó mucho tiempo hasta que la tierra le llegó al cuello. Sabía que si luchaba, solo se hundiría más rápido, no obstante, ¿qué otra opción tenía? ¿Hundirse lentamente en su lugar?

«Esto no es más que el principio», siseó la sombra antes de que el fango le cubriera la cara.

Inhaló profundo, sabiendo que ese respiro sería quizás el último, pero en cuanto el olor putrefacto le llegó, se arrepintió de haberlo hecho.

Entonces se hundió hasta que dejó de respirar.

Aura se despertó tosiendo y con las náuseas acompañándola, como si aún pudiese oler el asqueroso aroma del barro de la caverna, cubierta en una capa de sudor helado que le enfriaba hasta la médula. Eso, además de la sangre que le corría de la herida abierta y casi negra del brazo, fue suficiente para provocarle arcadas. La chica se levantó de un salto, palideciendo al instante al hacerlo, y corrió al baño. La bilis quemó al subir por su garganta y eso fue lo único que pudo devolver, ya que no había ingerido alimento desde la noche anterior.

Los espasmos continuaron durante un rato hasta que por fin cesaron. Se sentía adolorida. Las piernas le temblaron al levantarse, incapaces de sostener su peso por

demasiado tiempo. La cabeza le dio vueltas y su visión se ensombreció producto del reciente golpe. Volvió a sentarse, incapaz de ponerse de pie. El abdomen le dolía casi tanto como la herida sangrante del brazo y el golpe en el hombro. La sangre que salía por sobre su codo le chorreaba ya hasta la muñeca.

Haciendo una mueca por el esfuerzo, Aura consiguió levantarse y apoyarse en el lavabo. Sin detenerse a pensarlo demasiado, abrió la llave de agua caliente, tanto que salió vapor de ella y metió el brazo debajo, resistiendo el impulso de retirarlo al instante. El agua se tornó rojiza al igual que la piel de la chica, mas parecía estar dando resultado. Miró con los ojos entrecerrados su reflejo en el espejo: lucía mortalmente pálida, la sangre le empapaba la parte trasera de la camiseta, cerca del cuello donde se había golpeado, y su hombro tenía un color a medio camino entre el morado y el verde.

Continuó con la mano bajo el agua hasta que consideró que la herida estaba limpia. La vendó lo mejor que pudo y, ya temblando por el esfuerzo, volvió a la cama. Moría por darse una ducha y sacarse la sensación de suciedad... Pero fue realista, pues sabía que no tenía las fuerzas necesarias.

¿Qué estaba pasando ahora? Aura no estaba segura de nada en ese momento; no sabía por qué las sombras se habían ido, ni por qué habían vuelto. Estaban tras ella, eso era obvio; era el *porqué* lo que no sabía, así como tampoco sabía por qué, al mismo tiempo que las sombras y las marcas en su piel, había desaparecido el único que parecía tener las respuestas a todas esas preguntas. Y tampoco sabía si, como las sombras, él volvería para explicarle de una vez qué estaba sucediendo en su vida.

Pero ni su imaginación podía cubrir esos lapsos. No estaba segura de nada, excepto de lo que era ya obvio para entonces: los sueños habían vuelto y no sabía si esta vez volverían a irse.



## CAPÍTULO VII

En todo el resto de la noche, Aura no logró volver a dormirse. No por falta de sueño, ya que se sentía tan débil, adolorida y cansada que los ojos se le cerraban por sí solos, sino porque cada vez que su mente amenazaba con dejarse llevar, las imágenes de la caverna volvían a aparecer, despertándola de golpe.

Durante horas la chica estuvo tirada en la cama, inerte, sin poder mover ni un músculo por el dolor que eso conllevaba. No sabía cuántas veces más había tenido que correr al baño a devolver el estómago, y cada que lo hacía las piernas se le ponían aún más temblorosas que la vez anterior. Cuando el reloj dio las nueve Aura desistió por completo de la idea de dormirse de nuevo por un simple motivo; estaba aterrada. Tenía demasiado miedo de lo que vería al cerrar los ojos que prefirió luchar contra la inconsciencia que quería apoderarse de ella. Si hubiesen sido solo imágenes, pesadillas como las que cualquier otra persona tenía, habría estado bien, pero no lo eran, porque todo lo que sucedía en ellas se transformaba en una cicatriz en la vida real, y el dolor era demasiado difícil de sobrellevar, al menos en ese momento.

La muchacha respiró profundo y se levantó lentamente, poco a poco, porque no podía ser de otra manera; su cuerpo no se lo permitiría.

Caminó con pesadez al baño y prendió la regadera. Se metió en la ducha sin esperar que el agua se calentara, esperando así que la hinchazón que tenía tanto en el hombro como en la parte baja de la cabeza disminuyeran.

El dolor se mitigó un poco, permitiéndole pensar en lo que hacía con mayor claridad. Despacio lavó la parte trasera de su cuello, intentando que doliera lo menos posible, lo cual ya era difícil. Apenas tocó la herida el dolor aumentó de manera considerable, sin embargo, Aura no permitió que eso la detuviera. Masajeó su cuello hasta que la sangre seca le salió del cabello, intentando no mojar el vendaje improvisado que tenía en el brazo.

Al salir le dedicó otros minutos al golpe del hombro. El cardenal se extendía ahora hasta su clavícula. Buscó a tientas un ungüento entre las cremas médicas que su madre guardaba en el botiquín hasta que encontró una y esperó que sirviera. La aplicó sin hacer demasiada

presión hasta que su piel la absorbió por completo. Se vistió con un simple buzo de algodón, algo que no rozara de sobra las heridas. Después... Después no supo qué hacer. Debía mantenerse despierta, lo sabía incluso cuando estaba demasiado cansada como para concentrarse en cualquier cosa que no fuera el sueño.

Entonces, sin pretenderlo, Aura cerró los ojos.

Antes de que los abriera nuevamente, el viento la golpeó de lleno en la cara. Olía a... frío, de algún modo, como el último viento de otoño que le daba paso al invierno. Frío, eso era lo que sentía la chica en ese momento. Extendió los brazos tratando de sentir algo a su alrededor, mas no había nada salvo la brisa que azotaba contra su cuerpo.

Al abrir por fin los ojos fue como si jamás lo hubiera hecho. Se sentía en un trance, como si estuviera de algún modo fuera de su propio cuerpo. Como si alguien más hubiese tomado el control de su mente. Ella caminaba por inercia, con pasos lentos y calculados, fuera de sí. Aura no estaba segura de a dónde se dirigía ni por qué lo hacía, no obstante, por más que quisiera detenerse o mirar a su alrededor para intentar orientarse, no podía. Su visión permanecía nublada y la chica solo lograba ver los borrosos colores de su entorno. Veía el gris del cielo cubierto de nubes, veía el marrón de la tierra justo bajo sus pies y, más allá... no había nada salvo oscuridad. ¿Por qué no veía nada más?

Trató en vano de despertar de un trance que era más fuerte que ella. Siguió caminando.

Ya en el último momento, cuando el suelo pareció crujir bajo sus pies, su visión se aclaró durante una fracción de segundo.

Y vio con horror el barranco frente a ella.

Quiso gritar, obligarse a sí misma a despertar, negándose a aceptar que fuese demasiado tarde. Quería interrumpir su avance de una vez, pero su cuerpo siguió caminando hacia el acantilado, inerte, sin detenerse y sin hacerle caso, porque ella ya no lo controlaba en ese momento.

Comenzó a desesperarse, la angustia subiendo por su estómago y su cuerpo permanecía inmutable. Un paso. Suelo. Dos pasos. Suelo. Tres pasos... Nada. Cayó al vacío como si de un peso muerto se tratara. Entonces la visión se le aclaró por completo y despertó del trance, justo cuando ya no había nada que hacer.

Se agitó, gritó y buscó desesperada algo a lo que aferrarse, completamente en vano. Antes de que el impacto llegara Aura vio un anillo de plata en su mano, uno que creía haber enterrado junto con el resto de sus recuerdos de hacía dos años. La confusión se apoderó de su cabeza; eso podía significar tantas cosas como ninguna en particular. El impacto llegó, mas ella no alcanzó a sentirlo.

Despertó de golpe, con un grito atascado en la garganta y las lágrimas acumuladas en sus ojos. Se levantó de un salto, la adrenalina impidiéndole sentir el dolor, y corrió a la escalera oculta que llevaba al ático de su casa.

Para cuando le tocó subir la pequeña escalera el dolor ya había regresado, ralentizando los movimientos de la chica, pero no dejó que eso importara. Despacio subió el último tramo de escalera que quedaba hasta que llegó al final. Las partículas de polvo flotaban en el ambiente.

Las paredes, el piso y el techo eran de madera oscura, alumbrada tan solo por la blanca luz de otoño que se colaba por la pequeña y circular ventana que había en la pared del frente. Aura cerró la trampilla tras ella y miró a su alrededor. Hacía años que nadie entraba a ese lugar; de todas formas, seguía exactamente igual a cómo lo recordaba. Caminó por la sala y se detuvo en el centro de la estancia, donde el piso crujió bajo su peso. Apartando la alfombra cubierta de polvo se arrodilló en el suelo ignorando el dolor que cada movimiento le traía.

Tanteó la madera hasta que una de las tablas se levantó al pasar los dedos.

La respiración la abandonó en ese momento y se encontró paralizada, mirando la tabla suelta como intentando reunir el valor para abrirla.

«No seas cobarde —pensó inevitablemente la chica—. Ábrela».

Aura suspiró y levantó la tabla.

Dentro del pequeño escondite había un centenar de cosas que había deseado jamás volver a ver. Fotos, cartas, pequeños recuerdos que Aura ya no quería y que, aun así, no había tenido el valor de desechar. Rebuscó entre los papeles sin prestarles demasiada atención hasta que sus dedos se cerraron en torno a la cajita de terciopelo azul que se ocultaba en el fondo de todos sus recuerdos.

Esa fue la que sacó. Al abrirla el anillo estaba allí, tal como lo había dejado hacía dos años cuando decidió que no quería volver a usarlo. Pasó los dedos por sobre la redondela de plata, sintiendo su delicado tallado: parecían enredaderas, con pequeñas hojas que sobresalían de ella. Una inscripción se leía por dentro. Una fecha, la fecha de su cumpleaños número dieciséis, el último cumpleaños que su padre había pasado con ella antes de abandonarla como si jamás le hubiese importado.

Aura cerró la pequeña caja de golpe. No quería recordar más detalles, sin embargo, era inevitable estando rodeada de las fotografías de su infancia. Ese día seguía reviviéndose en su memoria involuntariamente.

El dolor se convirtió en rabia; él las había engañado, había mentido y luego se había ido

sin siquiera despedirse. No merecía sus lágrimas. Aura se apresuró a volver a dejar todo de la manera en la que estaba. Se había asegurado de que el anillo siguiera allí, eso era lo importante, aunque no sabía bien por qué le importaba tanto.

Bajó las escaleras lo más rápido que su maltrecho cuerpo le permitió; el hombro le había vuelto a doler.

«Pastillas —pensó—. Toma algo para el dolor».

El corazón le golpeaba con fuerza contra las costillas, tanto que casi sentía que se le saldría del pecho. En el fondo de su cabeza, vagamente, recordó que no debería tomar pastillas sin haber comido antes, sin embargo, la sola idea de ingerir alimento consiguió revolverle el estómago.

Entonces comenzó a toser. Su respiración se volvió pesada y dificultosa. Apenas podía ingresar el aire a sus pulmones, mas su cabeza no lograba recordar dónde había puesto el inhalador. Recordaba tener otro en... en... ¿el baño?

Rebuscó en el botiquín y, en efecto, encontró un inhalador de repuesto allí. El alivio le recorrió el cuerpo apenas el medicamento entró en su sistema, pero la tos continuó hasta que las náuseas volvieron.

El resto del día transcurrió tranquilo; ella se esforzó por cumplir con los deberes de la universidad lo mejor que pudo hasta que, ya rendida, cayó dormida al ponerse el sol.

El sueño la transportó a la caverna, donde la Oscuridad la cegó tal como lo había hecho la primera vez. Ahora, en cambio, sabía que estaba soñando, que todo lo que pasara ocurriría dentro de su cabeza, pero eso no les impediría a las marcas aparecer en su piel.

Ruido; eso fue lo primero de lo que se dio cuenta. No lograba ver nada en la espesura de la negra niebla que se cernía a su alrededor, por lo que tuvo que valerse de sus otros sentidos. Aura se agachó hasta quedar de rodillas y, gateando, tanteando el suelo para evitar caer de nuevo en el lodo, buscó la pared filosa con la que se había guiado la primera vez que estuvo allí sin ser capaz de encontrarla.

Avanzó hacia adelante sin saber qué le esperaba, sintiendo la grava y las pequeñas piedras del suelo rocoso clavarse en sus rodillas y en las palmas de sus manos. El dolor de las heridas de la noche anterior parecía intensificarse estando ahí dentro, junto con todas sus emociones. Una capa de sudor frío cubrió su cuerpo debido al esfuerzo. Estaba perdiendo energía con tanta rapidez que Aura casi podía sentirla drenarse de su sistema.

El cansancio la recorrió expandiéndose como un escalofrío por su cuerpo. Las sombras no tardaron en llegar, pero ella ya las estaba esperando. Se desprendieron de las paredes que Aura no veía, envolviéndose suavemente en sus brazos, y subieron arrastrándose por su

piel, dejando una estela de ardor tras ellas. «Ríndete», parecían sisear. «No puedes ganarle. Lo sabes; no intentes engañarte», susurraron. Y parte de la chica logró creerlo: estaba harta de sueños, pesadillas, recuerdos, dolor... Estaba harta de tener que enfrentarse a esas cosas sin siquiera saber qué eran en realidad. *Rendirse*.

—Podría...

—¿Aura? —preguntó una voz en la oscuridad; una voz dolorosamente familiar.

La chica se quedó de piedra al escucharla, sin ser capaz de mover ni un músculo. Un nudo se formó en su garganta, impidiéndole tragar, y las lágrimas se acumularon en sus ojos aunque Aura no les permitió caer. No era real, lo sabía, y, a pesar de todo, gran parte de ella solo quería creerlo.

—¿Papá? —dijo con la voz en un susurro estrangulado.

—¿Dónde estás, hija? —preguntó la voz cálida y reconocible de su padre. ¿Sería posible...?—. No puedo verte.

—¿De verdad eres tú?

Sonaba tan débil que no creyó que él lograra escucharla. La muchacha abrió más los ojos en un vano intento de perforar la oscuridad con ellos, logrando ver solo la espesura de las tinieblas.

—¡Claro que sí, hija! Te he estado esperando por tanto tiempo... —Su voz se perdió en el silencio durante unos segundos y sus últimas palabras resonaron como un eco por toda la cueva—. Necesito tu ayuda, Aura.

—¿No me...? ¿No nos abandonaste? —preguntó al borde del llanto, intentando recuperar sus fuerzas para poder ir en su ayuda.

—Por supuesto que no... He estado esperándote, hija; sabía que en algún momento vendrías —dijo él, con esa voz tierna que utilizaba cuando aún estaba con ella—. He estado aquí por tanto, *tanto* tiempo... *Ayúdame* —pidió, y su voz volvió a resonar con un eco por todo el lugar, como si la caverna misma estuviese pidiendo ayuda a gritos.

—No puedo... verte... No sé cómo llegar —contestó la chica, desesperada.

Si hubiese podido ver algo en aquella penumbra... No podía. La Oscuridad, en cambio, era perfectamente capaz. Él sonrió.

—*Sigue a las sombras* —siseó, pero Aura no pareció darse cuenta del cambio en la voz del que, suponía, era su padre. Las sombras se arremolinaron a su alrededor, tirando de ella con suavidad, incitándola a levantarse y a seguir caminando a tientas por la caverna, sin más guía que las ilusiones. Y Aura, ingenua y cegada por la magia que hacía efecto en ella, las siguió—. *Ya estás cerca...*

Cuando Aura salió de su trance ya caminaba a orillas del río.

Lo primero de lo que se dio cuenta fue del ardor que le producía el líquido que tocaba su anatomía. Parecía estar sumergiéndose en ácido puro. La corriente se agitaba en torno a su cuerpo. A pesar de que Aura no podía verla, podía escuchar a la perfección el ruido del agua circulando a su alrededor con furia. Entonces no supo si era ella quien se estaba adentrando en el río cada vez más o si eran las aguas las que estaban subiendo.

El terror comenzó a ganar terreno en sus emociones.

—¿Papá? —preguntó con el miedo filtrándose en su voz.

«Estoy aquí, cielo», siseó la Oscuridad.

Y Aura la reconoció perfectamente en ese momento.

—Stephan —susurró.

El chico lanzó una carcajada siniestra frente a ella. Aura intentó salir del río que parecía arrastrarla, quemándole como fuego líquido cada parte de la piel que tocaba. El agua ya llegaba hasta su cintura.

«Estoy aquí, cielo», repitió con cinismo, y Aura pudo jurar que durante un momento vio destellar sus ojos negros.

—¿Por qué...?

«No me corresponde a mí explicártelo», rugió Stephan, para después sonreír con cierta satisfacción. «Le correspondía a él, pero eligió dejarte. Igual que tu padre».

—¿¡Qué tiene que ver Lucas en todo esto!?! —gritó ella también.

La Oscuridad volvió a sonreír.

«Falló. Su único deber era protegerte y ver que no se repita la historia, pero no fue capaz. Esto no ha terminado. Esto —dijo, y durante un segundo Aura logró ver las negras aguas del río subirle como veneno hasta la garganta, arrastrándola con la corriente— es solo el principio». Mientras se ahogaba, las imágenes de las fotografías de su feliz infancia, esas en las que su familia estaba completa, esas que aquel día se había rehusado a ver, aparecieron frente a ella. Las lágrimas quisieron salir, confundándose con las gotas negras de agua que salpicaban poco a poco su rostro. «Duele, ¿no es cierto?», preguntó Stephan a su lado.

El sonido de la alarma le llegó a los oídos, despertándola finalmente.

Abrió los ojos creyendo que se ahogaba. La piel le ardía por el ácido y las lágrimas brotaban silenciosas de sus ojos por lo que creyó haber visto. El reloj siguió sonando. Siete de la mañana. La comprensión le llegó de golpe: el domingo ya se había desvanecido; era lunes y tendría clases dentro de apenas una hora.

«Esto es solo el principio», susurró la voz de Stephan en su cabeza.

Aura no entendía si el chico aparecía en sus sueños como una creación de su cabeza o si

se trataba de algo más; no podía estar segura. ¿Cómo estarlo?

«No puedo», pensó. No podía ir a la universidad y enfrentarlo. No después de... creer durante un momento que su padre no había elegido dejarla... Sin embargo, Aura se levantó de todas formas. Tenía que intentarlo, mas palideció al instante. El mareo y el dolor de cabeza le nublaron la visión. No tenía fuerzas, no había ingerido alimento ni dormido con propiedad desde hacía dos días ya. Su cuerpo ardía y las heridas y golpes dolían como el infierno. No tenía fuerzas ni energía.

No tenía nada.

«No puedo», volvió a pensar, aunque intentó caminar con las piernas tambaleantes al baño de todos modos. Se miró en el espejo. Lucía mortalmente pálida, temblorosa. Sus brazos tenían incontables moretones y marcas violáceas cerrándose en torno a ellos, sin contar el vendaje que le cubría la parte de arriba del codo. La piel de sus piernas estaba enrojecida, tenía enormes ojeras en el rostro e incluso se notaba más delgada.

«No puedo», quiso pensar, pero no podía dejarse vencer tan fácil. «Tengo que poder», pensó en su lugar.

## **CAPÍTULO VIII**

Lluvia, eso fue lo primero de lo que Aura se percató al salir de su casa.

La chica se había tardado en estar lista más de lo normal, haciendo cada movimiento

más despacio de lo que acostumbraba. El cansancio le consumía las fuerzas; aun así, no tenía planeado dejarse vencer: lo había hecho una vez y la situación no volvería a repetirse.

Aura suspiró al subir a su auto, tratando de que moverse le resultara lo menos doloroso posible, no obstante, era difícil. Durante el trayecto pudo oír las voces de las sombras meterse en su cabeza constantemente, susurrando, siseando palabras que, por más que las escuchara, Aura no lograba darles sentido. Para cuando llegó a la universidad las sombras desaparecieron, llevándose otro tanto de su energía con ellas. La chica apenas sabía cómo lograba mantenerse en pie y, a pesar de ello, lo hacía de todos modos, más por convicción que por inercia.

Las horas transcurrieron sin mayor percance. Stephan no apareció durante todo el día, sin embargo, a pesar de que el chico parecía acarrear siempre las sombras con él, no podía estar cien por ciento segura de que fuese él el causante de sus pesadillas; no era normal siquiera creer que esa era una posibilidad, pero ¿qué definición tenía ella de *normal* para entonces?

Antes de dirigirse a Historia Civil, su última clase del día, divisó a una muchacha de cabello marrón a la distancia: Elena. La vio conversar con una chica que Aura no conocía, y otra escena de aquella vez hacía dos años apareció en su cabeza. El día de escuela había terminado como siempre lo hacía, a la misma hora de cada día de cada semana. Luego de haber dado el examen que tuvo ese día, aun cuando sabía que no le había ido demasiado bien, se sentía más relajada sabiendo que se lo había sacado de encima.

No podía decirse lo mismo de Elena. La chica estaba histérica, pensando casi que todo su futuro se arruinaría por una simple nota, tirando de su cabello marrón, que en ese entonces llevaba largo.

—¡Qué voy a hacer ahora! —se quejó.

—¡Por dios, Elena! —exclamó Aura riendo— ¿Te estás escuchando a ti misma siquiera?

Elena hizo una mueca, como repasando cada una de las palabras que había pronunciado hasta el momento.

—Te estoy dando la lata, ¿cierto? —inquirió.

Aura volvió a reír entonces.

—Jamás podrías —dijo irónica.

—¿Te estás burlando de mí?

—Jamás podría —repitió la chica.

La castaña se carcajeó.

—Ya. Vale —dijo también sarcástica—. ¿Qué hacemos hoy? ¿Quieres venir a mi casa?  
—propuso.



—Fuimos a la tuya la semana pasada —le recordó Aura—. Te toca venir a la mía.

Elena sonrió.

—Perfecto.

—Papá dijo que lo llame al salir. Le diré que pase por nosotras.

Elena asintió. Aura rebuscó su celular en la mochila durante un momento. Siempre olvidaba en qué bolsillo lo dejaba. Cuando por fin logró encontrarlo marcó el número de su padre. Un tono, dos tonos. Tres tonos. Cuatro, cinco... Nada.

Aura hizo una mueca cuando la llamada se cortó y volvió a marcar. Un tono, dos, tres... Buzón de voz.

—¿Qué pasa? —preguntó Elena tras la chica, acercándose a ella.

—No contesta, debe tener el teléfono apagado...

—Pero tu papá jamás tiene el teléfono apagado —se quejó la castaña.

—Volveré a intentar —dijo, y marcó de nuevo. Una vez más, nada pasó—. Debe ser la batería. Llamaré a mamá.

Elena asintió una vez más.

—¿*Aura*? —preguntó su madre al responder.

—Hola mamá, estoy en el colegio con Elena. Traté de llamar a papá para que venga por nosotras, pero no me responde. ¿Crees que podrías...?

—*Tu padre se fue, Aura* —dijo Evelyn, y esas palabras bastaron para paralizar a la chica.

Aura le lanzó una mirada a Elena. No supo qué expresión habría tenido entonces, aunque debía haber sido extraña, puesto que Elena se la devolvió con una interrogante en sus ojos azules.

—¿A-a qué te refieres?

—*Deberías volver a casa, hija* —soltó su madre por toda respuesta.

Un temblor recorriendo su cuerpo la devolvió al presente. Aura miró a su alrededor con paranoia, mas la luz que cubría cada rincón de los pasillos espantaba a las sombras.

Se removió en su asiento y al hacerlo sintió que la piel de su brazo se desgarraba. Tuvo que contenerse para no gritar; el vendaje que tenía en el codo fue inútil cuando la sangre empezó a manchar la manga de su camiseta.

Aura maldijo por lo bajo. Se puso la chaqueta con la esperanza de que eso le ayudara a ganar más tiempo antes de que la sangre comenzara a chorrear. Quería correr al baño y limpiar la herida lo antes posible, pero no tenía a la fuerza suficiente como para hacerlo. Caminó lo más rápido que su cansado y adolorido cuerpo le permitió por los transitados pasillos, encerrándose pronto en el baño para atender la herida, cuya sangre se escurría hasta la muñeca. Al levantar la manga Aura intentó no vomitar. Sintió el dolor al tocar la

herida, pero no fue eso, sino la sangre negra que brotaba de esta la que le revolvió el estómago, con los rasguños al rojo vivo en la piel. Lucía... envenenada.

La bilis amenazó con subir por su garganta y el espasmo de no tener nada que devolver le dejó el estómago doliendo y las piernas temblorosas.

Aura metió el brazo bajo el lavabo, sabiendo que no iba a ser suficiente para limpiar la herida. Intentó hacer un nudo sobre el codo con la antigua venda para evitar el flujo de sangre, lo que pareció funcionar de momento, pero el pedazo de tela no lograría detener la infección.

«Una hora —pensó la chica. Eso era lo que quedaba antes de que la jornada acabara—. Solo tienes que aguantar una hora».

Se lavó con rapidez la sangre de las manos y se dirigió al aula de Historia Civil, tratando de luchar contra el mareo que le quitaba la vista a segundos por el dolor. Abría los ojos, no obstante, solo la inercia la guiaba entonces, puesto que la negrura se había apoderado de su campo de visión sin importar cuánto tratara de aclararla.

A duras penas llegó al aula y, tambaleándose, logró sentarse en uno de los asientos de la última fila. La clase no tardó en comenzar y se le hizo, como pocas veces, interminable. Los ojos se le cerraban a medida que la energía que no sabía que aún tenía la abandonaba. Vagamente lograba escuchar el eco apagado de la voz de su profesor de Historia, aunque no alcanzaba a distinguir ninguna de sus palabras mientras luchaba contra el agotamiento. Más de una vez entró y salió de la inconsciencia sin percatarse siquiera; ya no notaba la diferencia entre un sueño y la realidad, puesto que la línea que dividía ambos mundos parecía desdibujarse en un punto entre su cabeza y sus cicatrices.

«Que pase en tu mente no significa que no sea real...».

Cuando el estruendo de un portazo le traspasó los oídos, Aura no fue capaz de levantarse de la silla. La fuerza la abandonaba; ya no tenía energía ni de reserva. Estaba vencida.

Recordaba haber creído sentirse así tan solo en una ocasión hasta entonces, en aquel sueño donde descubrió que era capaz de pelear con las sombras, mas el descubrimiento tuvo un precio: estuvo ese momento en el que creyó que toda la energía se le había escapado. Iba a rendirse, y entonces Lucas la había salvado.

Ahora estaba sola, sin embargo, el dolor que sentía en ese instante no se comparaba en nada al de aquel sueño.

Nunca supo cómo llegó a levantarse. No supo de dónde sacó la fuerza, pero lo hizo de todas maneras. Caminó con debilidad hasta la salida, apoyando su peso contra la pared al pasar, cuando la voz del profesor Clayton la llamó a sus espaldas.

—¿Señorita Cromwell? —preguntó con un rastro de duda en la voz.

—¿Mhm?

—¿Se encuentra bien? Luce un poco... *cansada*.

A la chica le entraron ganas de reír en ese momento, mas se forzó a contestar con palabras.

—Estoy bien.

Clayton asintió y, no muy convencido, la dejó ir.

Apenas entró en su casa luego del infierno que significó manejar durante todo el trayecto, Aura sacó su celular y con los dedos temblando le escribió un rápido mensaje a su madre:

**Aura [04:57 p. m.]:**

¿Cuándo vuelves?

No le dio para subir las escaleras a buscar algo para desinfectar la herida del brazo, así que se conformó con el agua caliente de la llave.

Mordiéndose su chaqueta y cerrando los ojos para evitar ver el líquido en contacto con la herida, Aura introdujo una vez más el brazo bajo el chorro de agua. Funcionaba, aunque ardía como el demonio. Escoció y ardió hasta que ya no logró sentir nada. No supo si eso era bueno o malo, pero ya no podría mantener los ojos abiertos por más tiempo.

Al vendar la herida pudo ver que las gotas de sangre que salían de ella habían vuelto a su color rojizo normal. Quizá siempre estuvo así. Quizá su imaginación la estaba engañando.

Su celular vibró en su bolsillo.

**Evelyn [05:10 p.m.]:**

Miércoles por la tarde.

Eso fue lo último que le pasó por la cabeza antes de caer en la inconsciencia.

Nada. Durante horas no hubo nada. Ni sueños, ni sombras, ni pesadillas, ni marcas; no hubo nada salvo la oscuridad en la que se encontraba.

De vuelta en la caverna, Stephan la observaba viendo a través de los ojos de las sombras; veía lo que ellas veían y ellas sentían lo que él sentía. Sus poderes se arrastraban siseando por las tinieblas de la cueva, mientras que las filosas paredes latían, reaccionando a la presencia de su misma sangre. Una sombra se deslizó hasta llegar a él.

«*Es el momento. No va a aguantar mucho más tiempo; tiene que ser ahora*», susurró en su

cabeza.

«No», siseó el de vuelta, el eco lúgubre de su voz resonó por todo el lugar. «Aún puedo llevarla más lejos».

Las sombras parecieron querer replicar, mas el destello de furia en los ojos negros del chico pareció hacerlas desistir. El corazón de la caverna latió más fuerte, intensificando el poder de las sombras que se deslizaban a su alrededor.

«Como desees, mi señor», susurraron, retrocediendo ante la oleada de energía que Stephan desprendió.

«Es tiempo».

El barranco apareció ante sus ojos, solo que esa vez Aura no era la que caminaba hacia él. Estaba allí como si de una espectadora se tratase, observando la escena desarrollarse frente a sus ojos.

El viento rugía tal como la primera vez que el sueño había cobrado vida en su cabeza. Lo veía, pero, extrañamente, no era capaz de sentirlo. Era como si pasara a través de ella. Como si la chica fuese... *inmaterial*. Odiaba esa sensación.

Las sombras comenzaron a arremolinarse a la orilla del barranco, cuando una figura que no alcanzaba a distinguir del todo debido a la lejanía apareció entre la oscuridad. La silueta caminaba hacia el acantilado sin inmutarse, con pasos casi calculados, como en un extraño trance del que no era capaz de despertar, mientras que las sombras la seguían como si la estuviesen vigilando.

Entonces la figura cayó al vacío y un recuerdo cobró sentido en la mente inconsciente de la chica.

Despertó de golpe cuando la conexión irreal se estableció en su cabeza. Las lágrimas corrían por sus mejillas sin que se diera cuenta, mas no se permitió creer por un segundo que lo que vio en el sueño había sido real. La oscuridad ya la había engañado una vez, mostrándole exactamente lo que quería ver, y no estaba en sus planes dejar que eso sucediera de nuevo. Y, para bien o para mal, un sueño no cambiaría nada.

El dolor de su cuerpo volvió en cuanto intentó estirarse para ver la hora. Cinco minutos. No había dormido más que cinco minutos. El desconcierto y la desilusión se apoderaron de ella; no se sentía menos cansada ni menos adolorida. Y el sueño no había valido la pena.

Trató de levantarse para dirigirse a su habitación cuando un mareo la incapacitó. Su visión se volvió negra en menos de una fracción de segundo. Entonces comenzó a toser. Su flujo de aire se interrumpió de manera abrupta, y en lo que le parecieron horas Aura logró encontrar el inhalador que cargaba en su mochila siempre consigo y, sin embargo, la

tos siguió con ella, como si el medicamento jamás hubiera entrado en su sistema. Se cubrió la boca con la mano e intentó tragar, sin conseguir resultado.

Eventualmente la tos cedió, dejando un ardor en su garganta cada vez que pasaba saliva. Se apoyó en la pared, cansada, con su estómago y su pecho quemando mientras abría de apoco los ojos... para ver la palma de su mano cubierta de sangre. Un sabor metálico se instaló en su boca. Había estado allí antes, pero no había sido capaz de notarlo, y eso logró asustarla.

«¿Qué está pasándome?», se preguntó.

Cuando despertó supo que no había pasado mucho tiempo debido a la luz todavía azulada y clara que entraba por la ventanilla del baño, donde se había quedado dormida, aovillada en una esquina del cuarto. Ni siquiera recordaba haber cerrado los ojos... Seguía sintiéndose igual de mal que cuando había llegado vomitando sangre a ese lugar. Vagamente era consciente de las frías baldosas que cubrían tanto el piso como las paredes de la estancia, pero no le importó. De algún modo aquello parecía aliviar el dolor de su cuerpo. Horas pasaron hasta que la chica pudo sentirse estable de nuevo. Sus músculos estaban rígidos y tensos cuando con dificultad se levantó del piso donde se había quedado, y trató de caminar hasta su habitación; sus piernas no le respondían como ella esperaba.

Durante toda la noche Aura entró y salió de la inconsciencia. La oscuridad estaba en su mente por tan poco tiempo que los sueños no alcanzaban a hacerse presentes. Pasó horas apoyada en la pared de al lado de su cama, con las rodillas pegadas al pecho y la mirada clavada en la ventana. Cuando la alarma sonó, Aura apenas se sobresaltó. La dejó sonar hasta que por fin se apagó y, haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad, se levantó y encaminó a la universidad nuevamente.

«Ahora», siseó la Oscuridad. «Ahora es el momento».

La caverna pareció relucir entonces con un destello de emociones contenidas. Las sombras se arremolinaron alrededor del muchacho hasta que este comenzó a desvanecerse, convirtiéndose también en sombra.

## CAPÍTULO IX

Durante toda la mañana Aura se esforzó por no mostrarse tan mal como se sentía. Y lo estaba haciendo bien... hasta que aparecieron las sombras.

Apenas llegó a la universidad su celular comenzó a sonar. Cuando la llamada entrante de su madre apareció en la pantalla, no se vio lo bastante fuerte como para contestar y fingir que nada andaba mal. Cortó la llamada y escribió un vago mensaje en respuesta: «Entrando a clase. Te llamo a la salida», tipeó con los dedos temblorosos. Evelyn no le respondió de inmediato, así que Aura concentró todas sus fuerzas en bajarse del auto y caminó con pesadez hacia la entrada del recinto.

Se dirigió al comedor, planeando forzarse a ingerir alimento, sabiendo que su plan fallaría en cuanto el olor de la comida le revolvió el estómago. Su garganta se sentía rasposa y sus labios estaban resecos. «Agua», pensó. Al menos eso tendría que forzarse a tomar. Buscó un vaso y lo llenó del líquido transparente, conteniendo la respiración antes de pasarlo por su garganta. Sintió como si ardiera, pero parte de su cuerpo pareció agradecerlo.

Las primeras tres clases pasaron sin que les prestara la menor atención hasta que el receso comenzó, mas Aura no se sintió con la fuerza necesaria para estar en un lugar lleno de gente aparentando lo bien que no se sentía. Caminó como normalmente lo haría hasta perderse en los pasillos. Para cuando la multitud desapareció, Aura soltó el aire que tenía contenido dentro de los pulmones.

Sus pasos se volvieron más pesados y su respiración, más dificultosa.

Cuando menos se lo esperaba se encontró yendo hacia donde Lucas la había llevado la vez que las sombras aparecieron, cerca de Ruinas Antiguas. El lugar estaba oscuro, las paredes de madera absorbían la poca luz que había. Aura se recargó contra la fría pared y se

dejó caer, respirando con dificultad. Cerró los ojos, contando en voz baja para evitar quedarse dormida.

De súbito la temperatura de la habitación bajó varios grados.

Aura la escuchó antes de verla: un siseo comenzó a sonar a escasos metros de la chica, acercándose más y más. El ruido era como nunca antes lo había sido. Parecía resonar con un macabro eco en su cabeza, susurrando palabras que la chica no lograba captar, pero que eran capaces de helarle la sangre de igual modo. «No de nuevo», logró pensar antes de abrir los ojos. La oscuridad se arrastraba por el piso hacia ella, absorbiendo la luz de la habitación. Pronto más sombras comenzaron a unírsele a la primera, salidas de ninguna parte.

La oleada de oscuridad se esparcía por el suelo como petróleo derramado, y se deslizaban creando expectación. Un murmullo se extendió por ellas y las sombras parecieron reír entonces. Aura se levantó de golpe, palideciendo al instante.

La primera sombra en alcanzarla se le enroscó en el brazo, pero, esta vez, el pinchazo que sentía cuando la energía se drenaba de su cuerpo no llegó tal como lo recordaba; ya no tenía más energía que entregarle a esas cosas. Un violento tirón sacudió su cuerpo y la sensación fue como si le estuvieran desgarrando los músculos en tiras, como queriendo extraer todo de ella. Un grito estrangulado salió de su garganta cuando otra de las sombras la alcanzó y comenzó a trepar por su espalda. La visión se le nubló por las lágrimas; dolía demasiado como para ser capaz de pensar correctamente. Necesitaba salir de allí lo antes que pudiera, mas las sombras seguían llegando, quemando su piel y enroscándose en ella, dejando una estela de ardor a su paso.

Aura obligó a la oscuridad a salir de sus dedos, tan débil que las sombras apenas retrocedieron unos pocos milímetros.

«Tendrá que ser suficiente», pensó, y echó a correr movida por la adrenalina.

Los pasillos estaban desiertos para entonces, cuando ya todos habían entrado a clase, y sus pasos resonaron con un eco delator por el piso de mármol. La chica corrió lo más rápido que las piernas le permitieron. Su corazón latía tan acelerado que pensó que hasta las sombras podrían escucharlo. Dolía. Su cabeza, su cuerpo... Dolía.

Los pulmones le ardieron. Comenzó a marearse y las náuseas se hicieron presentes, pero si se detenía sabía que no tendría fuerzas para continuar. Su respiración entrecortada, delatora. Apenas podía pensar mientras intentaba llevar el oxígeno a su cerebro: ella no debería estar corriendo.

La siniestra risa de la Oscuridad resonó por los corredores y Aura vagamente se preguntó si sería ella la única capaz de escu-

charla.

«Nada de lo que hagas esta vez será suficiente», siseó la voz en su cabeza.

Sin detenerse la chica se volteó, solo para ver a las sombras tomar forma tras ella. El terror que había comenzado a crecer en la boca de su estómago se disparó por cada una de sus terminaciones nerviosas.

—Nadie podrá salvarte ahora —dijo la voz de Stephan, sonando corpórea y mucho más cerca que antes.

Aura contuvo un gemido al darse cuenta de que había dejado de correr. Se obligó a ponerse en movimiento al tiempo que más sombras se abalanzaban sobre ella. El gran problema era que ahora sus piernas temblaban y Aura supo que no la sostendrían por más tiempo. Una carcajada cínica volvió a sonar por los pasillos de mármol.

Izquierda. Derecha. Izquierda. Aura doblaba en las intersecciones sin importarle realmente a dónde llevaban. Su cabeza era un desastre en ese momento y dolía tanto que concentrarse era un martirio. A pesar de eso, la idea de escapar era lo único que cruzaba su mente. Entonces la comprensión le llegó de golpe, ¿de qué le servía escapar, si las sombras podrían seguirla a donde fuera que vaya?

El siseo de las sombras cesó.

Aura disminuyó la velocidad y se permitió voltear un segundo. Nada, tras ella no había nada. La chica soltó un respiro ahogado, creyendo que, quizá, todo había terminado, al menos, de momento... Mas al regresar la vista al frente se dio cuenta de lo equivocada que estaba.

—Esto solo es el comienzo —habló Stephan, justo frente a ella.

Aura se quedó paralizada del miedo. Parte de ella se odió por no reaccionar, pero su cuerpo simplemente ya no le respondía.

Un destello cruzó los ojos negros del chico. Él extendió las manos y las sombras acudieron a él, abalanzándose sobre la joven, enredándose en su cuerpo y tirando de ella hacia atrás hasta que su espalda impactó contra el frío concreto de la pared.

Aura soltó junto con un grito todo el aire de sus pulmones. Stephan se acercó despacio hasta quedar frente a ella; esa era la primera vez que lo veía como realmente era: salido de las sombras. La muchacha se sacudió, intentando zafarse del agarre de las sombras, sin embargo, estas no cedieron ni un centímetro. Aura ya no era rival para ellas; no estando tan débil.

—Ese fue tu plan desde el principio, ¿no? —le soltó a Stephan. Una expresión extraña asomó en sus facciones, a medio camino entre la risa, el odio y la ira.

—No —siseó sin despegar los ojos de Aura—. Mi plan fue que te quedaras muerta y



deshacerme de ti desde el comienzo, pero los planes cambiaron. Tú te buscaste el sufrimiento, Aura, no puedes quejarte.

»No estaba tras de ti al principio. Ni sabía que habías vuelto. Yo iba tras del brujo. Pero una cosa lleva a la otra. Te encontré hace dos años, y me pareció que solo matarte era demasiado... simple. —Stephan agarró su brazo también y Aura gritó. El chico apretó tan fuerte que la herida del codo que empezaba a sanar al fin terminó por abrirse. La sangre se escurrió hasta su muñeca. Aura se sintió mareada de nuevo, la cabeza le daba vueltas. Completamente en vano, se removió intentando zafarse—. Pobre Aura... —dijo Stephan, y la sonrisa que puso bastó para helarle la sangre hasta la médula—. La verdad es que, si me importaras, quizá, solo quizá te compadecería. La verdad es que me das lástima: todo este tiempo creyendo que tu padre se suicidó... No debe de haber sido lindo, ¿a que no? —Aura palideció y dejó de removerse. Sus ojos se abrieron y un dolor que no tenía nada que ver con las sombras le traspasó el pecho—. Sí... —continuó Stephan sonriendo con malicia, disfrutando de su sufrimiento—. Durante dos años lo culpaste por dejarte. Lo llamaste traidor y mentiroso. Lo odiaste por irse sin haberse despedido siquiera. Durante dos años creíste que tú y tu madre no habían sido suficiente para él, que no habían bastado para hacerlo feliz. Durante dos años creíste que él eligió irse... Pero él no saltó del barranco, Aura. —Su sonrisa se ensanchó—. A él lo empujaron las sombras sin que pudiera hacer nada para evitarlo. —No. No podía aceptar lo que decía así como si nada. Era demasiado, dolía demasiado. Era mentira... Era mentira y no iba a caer por eso—. ¡Ja! ¿Es que no me crees? —Una mirada siniestra cruzó por sus ojos antes de que Stephan se acercara hasta rozar su oreja con los labios para pronunciar las palabras que por mucho tiempo la perseguirían. Y, por primera vez, Aura tuvo miedo de lo que la Oscuridad pudiera decirle—. Entonces pregúntale a tu madre.

«No», pensó la chica. No podía ser cierto. Nada de lo que salía de su boca podía ser cierto. ¡Maldición, que no era cierto!

Sus ojos se llenaron de lágrimas y esa vez Aura no pudo contenerlas.

Las sombras apretaron su agarre. En alguna parte de su mente la chica fue consciente de que su toque ardía; quemaba; dolía, sin embargo, nada podía doler más que la verdad en ese momento, aquella que la estaba haciendo trizas por dentro.

Entonces quiso pelear. Quiso pelear, gritar, patalear. Quiso poner toda la resistencia que su ahora débil cuerpo le concediera para ganarle a la oscuridad y, quizás, incluso a la propia muerte que parecía cernirse frente a ella, pero cuando la fuerza de voluntad se le escurría de las manos, ¿qué quedaba entonces? Una verdad bien dicha puede cortar mil veces más

filosa que cientos de mentiras acumuladas. Lo supo en ese momento. Tal vez fuese mentira y, aun así... Si parte de ella hubiera creído eso tal vez hubiese logrado vencerlo. «¿Qué dolía más?», se preguntó culpablemente entonces. ¿Qué dolía más? ¿Crear que alguien a quien querías había elegido dejarte por voluntad propia? ¿O dolía más darte cuenta de que todo había sido mentira y ahora, que sabía la verdad, tener que afrontar la culpabilidad de todo el odio que había guardado?

—Pregúntale a tu madre —repitió Stephan—. Ella supo la verdad desde el comienzo y decidió ocultártelo. Permitted que por dos años lo odieras y le guardaras rencor. Fue ella quien permitió que lo detestaras hasta tal punto que eligieras negar ser hija suya —«para», suplicó en su cabeza. «Cállate. No sigas. No... No puedo»—. ¿Pero qué gracia tendría eso? —siseó la sombra, deleitándose con el sufrimiento que le provocaba, y Aura estuvo segura de que él la había oído. Podía meterse en sus sueños, ¿qué le impedía entrar en sus pensamientos también?—. Te dije que esta vez no sería tan sencillo. Este soy yo, haciéndolo *no tan sencillo*.

—Si vas a matarme solo hazlo de una vez y termina con esto. Después de todo, no es la primera vez que lo haces, ¿no? —le soltó Aura.

Los ojos del chico brillaron.

—¿Así que por fin lo entendiste?

Aura quiso reír entonces.

—Te odio —murmuró.

—El sentimiento es mutuo —siseó de nuevo—. No eres rival para mí; apenas con la protección del chico lograste estar viva todo este tiempo. ¿Dónde está él, por cierto? Se supone que debería estar impidiendo que cosas como esta —dijo mientras deslizaba las uñas por el largo del brazo de Aura, desgarrando su piel y haciéndola a duras penas capaz de contener el grito por el dolor que conllevaba— pasen.

En ese momento la chica quiso desaparecer. *Nada*, ya no tenía nada salvo un mar de sensaciones agónicas entremezclándose en su interior. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida? Dos años... Los recuerdos de aquel día volvieron a aparecer en su cabeza. La pesadilla del bosque, el examen, la conversación con su madre al llegar a casa...

«Tu padre se fue, Aura —había dicho—. Encontraron su cuerpo en el fondo del barranco. Él... él se suicidó». Había hablado como estando en un trance del que no quisiera despertar. ¿Y todo ese tiempo ella había sabido la verdad? ¿Había sabido que él...? Aura quiso gritar. No podía. Dolía más de lo que otra cosa jamás había dolido.

—No tiene ninguna obligación conmigo.

El recuerdo del funeral llegó entonces. Ese día se había sentido tan... abandonada. Lo

quería, lo odiaba. Había llorado por eso durante días y noches completas sin poder frenar las lágrimas que salían de sus ojos. Y su madre la había visto destrozar cada recuerdo que tenían. La había observado hacerlo y todo ese tiempo lo había sabido.

—Y de nuevo te equivocas. No importa, ya podrás preguntárselo por ti misma cuando despiertes... si es que lo haces.

Vagamente pudo sentir las sombras abandonar sus brazos. Para cuando la soltaron, sus piernas ya no la sostuvieron. Las sombras atravesaron su débil cuerpo y todo se volvió negro.

## **CAPÍTULO X**

Lucas abrió la puerta de su casa con aire derrotado.

Nada, no había encontrado nada. Lo único que había conseguido esos días había sido desperdiciarlos. Le entraron ganas de reír en ese momento; se contuvo.

La llave pareció trabarse en la puerta al querer sacarla. Lucas se volteó, suspirando, y fue cuando vio la nota. Una hoja doblada de papel cuadriculado descansaba en el piso. El chico se agachó a recogerla y cerró la puerta tras él. Arrojó sus cosas al sillón más cercano y desdobló la nota. Una caligrafía temblorosa lo esperaba dentro:

Lucas;

Desapareciste. Desapareciste y necesito respuestas. No sé dónde has estado, o cuándo vas a volver, pero cuando lo hagas... por favor, llámame.

—Aura.

Maldijo en voz baja. Una semana, la había dejado sola por una semana sin tener idea de a qué se enfrentaba. Quién sabía qué podría haber pasado en ese tiempo. «Estúpido», pensó entonces. Si algo le había pasado, sería su culpa.

Tomó su celular, tipeando los cuatro dígitos de la clave con prisa y marcó el número escrito al reverso de la hoja. A los cuatro tonos la llamada saltó al buzón de voz.

Lucas volvió a maldecir y marcó de nuevo. Buzón de voz otra vez. Tomó su mochila del sillón y se dirigió a su habitación. Estaba cansado, apenas había dormido un par de horas la noche anterior. El tiempo se le había acabado y no había encontrado las respuestas que necesitaba.

Marcó de nuevo y, como las veces anteriores, nada ocurrió.

Se dirigió al baño y se duchó apresurado, con las gotas de agua fría resbalando por su piel sin que realmente le importara. Al salir volvió a marcar. Un tono. Dos tonos... Entonces alguien contestó, pero no fue Aura.

—¿Hola? —preguntó la mujer al otro lado de la línea.

Lucas no reconoció su voz; sonaba cansada.

—¿Aura?

—*Soy su madre* —respondió la mujer—. *Evelyn. ¿Quién habla?*

—Lucas. Soy... —titubeó—. Amigo de Aura, de la universidad. ¿Puedo hablar con ella?

Silencio. Por un segundo Lucas comenzó a creer que había colgado, sin embargo, la respiración pesada de Evelyn la delataba. Finalmente, su voz sonó como un susurro:

—¿No te has enterado? —el chico se paralizó al instante. Un sentimiento comenzó a formarse en la boca de su estómago y eso no le gustaba para nada.

—¿En... terarme?

Un silencio sepulcral se escuchó al otro lado de la línea, un silencio que duró unos agonizantes minutos en los que por su cabeza pasaron millones de desenlaces posibles.

—*Aura lleva un día en coma, Lucas.*

Llegó al hospital pasados los diez minutos, a pesar de que el trayecto daba para mucho más. Luego de escuchar lo que la madre de Aura había dicho, las miles de historias volvieron a pasar por su cabeza, cada una peor que la otra. No tenía idea de lo que había ocurrido durante su ausencia, y sabía que no tardaría en averiguarlo... o eso esperaba. De todos modos, no tenía dudas de quién era el responsable. *Stephan...* Iba a matarlo.

En ese momento le entraron ganas de golpear algo. O de golpearse a sí mismo, si iba al caso, después de todo, era su culpa. Lo que sea que hubiese pasado... era su culpa. La madre de Aura lo estaba esperando fuera, como se lo había pedido antes de colgar el teléfono. No le costó reconocerla, pues tenía el mismo cabello rubio que su hija y el mismo semblante que le hacía pensar que pasaba un mundo por su cabeza. Bajó del auto.

—Llegaste rápido.

Lucas asintió mortificado.

—¿Qué pasó? —consiguió preguntar.

—Aún no lo saben. Ayer me llamaron de la universidad... Ella simplemente parecía haberse desmayado, pero... Dios. —La voz se le quebró entonces—. No sé qué le pasó estos días... —sollozó—. La trajeron aquí y no ha despertado desde entonces. —Lucas volvió a asentir, maldiciendo en su cabeza—. ¿Estudian juntos?

—Sí —susurró él.

—¿Desde cuándo se conocen?

—Un par de semanas.

Evelyn asintió, satisfecha con eso.

—¿Quieres entrar? —habló luego de un momento.

Lucas asintió con la cabeza, casi sin atreverse a decir nada.

La mujer lo condujo a través de los blancos pasillos del hospital, a la vez que el chico intentaba ignorar la oleada de gente que transitaba por ellos. Doblaron un par de veces, escuchando el murmullo que se oía por todo el lugar. «Es por aquí», susurraba Evelyn cada cierto tiempo; la última vez, señalando el ascensor que llevaba a los pisos de más arriba. El chico asintió y ambos subieron al elevador. Un silencio sepulcral cayó sobre ellos y Lucas pudo darse cuenta de que Evelyn parecía estar conteniendo las ganas de echarse a llorar. Él... él no sabía qué hacer.

Las puertas metálicas se abrieron por fin, chirreando. Lucas le hizo un gesto, indicándole que pasara primero, y la siguió mientras zigzagueaban a través de las habitaciones hasta que se detuvieron frente a una en particular.

—¿Es aquí? —preguntó él, mirando detenidamente al número grabado en la pared. La

mujer asintió despacio con la cabeza.

—Entra si quieres, Lucas.

El chico asintió a su vez y se quedó plantado en la puerta durante unos eternos segundos. Cuando se decidió a moverse de donde estaba parado botó todo el aire que tenía en los pulmones y despacio deslizó la puerta.

«No sé qué le pasó estos días». Al entrar contuvo el aliento, y entendió a qué se había referido.

Aura estaba allí, acostada, inerte, como si estuviese dormida. Lucas se acercó titubeando, cerrando con cuidado la puerta de vidrio tras él. La chica lucía mortalmente pálida, con un tono grisáceo en la piel que jamás le había visto. Bajo sus ojos se pintaban marcadas ojeras, haciendo contraste con el oscuro cabello rubio que le enmarcaba el rostro. Ella apenas parecía respirar. Lucas fijó la vista en el montón de agujas salían de su brazo derecho, por donde entraban los medicamentos que goteaban en el suero a su lado. Así, inmóvil y pálida, sin más indicio de estar aún viva que el monitor que contaba sus latidos, parecía... No; Lucas no quería pensar en eso. Arrastró la silla que había en la habitación hasta sentarse al lado de Aura. Los leves pitidos constantes del monitor le taladraban los oídos y los sentía cada uno como una puñalada que se clavaba en su interior. Extendió una mano para tocar a la chica, casi queriendo asegurarse de que no fuera una ilusión. Entonces... entonces vio las marcas.

Marcas violáceas comenzaron a hacerse visibles en ambos brazos de la chica, con la forma de dedos cerrándose al su alrededor. Subían desde sus muñecas, por sus codos, hasta perderse bajo las cortas mangas de la bata de hospital. Como si fuera poco, un vendaje le cubría casi la mitad del brazo izquierdo, envolviendo su piel y cubriendo las marcas.

Lucas apretó la mandíbula. Se veía tan... *débil*.

Suspiró, con una mezcla de sentimientos revueltos en la cabeza.

—*Lo siento...* —susurró con sus ojos violetas brillando más oscuros que antes—. No debí irme. —Pero Aura no dio ninguna señal de pretender despertar—. Perdóname —susurró nuevamente con la voz en un hilo. Y supo que, aunque ella lo hiciera, él jamás iba a perdonarse por lo que estaba ocurriendo. Estaba viva y, sin embargo, parecía muerta. Y eso Lucas no lo soportaba.

Los días siguientes pasaron todos de la misma manera: interminables. Evelyn permaneció en el hospital sin moverse del lado de su hija en ningún momento y Lucas... Él estuvo con ella, no pensaba moverse tampoco. No logró dormir; entraba y salía de la inconsciencia sentado en la sala de espera del hospital, con miedo de que algo malo pasara

de nuevo si se dormía por demasiado tiempo. Las ojeras comenzaban a marcarse en sus ojos. Apenas comía y la madre de Aura comenzó a preocuparse por él también.

—¿No tendrás problemas en la universidad por estar faltando? —le preguntó al segundo día. Ya estaba enterada de que el chico había desaparecido de clases al menos por una semana.

—No me importa —respondió él con más brusquedad de la que pretendía, y Evelyn lo dejó pasar, pues la mirada que vio en sus ojos estaba quizás incluso más quebrada que la suya.

Otro día pasó y Aura seguía inconsciente. Cada segundo que transcurría sin despertar Lucas se sentía más culpable. Su único deber era protegerla y le había fallado, no solo a la chica, sino también a *ellos*. ¿Qué le dirían si vieran la situación en la que estaba? Había dejado al miedo apoderarse de su cabeza y se había ido, creyendo que así lograría encontrar las respuestas que necesitaba. ¡Vaya idiota!

Así pasó el resto de la tarde, maldiciendo para sus adentros hasta que cayó la noche. Lucas se hallaba sentado en una de las sillas de la sala afuera de la habitación de Aura mientras que su madre se encontraba dentro con ella. El chico se talló los ojos con los dedos, sintiendo que le ardían. Su respiración era dificultosa y los párpados le pesaban. Apoyó los codos en las rodillas y hundió la cabeza entre las manos; quería gritar, pero las fuerzas lo abandonaban poco a poco hasta que sus ojos se cerraron.

En la oscuridad de la caverna, Stephan sonrió.

Las sombras se arremolinaron a su alrededor, tan fuertes como alguna vez lo habían sido. Las oleadas de energía llegaban a él por montones; podía sentir su poder creciendo a medida que ella se debilitaba, y eso le provocaba una sonrisa maquiavélica.

«¿Qué va a pasar ahora, mi señor?», quisieron saber las sombras hablando dentro de su cabeza.

«Ahora hay que esperar», siseó con un dejo de diversión en la voz. «La función solo está comenzando. Es tiempo de enviar una pequeña... distracción».

Lucas abrió los ojos cuando el sonido de los pasos a su alrededor comenzó a hacerse demasiado estruendoso.

Despertó de golpe, como cuando soñaba que caía por un extraño precipicio y era la caída la que lo despertaba. La luz lo cegó durante una fracción de segundo antes de permitirle ver lo que ocurría. Enfermeras y médicos caminaban apresurados a su alrededor,

gritando órdenes extrañas que Lucas no llegaba a entender del todo. Su estómago se contrajo al ver que entraban en la habitación de Aura. El sonido llegó entonces a sus oídos: el constante pitido del monitor de latidos sonaba acelerado, como queriendo llamar la atención de todos los que lo escucharan.

Se levantó de un salto, sacudiendo la cabeza, intentando quitarse el sueño que le quedaba. Se acercó a la puerta de vidrio que separaba la habitación del pasillo hasta que vio salir a Evelyn del cuarto y se detuvo en seco. El pánico comenzó a subir por su estómago cuando lo médicos entraron corriendo a la habitación de Aura y cerraron la puerta, impidiéndoles el paso.

—¿Qué...? —comenzó a preguntar el chico, pero la voz no le salía—. ¿Qué pasó?

Los ojos de Evelyn se llenaron de lágrimas.

—No está respirando bien —dijo en un susurro estrangulado—. Sus latidos disminuyen. Está... —No pudo seguir. La voz se le quebró y Lucas no pudo dejar de pensar en qué habría querido decir, aunque parte de él, la que no vivía en continua en negación, lo sabía.

Asintió con la cabeza, más para sí mismo, mortificado. Atravesó con la vista el cristal del vidrio, observando con un nudo en la garganta cómo una enfermera ponía una máscara de oxígeno sobre la boca y nariz de la chica en la camilla. Sus ojos escudriñaban la escena del otro lado de la delgada puerta que los separaba, brillando con dolor contenido, sintiendo la preocupación y el peso de la culpa caer sobre su estómago.

«¿Me crees?».

«No me has dado ningún motivo para no hacerlo», había respondido ella. Había confiado en él sin tener motivo alguno, y para Lucas eso significaba más de lo quisiera admitir. Y, a cambio, él se había ido sabiendo que lo necesitaba. Pero, a pesar de que la culpa le doliese como un cuchillo de hierro enterrado en el pecho, la idea de que Aura pudiese no despertar dolía aún peor. Lo aterrorizaba y odiaba la sensación. Odiaba la sensación casi tanto como odiaba la muerte luego del... accidente. Apretó los puños sintiendo que colapsaría en cualquier momento. Por el rabillo del ojo fue capaz de ver fugazmente a la madre de Aura alternar la vista entre él y el cuerpo inerte de su hija, mas Lucas no le dio importancia.

Los médicos salieron uno a uno de la habitación y el chico no fue capaz de decidir si eso era bueno o malo. Pronto todo quedó en silencio, mientras que Lucas seguía con sus ojos violetas cada movimiento que hacía hasta la última enfermera que aún permanecía en el cuarto de Aura.

La mujer no tardó demasiado en salir del cuarto con paso lento. Abrió la puerta de vidrio corredizo mientras anotaba distraída algo en un papel y se paraba frente a ellos.



Luego, levantó la mirada.

—Está estable —fue lo que dijo.

Lucas percibió que Evelyn asentía y preguntaba algo a la enfermera. Esta respondió, pero Lucas no logró escucharla. Sus palabras se perdieron en un punto entre su boca y los oídos del chico, quien apoyó su peso contra la pared a su lado, sintiendo el cansancio regresar a él.

*Estable.*

La chica estaba pálida, con un tono casi grisáceo en la piel. A pesar del coma, las ojeras bajo sus ojos no habían desaparecido.

«¿Pesadillas?», había preguntado, y Aura había asentido. ¿Qué demonios habrían ocupado sus sueños durante esa semana? Solo *estable* no era suficiente para él.

Las ojeras se marcaban oscuras en contraste con su blanca piel; el cabello rubio le rodeaba el rostro, opaco, carente del brillo que solía tener. Las agujas salían del brazo que no tenía el vendaje y los tubos de oxígeno salían de su nariz para conectarse a la máquina de la que dependía su vida en ese momento.

La imagen detrás del cristal... dolía. Mirarla dolía.

—Anda, entra. —Ni había notado a Evelyn acercarse. Aunque sonaba calmada, Lucas pudo ver sus ojos enrojecidos al voltearse.

«Es mi culpa», quiso gritar. «Todo esto es mi culpa».

—Iré a traer café, volveré en unos minutos.

Lucas se quedó paralizado un momento hasta que logró asentir. No quiso retenerla con preguntas, ni decir nada más, porque se dio cuenta de que necesitaba desesperadamente un instante a solas, sobre todo para que nadie la viese llorar. La mujer esbozó una pequeña sonrisa que no le llegó a los ojos y se alejó por los corredores.

Durante unos segundos no pudo moverse.

Empujó con cuidado la puerta de vidrio hasta que esta se abrió y, casi sin atreverse, entró cerrando la puerta tras de sí. Caminó derrotado hasta arrastrar la silla que estaba en una esquina de la habitación y dejarla junto a la camilla. Se sentó en ella y miró el cuerpo inerte de Aura. Alargó una mano hasta posarla en el brazo frío de la chica, restregando sus ojos con la otra mano, intentando obligarse a despertar de un eterno sueño. Al abrirlos, la realidad seguía siendo la misma.

—Por favor, despierta —pidió en un susurro ahogado, rogando por que Aura lograra escucharlo y sus ojos grises se abrieran; nada de eso pasó. El silencio consumía la habitación, dejando como único ruido el monitor de latidos al otro lado de la camilla—. Por favor, *despierta...* —susurró una vez más, sin verse capaz de decir otra cosa cuando su

voz se quebró. Su cabeza cayó hasta quedar enterrada entre su brazo y las delgadas sábanas de la camilla, donde se lo llevó la inconsciencia una vez más.

## **CAPÍTULO XI**

Aura supo que despertaba cuando las imágenes comenzaron a aparecer en su cabeza.

La oscuridad lo cubría todo al principio, quién sabía por cuánto tiempo había sido eso. Durante cinco días la muchacha no fue consciente de nada en lo absoluto; estaba sumida en un sueño tan profundo que ni siquiera era consciente de ello. Entonces las sombras comenzaron a deslizarse dentro de su cabeza. Primero la oscuridad empezó a moverse y a disiparse hasta que una imagen, borrosa al inicio, se formó frente a sus ojos.

Aura volvía a estar en el barranco, observando todo desde la lejanía, sin poder moverse o interferir. Parte de ella quiso cerrar los ojos con fuerza para evitar ver a la figura que se acercaba, no obstante, la otra parte se negó rotundamente a hacerlo.

Las sombras se arremolinaron a unos escasos metros del borde de la saliente, chocando entre ellas como volutas de humo y oscuras como el petróleo. Con lentitud, las sombras más altas descendieron hasta que estuvieron a ras de suelo y le permitieron ver a la chica la figura de su padre, que salía de entre ellas. El hombre caminaba como en un trance del que no podía despertar, el mismo trance del que Aura había sido presa dentro de sus propios

sueños. Las sombras parecían envolverlo, guiarlo, incitarlo a seguir caminando a pesar de la mortal caída que se cernía frente a él. Mientras caminaba su hija lo observaba dirigirse a su propia muerte sin poder hacer nada para evitarlo, y en ese segundo para ella... Se sintió real, como si estuviera de vuelta en aquel tormentoso día hacía dos años y tuviera la oportunidad de cambiarlo todo, de interferir en el que había sido de los peores días de su vida y borrar toda la estela de sufrimiento que había quedado después, sin embargo, por más que lo intentó, no consiguió moverse.

Antes de que el hombre llegara al final del camino algo cambió. Se detuvo. Se detuvo y por más que las sombras empujaron, él se resistió, porque había despertado del trance y ahora era consciente de lo que sucedía a su alrededor. Aura supo entonces que Stephan lo había hecho a propósito, que lo había despertado del trance para que sea consciente de que iba a morir.

Steven Cromwell trató de retroceder espantado cuando unas manos en su espalda se lo impidieron. Nunca supo qué había tras él antes de ser empujado... Ella sí lo supo. Aura quiso gritar cuando las sombras comenzaron a tomar forma tras su padre, pero la voz no le salía por más que la forzara. El grito salía de su garganta, torturado, mas solo ella era capaz de escucharlo.

Ella y el chico de ojos negros que proyectaba las imágenes en su cabeza desde las tinieblas de la caverna.

La oscuridad se alzó y tomó forma tras el hombre hasta que se convirtió en una difusa figura que formaba parte de las sombras y que aun así era completamente reconocible para ella en ese momento. Aura no podía ver las expresiones de su rostro estando tan lejos, sin embargo, le pareció que Stephan sonreía con malicia, mientras que las lágrimas corrían por las mejillas de la muchacha.

Cuando Stephan posó sus manos en la espalda del hombre que luchaba por no caer en su trance una vez más, empujó. Tan solo una leve presión que pareció poseer la fuerza de mil toneladas bastó para que Steven Cromwell cayera en una nueva oscuridad: la muerte. El grito de Aura resonó por toda su cabeza, mas el viento lo arrastró hasta la eternidad del silencio, llevándose a las sombras con él.

Dolía. Durante un tiempo no lo había hecho, pero ahora lo hacía.

La bruma de la inconsciencia empezó a desplazarse de la cabeza de la chica a una velocidad agonizante. Su mente ya trabajaba y, por lo que parecía, su cuerpo no era capaz de seguirle el ritmo. Lo último que recordaba la lastimaba casi tanto como las imágenes que acababan de aparecer en su sueño.

Intentó abrir los ojos; los párpados le pesaban como si fuesen concreto. No podía. No podía por más que lo intentara. Trató de moverse, lo que tampoco dio resultado. Vagamente la chica creyó escuchar un pitido constante y estuvo segura de que no provenía del interior de su cabeza. La inconsciencia amenazaba con llevársela de nuevo y no iba permitirlo, así que luchó contra ella a pesar del esfuerzo que le estaba costando, sobre todo cuando parte de ella insistía en preguntarse si en verdad quería despertar. Pero luchó de todos modos, porque se lo debía a sí misma y porque, a pesar de todo, también se lo debía a su padre.

Fue cuando, poco a poco, logró abrir los ojos.

Una imagen se abrió paso entre sus párpados entrecerrados y una oleada más de cansancio la recorrió antes de que estos llegaran a abrirse por completo. Respiraba con pesadez, como si le doliera ingresar el aire en los pulmones.

Lo primero que vio fueron las agujas conectadas a su brazo y eso la espantó. El pensamiento de arrancarlas de un tirón pasó fugazmente por su cabeza, mas la parte racional de su cerebro desechó la idea de inmediato. Las paredes blancas se alzaban frente a ella, al igual que una puerta de vidrio corredizo se hallaba a su derecha. Aquel leve pitido constante regresó a sus oídos; sentía que había pasado una eternidad oyendo a la nada, por lo que el sonido se le antojó estruendoso. Volteó la cabeza, solo para ver el aparato que monitoreaba a los latidos contantes y acompasados de su corazón. La chica se quedó mirando a la máquina como hipnotizada durante un segundo.

—¿Aura? —susurró una voz apenas perceptible a su lado. Se volvió hacia ella con rapidez: su madre se encontraba también en la habitación, sentada en un pequeño sillón en la esquina de la estancia. Se veía cansada, su cabello rubio lucía opaco y sus ojos estaban hinchados y enrojecidos.

Aura no supo qué decir cuando todos los sentimientos encontrados llegaron de golpe. Su respiración se tornó acelerada. Sintió sus ojos aguarse, pero no se permitió botar una sola lágrima delante de Evelyn. Apretó la mandíbula ligeramente, queriendo contener la oleada de insultos que le pasaron por la cabeza en ese momento, lo que no fue necesario, pues cada idea parecía abandonarla antes de ser capaz de procesarla.

*Traicionada.* Se sentía traicionada.

Entonces se percató de que la mujer que tenía enfrente era su madre y en ese preciso instante no pudo verla como tal. Un nudo se formó en su garganta, sin embargo, Aura no se permitió expresar emoción alguna, sin importar la presión que sentía. No después de que durante tanto tiempo la había visto sufrir por la historia que creía cierta... y no fue capaz de contarle la verdadera.

—¿Qué pasó? —Hizo una mueca; su voz sonaba rasposa.

—Estuviste en coma... —Su madre todavía hablaba despacio, como si... temiera su reacción—. Por cinco días —susurró. Durante un segundo la chica creyó que diría algo más... No fue así.

El resentimiento la recorrió como un escalofrío. Aura asintió despacio con la cabeza y su mirada perforó a la mujer que tenía delante. Necesitaba que se fuera, necesitaba que ella se largara de allí antes de decir algo de lo que después tendría que arrepentirse... otra vez.

—Quiero estar sola —murmuró apartando la vista, sin ser capaz de mirarla.

—Pero... —comenzó a decir su madre.

—*Por favor...* —le pidió en un susurro ahogado, notando cómo su fortaleza se le escurría de las manos—. Necesito... *procesarlo*.

El silencio cayó sobre ella y por el rabillo del ojo vio que su madre asentía lentamente, al tiempo que pequeñas lágrimas comenzaban a rodar sin permiso por sus mejillas.

—Buscaré a la enfermera en... en un momento. —Y Aura pudo notar la tristeza en su voz mientras abandonaba lentamente habitación sin quitarle los ojos de encima.

Asintió llevándose las rodillas al pecho y enterrando la cabeza ente ellas, conteniendo el aliento, intentando que el nudo en su garganta no explotara.

Su madre inspiró, como queriendo decir algo antes de marcharse, pero, en lugar del sonido de sus palabras, escuchó la puerta corrediza cerrarse despacio tras ella. Entonces la chica se quebró, como un juguete de porcelana que se había roto y ahora había que tratar de reparar; todo el aire de sus pulmones salió al exterior como si no aguantara tenerlo dentro. Un mar de sensaciones la recorrió. Tristeza, por saber la verdad y por no haberla sabido antes; agonía, por todo lo que aquella verdad conllevaba; rabia, hacia el mundo, hacia las sombras, hacia el que las controlaba... Rencor hacia su madre; decepción, traición, culpa, soledad; pues se daba cuenta de que ya no tenía familia en quien confiar... Todas estas sensaciones entremezclándose dentro de su pecho, revolviéndose hasta convertirse en tan solo una cosa: dolor. Un dolor como el que estaba segura de nunca antes haber experimentado.

Pequeños sollozos contenidos y lastimosos escaparon de sus labios cuando la voz de la persona que menos esperaba escuchar en ese momento le llegó a los oídos.

—Aura —dijo la voz familiar tras ella. El cuerpo de la chica se tensó. Experimentó miedo, alivio, sorpresa y rabia; todo revolviéndose con tanto fervor que le era imposible diferenciar una cosa de la otra. Sentía la mirada violeta del chico clavada en su espalda, quemándola. Apretó las sábanas con la mano, llevando a cabo toda su fuerza de voluntad para no voltearse—. ¿Estás bien? —preguntó él. Aura contuvo el impulso de reír con

crueldad. Había algo en la voz del chico que sonaba distinto esa vez. ¿Culpa? ¿Miedo? ¿Ambos?

La chica respiró profundo varias veces para asegurarse de que su voz le respondiera. Secó sus ojos con disimulo mientras intentaba calmarse con todas sus fuerzas. Sintió que se ahogaría si seguía tratando de mantener sus emociones dentro de sí.

—Te fuiste —dijo sin mirarlo, fríamente, intentando mantener a raya sus sentimientos—. Sabías todo, pudiste *advertirme*... —le recriminó, el dolor traspasando su voz quebrada. Respiró con dificultad—. Pero en lugar de eso, te fuiste.

Él no dijo nada, pues la culpa de saber que ella tenía razón lo había atormentado desde el día en que volvió. Incluso antes de eso.

—Tenía miedo... —susurró Lucas.

Miedo. Se había largado por *miedo*. Miedo a quedar entre lo que sea que Stephan tenía en su contra. Miedo a terminar como su padre... Y eso solo consiguió que doliera aún más.

—Ah, ¿sí? —exclamó, volteándose al fin y sintiendo todo el enojo acumulado durante esas semanas subir por su garganta—. ¿¡Para qué te acercaste entonces!?! ¡Si sabías que algo podría costarte, ¿por qué simplemente no te alejaste?! ¡¿Por qué me salvaste esa vez si después ibas a irte sin que te importara?!

—¡Tenía miedo por ti, Aura! —dijo él gritando por primera vez desde que la chica lo conocía. Lucas se veía cansado, pálido, y oscuras ojeras se formaban bajo su brillante mirada violeta—. ¡No era por mí, sino por ti! ¡La única razón por la que te mantuviste viva todo este tiempo es porque él se estaba divirtiendo contigo! Los sueños, las sombras... ¡Todo era parte de su juego! No recordabas nada, no tenía más razón para matarte, si te decía algo antes de que pudieras defenderte...

—¡Pudiste quedarte conmigo entonces! —gritó ella también—. Si no planeabas advertirme... Al menos pudiste... —Su voz se quebró, reviviendo el infierno que habían sido esos eternos días para ella. No podía seguir con eso; peleaban como si se hubieran conocido de toda la vida, pero, en el fondo, Aura sabía que no había nada que recriminar. El enojo se había esfumado. Toda la ira, el resentimiento, el coraje... ya no estaba. Ya no sabía ni cómo sentirse—. ¿Dónde estabas, Lucas? *¿Dónde estabas?* —susurró entonces, escondiendo el rostro entre sus manos. Dolía como el infierno y en ese momento Aura no sabía si sería capaz de soportarlo.

—Aura... Lo siento *tanto*... —Algo cambió en su voz. Ya no sonaba a la defensiva; parecía como si le costara respirar. Él se acercó a la camilla donde la chica estaba... mas se detuvo al ver que ella se alejaba instintivamente, sin atreverse a mirarlo a los ojos.

—Creo que deberías irte, Lucas. No... No puedo hablar contigo ahora —susurró

intentando contener las lágrimas. El muchacho se quedó inmóvil y ese momento pareció congelarse en el tiempo.

Lucas apretó la mandíbula, como intentando luchar con las ganas de hablar. Finalmente, sin pronunciar palabra, se dio media vuelta y salió de la habitación.

Cuando Aura estuvo segura de su soledad, soltó todo el aire que había estado conteniendo. Entonces lloró. Y no le importó, permitió que las lágrimas cayeran como no lo habían hecho en años. Lloró como si esperara que la agonía que estaba sintiendo se esparciera por las sábanas junto con sus lágrimas.

Aura no supo con exactitud cuánto tiempo pasó desde que Lucas se fue; las lágrimas no habían cesado desde entonces. Sentía que lo estaba perdiendo todo, que aquella ilusión en la que había aprendido a vivir se destruía a pedazos en menos de una frase, y no sabía si estaba lista para enfrentarlo. Quería ser fuerte, quería pelear contra las emociones que la ahogaban y no le permitían respirar, quería luchar contra la opresión en su pecho y el nudo en su garganta, pero no podía porque las fuerzas no le alcanzaban.

Se sentía traicionada, decepcionada, dolida y, sobre todo, ingenua, porque si la habían engañado... era porque ella lo había permitido.

Su madre llegó al cabo de un rato y Aura se esforzó por reprimir sus emociones.

—¿Hija, estás...? ¿Estás bien? —preguntó su madre.

«Claro, excelente», pensó con crueldad. Aura apartó la vista, asintiendo con la cabeza, sin soportar mirarla a los ojos.

—¿Qué le dijiste a Lucas? —preguntó Evelyn. De golpe las lágrimas cesaron y el desconcierto apareció en su mente. Se volteó con la cabeza aún entre las rodillas.

—¿De qué estás hablando?

—Acaba de irse. Estuvo aquí sin moverse casi desde que llegaste y ahora simplemente se largó. No se veía bien, Aura, y tú tampoco. ¿Es que pelearon o algo...?

—¿Qué te hace pensar que es mi culpa? —interrumpió la chica con brusquedad. Las emociones que intentaba reprimir salían a flote, desestabilizándola. El enojo se abría paso por sus terminaciones nerviosas sin darle tregua, detonado por la mujer que tenía delante, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no dejarlo salir. Mirando a su alrededor se daba cuenta de que era ella quien estaba en desventaja, y sentía como si así hubiese pasado toda su vida: en desventaja.

—Yo... —comenzó a decir Evelyn, mas la entrada de una enfermera la interrumpió.

—¿Cómo te sientes, cariño? —preguntó con amabilidad. Aura intentó que su voz no sonara tan mordaz al responder.

—Bien. Mejor, supongo —contestó vagamente—. ¿Saben qué pasó?

La enfermera asintió, revisando el fajo de papeles que traía. Aura miró fugazmente a su madre, quien la observaba, como si estuviese preguntándose qué estaba mal en el mundo. El nudo en la garganta de la chica regresó. Dolía pensar que quien se supone es la persona a quien más le importas es la más capaz de traicionarte. La enfermera no tardó en explicarle que el coma se había debido a la falta de oxígeno que estaba llevando a su cerebro. Una sarta de tonterías y palabras que tenían que ver con medicamentos en mal estado y otras cosas que Aura no se tomó la molestia de escuchar: tenían una explicación que darle a su madre y ella parecía conforme con esta, así que con eso le bastaba.

Durante el resto del día la chica estuvo sola. Su madre había ido a casa a ducharse y a buscarle una muda de ropa y no había regresado en un buen rato, sin embargo, a Aura no le importó; estaba mejor sin ella.

Las lágrimas habían cesado para entonces. Estando sola se sentía más tranquila, pues la soledad le ayudaba a controlar mejor sus emociones. En parte porque sabía que si veía a cualquier persona que significara algo para ella se quebraría nuevamente en mil pedazos. Sin embargo, eso no hacía nada por ahuyentar el vacío en su interior; claro que no, ya que este seguía allí, enterrándose en su pecho como cientos de pequeños puñales de hierro que extendían una sensación de frío por todo su cuerpo. El nudo en su garganta no desaparecía por más que intentara forzarlo a irse. Había momentos en los que, en la solitaria habitación del hospital, lograba tranquilizarse y acallar todos los pensamientos de su cabeza. Había momentos en los que lograba respirar como si no estuviese ahogándose en un mar demasiado profundo, pero había otros en los que un pequeño detonante desencadenaba un millar de recuerdos de los acontecimientos pasados y la asfixia volvía. El caos y las tinieblas resurgían en su cabeza y un sollozo escapaba de sus labios mientras cerraba los ojos con fuerza, tratando de contener el torrente de lágrimas que amenazaba con salir.

Cuando la noche cayó, Aura se alistaba para marcharse por fin de aquel deprimente lugar. Su madre había llegado horas antes, mas no habían cruzado palabra. Aura apenas podía verla sin sentir el rencor asomar por su sistema. La chica suspiró y salió de la habitación cerrando la puerta de vidrio corredizo a sus espaldas. Su madre y varias enfermeras y médicos la esperaban a la salida.

Todo se grabó como un recuerdo borroso en su memoria y, cuando menos se dio cuenta, se hallaba en el auto junto con su madre atravesando la ciudad en un profundo silencio.

El camino estaba oscuro, alumbrado solo por las amarillas luces a los costados de la carretera. Aura se concentró en ellas como si fuesen la cosa más fascinante del mundo y no pronunció palabra durante todo el trayecto. Por más incómodo que fuese el silencio, lo



prefería a tener que hablar con la mujer que se encontraba a su lado. Evelyn tampoco habló. Algo estaba mal con su hija, lo sabía, pero por alguna razón no se atrevió a preguntar. Al llegar a destino estacionó el auto frente a la casa como siempre lo hacía y se bajó tomando el bolso con las cosas de Aura para que ella no tuviese que cargar con eso.

Ambas entraron en silencio y dejaron lo que traían sobre el mueble de la entrada. Estuvo a punto de decir algo, cuando la voz de su hija a su espalda la interrumpió.

—¿Qué fue lo que le pasó a mi padre, Evelyn? Y no quiero mentiras esta vez.

## **CAPÍTULO XII**

Lucas había salido del hospital sin ninguna explicación más que el vago «tengo que irme» que le susurró a la madre de Aura, intentando con todas sus fuerzas deshacer el nudo que comenzaba a formarse en su garganta. Las palabras que le había dicho en aquella blanca habitación lo perseguían. Había despertado del coma, sin embargo, a pesar del alivio que sentía, no podía dejar de pensar que, en primer lugar, jamás debió haberse ido.

«No vas a poder evitar las preguntas por siempre. Lo sabes, ¿verdad?», había dicho la voz de Aura semanas atrás. Antes de que cayera en coma, antes de que Lucas se fuera, antes de que todo lo que no debía pasar sucediera. Y Lucas lo sabía perfectamente.

Luego de haber sacado a Aura de la universidad el día que las sombras la atacaron y llevarla a su casa, inconsciente, el chico esperó a que despertara, pero las horas pasaban y ella seguía dormida. Apenas se movía, por lo que varias veces tuvo que acercarse a la muchacha para asegurarse de que seguía respirando y sí, lo hacía, tan débil que apenas era capaz de escucharla. El tiempo transcurrió sin trascendencia desde entonces. Lucas se había sentado y parado mil veces, y había caminado de un lado a otro de la habitación mil veces más. Su mente no paraba de dar vueltas tampoco, vueltas en su mayoría sin

sentido, puesto que ninguno de sus pensamientos resultaba de ayuda.

Las sombras habían vuelto a pesar de que nunca se fueron realmente, y Stephan había vuelto también, a pesar de que él tampoco se había ido en primer lugar. La última vez que Lucas lo había visto había sido dos años antes, y no podía decir que el odio había menguado, no obstante, tenía que obligarse a dejarlo de lado, pues eso no era lo que importaba.

—¿Qué se supone que haces? —preguntó un chico rubio a su lado. Eso había sido alrededor de dos semanas atrás, cuando apenas se había marchado, y Lucas no conseguía dejar de recordar ese tiempo con asombrosa precisión.

Lucas sacudió la cabeza, tratando de alejar los pensamientos de esta y se volteó para mirar al dueño de la voz. El otro muchacho, de cabello rubio oscuro, casi marrón, lo miraba con una ceja arqueada, como si estuviera burlándose de la situación, mas Lucas podía ver que tras esa máscara se escondía la preocupación que intentaba mantener encerrada.

—Estoy pensando, Kaden —habló Lucas con elocuencia—. Podrías intentarlo de vez en cuando.

Kaden hizo una mueca. El cambio en su semblante resultó evidente.

—Gracioso —respondió ya sin rastro de burla en su voz.

Lucas suspiró.

—Kaden... Tú estuviste con ellos por más tiempo que yo... Deben haber... *Tienen* que haber mencionado *algo*...

—Lucas... No lo hicieron. Y aunque lo hubieran hecho... Tenía apenas cuatro años, no hay forma de que lo recuerde.

El chico bajó la cabeza, ocultando sus ojos violetas de la mirada del rubio. Tenía razón, claro que la tenía, pero ambos se estaban quedando sin opciones. Sin opciones y sin tiempo.

—No sé qué más hacer, Kaden, y no puedo dejar de pensar en que quizá no debí haberme ido. La protección del hechizo no deja entrar la magia y así no puedo entrar en sus sueños, no puedo bloquear las sombras, no puedo... No puedo hacer nada.

—Entonces vuelve —replicó—. Vuelve y dile la verdad, Lucas, porque no puede vencerlo si no sabe a qué se enfrenta...

—¡¿Crees que no lo sé?! —gritó el chico exasperado—. Sé que no puede vencerlo si... —comenzó a decir, pero se calló de pronto cuando una idea apareció en su cabeza.

—¿Si...? —preguntó Kaden.

—Se supone que sus poderes deberían ser iguales, lo que significa que él debería tener una ventaja sobre ella para poder ganar. En aquel entonces era la falta de experiencia, y ahora...

—Muchos «debería» en una misma oración, ¿no crees? —Lucas lo miró mal. Kaden suspiró —. Bien, ¿a dónde quieres llegar con esto, precisamente?

—Es asmática.

—¿Y...? —repitió Kaden aún sin comprender.

—Creo que él tiene una forma de controlarla usando el pasado a su favor. —Lucas se dejó caer en uno de los sillones más cercano a él y se llevó ambas manos a la cabeza, que había comenzado a doler de pronto—. No sé cómo, pero tiene sentido. Kaden... Necesito tu ayuda, no puedo descifrarlo solo.

—Los recuerdos... te fueron dados a ti, Lucas, no a mí. No veo en qué pueda serte de ayuda...

—Sabes la historia tan bien como yo —interrumpió con una mirada suplicante dirigida al chico a su lado—. Tienes que intentarlo... Por favor.

Kaden lo examinó con la mirada y sonrió, a pesar de que sonreír era lo último que se sentía con ganas de hacer.

—Sabes que cuentas conmigo.

Lucas asintió con el leve indicio de una sonrisa en el rostro. Cerró los ojos, intentando recordar cómo respirar.

—No puedo estar lejos por demasiado tiempo —expresó en voz alta sin mirar a Kaden —. Me necesita, no sabe nada.

Kaden no dijo palabra durante un momento que a Lucas le pareció eterno, sin embargo, pudo sentir su mirada quemándole la espalda, examinándolo con detenimiento. Su postura, la forma en que las manos le tapaban el rostro... Lo conocía y, por ende, sabía la respuesta de lo que estaba a punto de decir:

—Esto no es solo por la misión... ¿O sí? —inquirió finalmente.

Lucas se planteó decir que sí durante un momento, que la misión era la única razón por lo que estaba haciendo todo, que ese era el motivo por el que no podía estar lejos, para que el plan no fallara... Pero a él no podía mentirle; lo conocía demasiado bien.

—No. No lo es.

—Tienes que contarme todo, Lucas, no puedes olvidar los detalles —dijo Kaden esa misma tarde.

Ambos chicos se encontraban sentados en la mesa del comedor, rodeados de papeles que ya habían repasado millones de veces, y, aun así, no habían sacado nada en concreto.

—Bien. —Lucas suspiró y arrastró su silla hacia atrás, levantándose de la mesa. Entonces comenzó a caminar por toda la habitación de un lado a otro. Kaden lo veía dar vueltas sin decir nada a pesar de que lo estaba poniendo nervioso—. La noche antes de que me fuera tuve un sueño. No fue un sueño normal; estaba consciente, y eso no muchas veces sucede. Entonces pensé... que si Stephan puede meterse en la cabeza de Aura... yo también podría meterme en la suya. —Kaden lo miró como si se hubiese vuelto loco. Una vez más, no dijo ni una palabra. Lucas siguió hablando—. Apenas me quedé dormido, de algún modo *desbloqueé* la pared que me protege de las sombras y en cuanto intentaron entrar en mi cabeza... presioné de vuelta.

—¿Estás loco?!

—Lo sé, es peligroso —interrumpió antes de que Kaden pudiera decirlo—, pero de no haberlo hecho... —Un escalofrío recorrió su columna vertebral al recordar las imágenes que habían pasado por su mente aquella vez. Kaden lo observó con preocupación, con un brillo extraño en los ojos, como si supiera con exactitud lo que pasaba por su mente en ese momento.

—Continúa —murmuró simplemente.

Lucas asintió y tomó aire.

—Yo... No sabía lo que estaba haciendo, Kaden, y tampoco creo que entendía bien en qué me estaba metiendo. Al principio solo fueron sombras, no pude ver nada más; sentía que estaba estancado en la oscuridad, como si algo me atara a mi propia mente. Entonces las sombras se disiparon y comencé a caer... directo a la mente de Stephan.

»Estando ahí apenas lograba ver nada, pero mi cabeza parecía estar jugando conmigo. Oía pasos, como si me estuvieran siguiendo a cada momento. Me sentí paranoico; escuchaba *voces*... Distintas voces, susurrando a mi alrededor.

—¿Qué voces?

—Al principio no las reconocí —admitió—, eran demasiado... *incorpóreas* como para reconocerlas. A medida que avanzaba... Escuché tu voz, Kaden. También la de Aura y luego... estaban *ellos*.

—¿Los escuchaste? —susurró Kaden.

—En ese momento parecía imposible notar que no eran ellos realmente —asintió Lucas—. Creí que me estaba volviendo loco, que mi cordura se estaba perdiendo en ese lugar. Entonces escuché la risa de Stephan; había detectado mi presencia. Las sombras comenzaron a arremolinarse a mi alrededor. Quise bloquearlas, pero sabía que si lo hacía,

todo el lugar se vendría abajo y estaría de vuelta en mi cabeza, y no habría servido de nada.

—Las sombras no pueden dañarte, Lucas. Lo sabes.

—*Aquí* no pueden dañarme —aclaró el chico con rapidez—. En su mente... En *su* mundo pueden hacer lo que quieran. Aun así no me tocaron, pero lo que dijo Stephan entonces...

—¿Qué fue, Lucas?

—«La has mantenido con vida sin proponértelo todo este tiempo» —dijo citando las palabras de Stephan, recordando cómo habían resonado en la oscuridad de su subconsciente con una increíble claridad—. «No recuerda a nada y por tu propio miedo no le has dicho nada tampoco. No lo tendrá tan fácil esta vez. No pienso matarla aún, pero te lo advierto: dile una palabra sobre esto y me obligarás a terminar el trabajo. Eso si es que las sombras no lo hacen antes».

Cuando Lucas terminó de hablar ninguno se atrevió a decir algo. Un silencio sepulcral que no se atrevieron a romper cayó pesadamente sobre ellos. Kaden bajó la vista y posó la mirada en el piso como si fuese la cosa más fascinante del mundo. Sabía que sus pensamientos deberían haber estado trabajando a mil por hora, intentando descifrar algún significado oculto para las palabras que Lucas acababa de pronunciar. En cambio... su cerebro parecía simplemente haberse desconectado.

—Desperté justo después de eso. —Kaden levantó la vista, mirándolo al fin—. Al abrir los ojos... Las sombras habían entrado en la cabeza de Aura, no sé cómo, pero lo hicieron. Fue solo un segundo, no alcanzó a soñar nada. De hecho creo que ni siquiera se dio cuenta y yo... me asusté, Kaden, porque no debió haber pasado.

»Me preguntó por las sombras al día siguiente y no pude decírselo; no si sabía que eso podría hacer que la maten. Y con esas cosas rondando... Necesitaba saber por qué la afectaban tanto, porque necesitaba defenderse y para eso tenía que contarle todo... ¿¡Ves cómo se retuerce la historia!? —gritó, conteniendo las ganas de golpear algo—. ¡Todo se está convirtiendo en un maldito círculo vicioso y no hemos resuelto nada!

—Lucas —dijo Kaden con firmeza, haciendo que el chico se calmara—, vamos a resolverlo.

—¿Y si no? —preguntó él, bajando la voz hasta convertirse casi en un susurro.

—Buscaremos la forma.

Se obligó a calmarse. Respiró un par de veces hasta que finalmente asintió, aún sin convicción, sin embargo, eso era lo único de lo que se veía capaz de hacer.

—Tengo que volver —decidió—. No puedo esperar que se desenrede por sí solo.

—Bien.

Lucas se encaminó hacia el salón, donde descansaba la mochila que se había llevado ese día. La luz entraba a raudales por las cortinas abiertas de la estancia, iluminando todo con los rayos blancos que pasaban a través de las nubes de otoño. Los pasos del chico resonaban por el piso de madera, con los de Kaden siguiéndolo por todo el lugar.

—Recuerda nuestra promesa, Lucas —dijo Kaden cuando el chico se agachó para recoger la mochila. Este se quedó quieto durante un segundo y miró al muchacho que estaba detrás de él.

—La recuerdo —aseguró.

Había pretendido irse en ese momento. Había decidido que verían la forma de resolver todo sin que eso implicara ningún peligro, al menos para ella. Fue cuando las cosas se complicaron. Pasaron los siguientes días intentando hallar la solución a un laberinto de pistas que no conducían a ninguna parte.

Al cuarto día, Lucas se rindió.

—Ya no puedo más —interrumpió el chico—. Quizás esto podría ayudarnos, o quizá no, pero no pienso quedarme a averiguarlo. —Kaden asintió—. Regreso mañana a primera hora. No voy a darle más tiempo para que se apodere de todo.

Apenas abrió la puerta de su casa se dio cuenta de que era demasiado tarde, porque la Oscuridad ya había hecho su gran jugada. Pasaron cinco días en el hospital en que apenas pudo cerrar un ojo. Aura estaba en coma y durante aquella interminable espera no pasó un segundo sin repetirse que, de haber llegado dos días antes, nada de eso habría sucedido.

## CAPÍTULO XIII

—¿Qué fue lo que le pasó a mi padre, Evelyn? —preguntó cortante, su voz fría como el hielo cuando ya no pudo contener más las palabras dentro de sí misma—. Y no quiero mentiras esta vez.

Aura vio el cuerpo de su madre tensarse delante de ella. Los segundos que pasaron hasta que la mujer se volteó se le hicieron interminables, pero cuando lo hizo... Aura pudo ver la expresión mortificada de su rostro.

—¿De qué estás hablando, Aura? —preguntó con un tono de voz que la chica no supo descifrar, a medio camino entre lo mordaz y la sorpresa—. Tú sabes...

—¡Deja de mentirme! —gritó explotando finalmente. No quería más mentiras; estaba harta de ellas—. ¡Dime la verdad de una maldita vez!

Su madre se dedicó a observarla durante unos agonizantes segundos sin decir palabra, analizándola y viéndola como si jamás lo hubiera hecho. Aura intentó en vano analizar su expresión impenetrable, buscando algo, lo que sea, que le dijera que quizá no la había engañado todo ese tiempo.

—¿Cómo lo supiste? —habló calmada. Se le cayó el alma a los pies.

—Así que *era verdad*... —susurró, incrédula. La rabia comenzó a subir por su sistema nuevamente, llenándola de un odio que no quería poseer y que, incluso así, no lograba controlar—. ¡Soy una idiota! Desde que me enteré... Parte de mí quería creer que no era cierto, que no me mentiste durante *años*... —Entonces se echó a reír con crueldad, no porque le hiciera gracia, sino porque era lo único que se veía capaz de hacer—. ¡Soy una estúpida! Aferrándome a creer en ti... ¡Me viste llorar todo este tiempo! —gritó de nuevo a su madre, quien la observaba petrificada, sin mover un músculo desde que había empezado a hablar—. ¡Me oíste culparlo, me permitiste odiarlo por creer que me había dejado...! ¡Por creer que nos había dejado a ambas, *mamá!* Me dejaste creer que todos aquellos recuerdos felices que tuvimos fueron un simple engaño, me permitiste pensar que nosotras juntas no fuimos suficiente, que nuestra *familia* no era suficiente para él... Y tú lo sabías... ¡Durante todo el maldito tiempo lo supiste, ¿y pudiste ocultármelo?! ¡Dos años! —gritó, pero el nudo en su garganta no la dejó decir nada más.

Las palabras se atascaron y su voz se quebró. No quería llorar, no después de saber que

a su madre no parecía importarle lo que ella sentía, mas no pudo impedirlo. Se llevó una mano a la cabeza, como si así pudiera evitar el dolor que allí comenzaba a formarse. Las lágrimas rodaron por sus mejillas y la opresión en su pecho no la dejaba respirar. Los sentimientos la abrumaban y no sabía cómo detenerlos. E, incluso si lo hiciera, ¿sería capaz?

Clavó la vista en el suelo, porque no quería mirar a su madre y ver la culpa gritando en sus ojos.

—*Tienes que entender...*

—¿Entender? —preguntó mordaz, deslizando todo el ácido que le quemaba la garganta dentro de aquellas palabras—. Entender, ¿qué, exactamente? ¿Qué excusa tienes? ¿Que lo hiciste por mi bien? ¿Es eso lo que piensas decirme!?

—¡Creí que era lo mejor, Aura! ¿Crees que fue fácil para mí...?

—¿Ah, sí? ¿Y lo mejor para quién!? ¿Para ti o para mí, mamá? ¡Es que estás escuchando si quiera lo que dices! Así que no fue fácil para ti, ¡y para mí qué, eh! ¡En qué mundo lo mejor era dejarme creer que se había suicidado, maldición!?

—¡En un mundo en el que no hay ningún culpable! —chilló su madre—. ¡No quería que durante el resto de tu vida te preguntaras quién lo había empujado! ¡Nada, la investigación no dio absolutamente *NADA!* ¿Crees que quería que culparas a la vida por esto?

—¿Y preferiste que lo culpara a él por dejarme? —preguntó ella, ya sin fuerzas para gritar. El nudo quemaba en su garganta y el llanto brotaba una vez más, pero se esforzó para que su voz sonara pareja, mientras sentía su fortaleza escurrírsele de las manos.

—No era eso lo que pretendía...

—No era eso lo que pretendías —casi rio—. No sé qué esperabas entonces.

—¡Que siguieras con tu vida! ¡Eso esperaba!

—¿Y creíste que así sería más fácil?!

Su madre no respondió. El silencio cayó sobre ambas y la tensión bien podría haberse cortado con un cuchillo. Aura veía a la mujer que tenía delante, pero la perfecta imagen que tenía de su madre se había destruido y reducido a cenizas junto con su confianza. Durante dos años la había engañado. Durante dos años le había mentado descaradamente y Aura no podría perdonarla. No cuando el dolor más intenso que habría creído poder soportar le estaba revolviendo las entrañas.

Veía a la mujer que tenía delante y no lo soportaba. Mirarla... No lo soportaba. No aguantaría estar durante mucho más tiempo con ella en esa habitación.

—Yo... *Tengo que irme* —susurró, alargando el brazo hacia el mueble de la entrada para tomar las llaves del auto. Su madre adivinó sus intenciones y las tomó antes de que ella



podiera alcanzarlas.

—¿A dónde crees que vas!? ¡Acabas de salir de un coma, por el amor de Dios! ¡No puedes conducir así!

—¡Bien! ¡Caminaré entonces! —Y sin esperar ni un segundo más se volteó y abrió de un tirón la puerta de la casa. Una ráfaga de viento helado la azotó, pero lo único que logró sentir fue la mano de su madre cerrarse en torno a su muñeca.

—Hija, no puedes irte...

Aura se quedó mirando el agarre de la mujer entorno a su brazo durante un momento, sintiendo como si la piel le quemara en ese punto donde ella la sujetaba.

El nudo apretó su garganta y, despacio, logró zafarse de su agarre.

—En eso te equivocas. —Salió dando un débil portazo tras ella.

Apenas estuvo fuera la lluvia la recibió empapándola en menos de un minuto. A Aura no le importó. El frío que pudiese darle no se comparaba con el hielo que sentía por dentro.

Entonces corrió sin rumbo hasta alejarse lo suficiente de su casa, y siguió corriendo hasta que los pulmones le ardieron. Corrió con la lluvia y el viento azotando con fuerza contra ella, como si así pudiese escaparse de todo lo que quería dejar atrás, pero los recuerdos la seguirían hasta el fin del mundo si fuese necesario. Casi esperó que las sombras aparecieran, sin embargo, no logró observar ni un atisbo de ellas durante toda su carrera. No se dio cuenta de que las lágrimas habían comenzado a fluir nuevamente hasta que ardieron en su piel, entremezclándose con las gotas de lluvia que estilaban por todo su cuerpo. Ella seguía corriendo hacia ninguna parte en particular, solo pensando en huir, porque nada más le cabía en la cabeza en ese momento. Hasta que llegó a un punto en que las piernas comenzaron a fallarle. Se detuvo de golpe, doblándose sobre su estómago y afirmándose sobre el tronco de un árbol para no caer, sintiendo que ya no podía seguir.

Se concentró en el ardor de sus pulmones, intentando así no notar el dolor que crecía y oprimía su pecho, mas se le hacía imposible. La lluvia la empapaba impidiendo a las lágrimas notarse casi como si no existiesen, sin embargo, ella sabía que sí, existían, y dolía cada vez que una abandonaba sus ojos.

Los sollozos comenzaron a salir torturados de su garganta sin que pudiera evitarlo. Quería detener aquel huracán más que nada, porque sentía que ya no era capaz de soportarlo, pero no tenía idea de cómo hacerlo. Había creído ser fuerte, había creído tener el coraje para sobrellevar lo que sea que viniera, y había creído que ya nada podría compararse al dolor que había sentido el día en que se enteró de la muerte de su padre... y se había equivocado como nunca antes. Esto era mil veces peor. Así fue que se dio cuenta de lo débil que era, de que toda la fuerza que había creído tener podía abandonarla tan fácil

como la lluvia caía y dejaba las nubes: de forma inesperada, dándole la espalda cuando más la necesitaba. Se apoyó en el tronco del árbol, el cual lograba taparla un poco de la lluvia, aunque nada podía ocultarla del viento. Se deslizó sintiendo que sus trémulas piernas ya no la sostenían hasta quedar arrodillada en el mojado césped del parque en el que se encontraba. Miró hacia arriba, con la esperanza de ver estrellas, para darse cuenta de que la tormenta cubría hasta la última de ellas que pudiera verse.

Los sollozos seguían saliendo de su garganta, pero Aura ya no se esforzó por tratar de detenerlos. Llevó las rodillas al pecho y las rodeó con los brazos, enterrando la cabeza en ellas, y en la oscuridad que su pequeño refugio le brindaba se permitió dejar todo el sufrimiento salir de su interior.

Entonces gritó, porque podía sentir su alma fragmentándose con cada minuto que pasaba. Gritó porque la verdad quemaba como un ácido veneno que carcomía sus entrañas. Gritó porque las voces en su cabeza no se alejaban.

Gritó hasta que su garganta ya dolía, porque las peores traiciones venían de quien menos se lo esperaba.

Tiró del césped que había a su alrededor, levantando las gotas de lluvia que lo cubrían, desquitándose como si el pasto tuviera la culpa. Los recuerdos llegaban hacia ella como oleadas de imágenes que se grababan con dolor en su cerebro. El funeral, el entierro... Y todas las palabras que no había llegado a decir. Y lo peor... Las palabras que sí había dicho.

Aura levantó levemente la cabeza y miró a su alrededor con los ojos cristalizados. Las lágrimas le volvían borrosa la mirada, solo alcanzaba a ver la oscuridad que la envolvía. Por su mente pasaron las sombras y los sueños que habían rondado en su cabeza durante todos esos días y se preguntó qué era lo que seguiría después. El frío le caló los huesos cuando una ráfaga de viento azotó contra ella. Apenas podía sentir los dedos y no se había dado cuenta hasta entonces.

La muchacha se obligó a levantarse, a hacer como si la voluntad no la hubiese abandonado y a caminar a pesar de que no tuviese idea de a dónde se dirigía. Los pensamientos gritaban dentro de su cabeza y Aura no lograba acallarlos mientras que el silencio crecía a su alrededor.

«Tu padre se fue, Aura», susurraba la voz de su madre en su subconsciente. Se sentía tan estúpida por haberse dejado engañar, tan ingenua por haberlo creído sin cuestionarlo y tan... manipulable por no haberlo si quiera dudado. «Lo llamaste traidor y mentiroso — siseó la voz de Stephan—. Lo odiaste por irse sin haberse despedido siquiera. Durante dos años creíste que tú y tu madre no habían sido suficiente para él, que no habían bastado para hacerlo feliz. Durante dos años creíste que él eligió irse... Pero él no saltó del barranco,

Aura».

«Tú lo empujaste», pensó con amargura.

Durante más de media hora Aura anduvo sin rumbo, deambulando perdida por la oscuridad, empapada por la lluvia, tiritando y con el frío calando sus huesos, pero no le importaba, porque aunque no tuviese a dónde ir... cualquier lugar era mejor que su casa en ese momento.

Cuando menos se dio cuenta el entorno comenzó a hacerse familiar en su memoria y se encontró siguiendo el camino hacia la casa de madera rojiza que tan bien conocía. Por su mente pasó la última conversación que había tenido con el chico en el hospital y sintió como si, de algún modo, hubiesen pasado años desde aquello. El camino iluminado la recibió como de costumbre y Aura corrió el último tramo que le quedaba hasta llegar a refugiarse bajo el porche. Con el viento, la lluvia seguía empapándola sin importar que estuviera bajo techo. Tocó la puerta desesperada, cruzando los brazos intentando controlar el frío que sentía mientras que el nudo en su garganta se negaba a desaparecer.

Una luz se prendió al instante en el interior de la casa y durante una fracción de segundo Aura consideró correr y esconderse antes de que la puerta se abriera, pero cuando esta chirreó tras ella, se volteó rápidamente para encarar al chico de ojos violetas que la observaba desde la entrada.

Al verla allí Lucas se paralizó durante un momento. Sus ojos grises estaban nublados por las lágrimas y reflejaban el peso del mundo en ellos. La expresión de su rostro se clavaba en su interior más de lo que se hubiera imaginado.

Aura tragó con fuerza, intentando deshacer el nudo de su garganta. La vista se le nubló por nuevas lágrimas que corrieron por sus mejillas apenas el chico abrió la puerta. Entonces se forzó a hablar, aunque fuera en un susurro estrangulado.

—¿Puedo...? ¿Puedo quedarme aquí? —preguntó con debilidad, sintiendo que las pocas fuerzas que le quedaban se agotaban al fin.

La mirada del chico brilló al tiempo que extendía los brazos. Sin detenerse a pensarlo, Aura entró y Lucas, sin importarle que estilara agua por todo el cuerpo, la abrazó y cerró la puerta tras ellos.

Aura enterró la cabeza en su pecho, llevándose las manos a la cara y no aguantó más. Las rodillas le fallaron y habría caído si él no la hubiese sujetado. Las lágrimas fluyeron como un torrente que no fue capaz de detener. Lucas la abrazó más fuerte y se sentó en el piso con Aura aún entre sus brazos, porque por algún motivo le daba miedo soltarla. Y la dejó llorar, porque a pesar de no saber lo que estaba sintiendo, tenía una vaga idea de lo que sucedía y no sabía de qué otra forma ayudarla.

—Claro que puedes quedarte —susurró, y fue vagamente consciente de que la chica asentía contra su pecho, estilando gotas de agua que oscurecían su cabello.

Aura no supo cuánto había pasado desde entonces. Minutos, horas; el tiempo parecía simplemente no transcurrir dentro de su cabeza, congelado, inerte.

Se hallaba sentada en la cama de la habitación de Lucas, con una camiseta que le iba tallas más grande, las rodillas contra el pecho y la cabeza sobre ellas. Las lágrimas ya no fluían a pesar de que el dolor no se iba. Ahora... ahora ella solo observaba taciturna la pared, con la mirada perdida en algún punto entre el techo y la ventana, pero no veía nada en realidad y tampoco pensaba en nada; tan solo estaba ahí, existiendo y dejando que todo a su alrededor existiera sin intervenir en ello.

La luz se colaba por la rendija de la puerta, mas ella no le prestó atención ni siquiera cuando esta se abrió.

—¿Aura? —preguntó Lucas, sin embargo, ella no llegó a escucharlo. La chica no movió ni un músculo, perdida en las sombras que proyectaban los árboles en el interior de la casa, moviéndose al compás del viento, formando figuras que danzaban por el suelo en un baile que no terminaba... Fue apenas consciente de que la cama se hundía bajo el peso de Lucas al sentarse a su lado—. Oye... —susurró pasando un brazo por sus hombros, sin logra hacerla reaccionar—. Estás helada. —Se levantó una vez más para quitarse el polerón que traía y pasarlo sobre la cabeza de Aura. Sacó con cuidado su cabello rubio de debajo de la capucha y se quedó así un momento, observándola sin *soportar* la imagen de la chica que tenía enfrente: estaba rota y odiaba no sentirse capaz de ayudarla. Aura notó la mano del chico posarse en su mejilla, su tacto cálido al contacto con su piel fría, se sentía... Ya no sabía qué sentía—. *Por favor, no hagas eso...*

Aura apenas se volteó, advirtiendo la presión que Lucas ejerció en su mejilla, obligándola a mirarlo. La chica parpadeó como si saliera de un trance y se percató del muchacho frente a ella como si jamás lo hubiese visto.

—¿El qué?

Lucas la miró con sus brillantes ojos violetas y una expresión que Aura no pudo descifrar.

—Perderte... —Aura sintió cómo pequeñas lágrimas inundaban sus ojos y asintió de nuevo, intentando demostrar que aún podía ser fuerte si se lo proponía. Lucas botó el aire que ni siquiera sabía que estaba conteniendo y dejó caer la mano que tenía posada en su rostro—. Deberías tratar de dormir.

El recuerdo de las pesadillas regresó y el terror le subió por la espina dorsal. Marcas,

sombras... No podía lidiar con eso y menos ahora.

—No puedo.

—Sí puedes —afirmó él, intentando transmitirle a la chica la seguridad que parecía abandonarla—. Te prometo que las sombras no entrarán en tu cabeza...

—No me hagas más promesas, Lucas —soltó con brusquedad sin pretenderlo. Aura lo vio paralizarse y la culpa asomar en sus ojos—. No me hagas más promesas, solo... Solo cúmplelas —terminó por susurrar, las palabras quemando al salir de su boca.

El chico asintió mortificado y comenzó a levantarse para dirigirse lentamente a la puerta y salir de la habitación, sin embargo, se detuvo al ver que Aura volvía a esconder la cabeza entre las rodillas, como si intentara mantener sus emociones a raya... Y no pudo dejarla, no de nuevo. Titubeando, preguntó:

—¿Quieres que me quede?

Aura levantó la cabeza, respirando con tanta normalidad como pudo y asintió, tratando de expresar con los ojos lo agradecida que estaba, porque el miedo le impedía pensar con claridad.

Lucas se acercó hasta meterse bajo las sábanas junto a ella. Aura se pegó a él, buscando calor al darse cuenta de lo entumecida que estaba. Se recostó contra él, sintiendo por fin el cansancio y notando que los párpados se le cerraban, pero por algún motivo se sentía a la vez más despierta que nunca.

—¿Por qué estoy confiando en ti? —preguntó en voz alta, más para sí misma.

El cuerpo del chico se tensó bajo el suyo y, cuando respondió, lo hizo en un tono de voz apenas audible:

—Porque puedo ayudarte, Aura —afirmó, aunque pareció estar intentando convencerse a sí mismo más que a ella.

—No es suficiente...

—Lo será —le aseguró. Pudo jurar que estaba sonriendo.

La chica asintió levemente. Los recuerdos todavía la atormentaban cada vez que amenazaba con quedarse dormida, por lo que, cuando sus párpados comenzaron a cerrarse, Aura abrió los ojos de golpe.

—Tengo miedo —susurró.

Lucas la abrazó más fuerte y no dijo nada durante lo que parecieron horas. El frío poco a poco se fue mitigando a medida que el tiempo pasaba. Sus párpados pesaban, su cuerpo pesaba. El cansancio de todas aquellas noches sin dormir le pasaron factura y los ojos de la chica se cerraron, cayendo en la inconsciencia.

—Yo también... —Pero Aura nunca llegó a escucharlo.

## CAPÍTULO XIV

Lucas se despertó a mitad de la noche con el sonido del celular vibrando en la mesa.

Abrió los ojos despacio, como si sus párpados estuviesen pegados y le costara levantarlos. Lo primero que vio fue la oscuridad de la estancia, siendo apenas consciente de la luz aún prendida del pasillo, que se colaba débilmente en la habitación por la rendija de la puerta.

Aura dormía abrazada a él, con la cabeza apoyada sobre su pecho. Su oscuro cabello rubio se esparcía desordenado por la tela de su camiseta y su respiración era acompasada. Lucas tuvo la certeza de que las pesadillas no entraron en su cabeza; estaba tranquila y lo agradeció.

El sonido del celular vibrando volvió a taladrar sus oídos. Lucas se estiró cuidando de no despertar a la chica y tomó el teléfono de la mesita de noche. El brillo del aparato lo obligó a cerrar los ojos durante un momento mientras vibraba en su mano. Una llamada entrante apareció en la pantalla, pero se cortó antes de que pudiese llegar a contestar. ¿Quién diablos llamaba a esa hora?, se preguntó, a pesar de que ni siquiera sabía en qué hora vivía. La respuesta le llegó en cuanto desbloqueó el aparato; apenas eran la una de la mañana según lo que marcaba el reloj, lo cual lo desconcertó. Había pensado que era mucho más tarde a pesar de que tampoco era precisamente temprano. Tres llamadas perdidas y dos mensajes de texto. Él hizo una mueca, extrañado, hasta que vio el nombre de Evelyn Hale aparecer en la pantalla. Ignoró las llamadas y pasó a leer los mensajes.

**Evelyn Hale [01:04 a.m.]:**

¿Está contigo?

Lucas se paralizó durante un segundo y miró a la chica junto a él. Pasó al segundo mensaje.

**Evelyn Hale [01:04 a.m.]:**

Lucas, ¿Aura está contigo?

Tipeó con rapidez.

**Lucas [01:06 a. m.]:**

Está conmigo.

Durante un rato no hubo respuesta, sin embargo, Lucas tuvo la certeza de que la mujer había visto el mensaje. ¿Qué estaría pasando por su cabeza en ese momento?

La luz del teléfono volvió a parpadear en su mano.

**Evelyn Hale** [01:07 a.m.]:  
Por favor... cuídala.

Sus músculos se tensaron. Pasó lentamente la mirada por los brazos de la chica que, a pesar de estar tapados por la capucha que le había dado hacía casi cuatro horas, Lucas sabía que estaban cubiertos de marcas violáceas que se habían trasladado de los sueños a la realidad, marcas que delataban el toque de la oscuridad en su piel. Sin pretenderlo Lucas se encontró pensando en el brazo que tenía rodeando la cintura de Aura y se dio cuenta de que estaba más delgada que la última vez que la había visto hacía una semana. Ella se sentía frágil bajo su tacto y no pudo reprimir el pensamiento de que podría haberlo evitado.

**Lucas** [01:07 a. m.]:  
Dalo por hecho.

Un temblor lo recorrió. Aura se removió contra su cuerpo, provocándole escalofríos. Dejó el celular de vuelta en la mesa conteniendo un bostezo. El cansancio acumulado de los últimos cuatro días que había pasado despierto en el hospital hizo que sus ojos se cerraran con pesadez.

Si el teléfono volvió a encenderse, él ya no dio cuenta de ello.

La llegada del amanecer trajo consigo los últimos rayos del frío sol de otoño.

La luz se coló a raudales a través de las cortinas abiertas de la habitación y acarició el rostro dormido de Aura, logrando traspasar la oscuridad de la inconsciencia. Ella despertó, pero no se vio capaz de abrir los ojos. Intentar era en vano; los párpados le pesaban como si estuviesen hechos de acero. Poco a poco la chica fue consciente de lo que ocurría a su alrededor a través del tacto y los recuerdos que comenzaban a invadir su cabeza.

Su respiración tuvo un desliz, mas Aura no se movió; continuó inerte, sintiendo también la respiración de Lucas bajo su cuerpo. Se removió con suavidad, enterrando la cabeza aún más contra su propio hombro y el pecho del chico.

—¿Aura? —lo oyó decir en un susurro tan bajo que jamás habría escuchado de haber

estado dormida.

Ella murmuró algo incomprensible, más que nada para mostrar que estaba despierta, mientras luchaba con la bruma de la inconsciencia que parecía no querer soltarla. Como una sombra. Terminó por quedarse inmóvil, porque cada vez que se movía, aunque fuera un poco, el dolor de cabeza que había comenzado a sentir volvía con más intensidad.

Lucas exhaló como si hubiese estado conteniendo el aire hasta el momento y con cuidado le pasó un mechón de cabello rubio que cubría su rostro tras la oreja. Aura sonrió levemente y despacio logró abrir los ojos, volviendo a cerrarlos en cuanto la luz tocó su retina. Se llevó una mano a la sien, como si así pudiese hacer menguar las puntadas que atravesaban su frente.

—¿Te duele la cabeza? —preguntó Lucas, notando el gesto. La chica asintió despacio—. Puedo traerte algo...

—No ahora —susurró y abrió los ojos ignorando la luz.

Los rayos del sol la cegaron durante un momento y Aura parpadeó intentando ajustarse a ellos. Suspiró y apoyó la barbilla en el pecho del chico para poder verlo.

—¿Hace cuánto estás despierto? —inquirió.

—Un par de horas.

Aura lo quedó mirando sin saber bien qué decir. Sentía que los ojos le ardían, como si se hubiesen secado luego de derramar tantas lágrimas.

—¿Cómo te sientes? —preguntó él, acariciando con una mano la espalda de la chica. Aura contuvo la respiración, casi esperando que un nudo volviera a formarse en su garganta y le impidiera hablar, pero no sucedió.

—No sé...

—A mí no tienes que mentirme, Aura.

—No lo hago —replicó ella—. Es que no sé cómo se supone que debo sentirme —resopló.

Él la examinó con la mirada, como si buscara un rastro de duda con sus ojos violetas. Luego su expresión cambió y asintió pensativo.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—No puedo volver a mi casa —contestó con debilidad—. No... No lo soportaría.

—Sabes que puedes quedarte aquí el tiempo que quieras.

Aura sonrió y asintió con la cabeza.

—Gracias.

Ambos se quedaron callados durante un momento, dejando que el silencio cayera sobre ellos. Los ojos grises de Aura veían perdidamente a los de Lucas, como si un imán le



impidiese apartar la mirada. La chica esbozó una sonrisa sutil, preguntándose cómo era que alguien pudiese tener los ojos de aquel magnético color violeta con el que Lucas la observaba.

—¿Cómo sigue tu cabeza?

Aura frunció el ceño, dándose cuenta de que durante un momento había logrado olvidar el dolor.

—No estoy segura.

Lucas apoyó el dorso de su mano en la mejilla de la chica para luego posarla en su frente.

—Creo que tienes fiebre... —susurró—. Te traeré algo para eso.

Aura asintió y se movió para dejarlo levantarse. Lucas la miró un segundo antes de incorporarse.

—Pienso que debería ir a mi casa a... buscar cosas. Con mucha suerte, mi madre ya se habrá ido al trabajo.

Lucas pareció querer replicar, pero luego solo asintió con la cabeza y no dijo nada más al respecto.

—Tu ropa de ayer ya debe haberse secado. Vuelvo en un minuto —murmuró antes de abandonar la habitación.

Una vez sola sintió cómo un escalofrío le recorría la espalda. Aura se ajustó la capucha que traía puesta, mas el frío no disminuyó. Al hacerlo, parte de su manga se levantó, permitiéndole ver las marcas ocultas por la delgada tela, y se preguntó cómo era posible que durante todo el tiempo que estuvo en el hospital nadie las hubiese notado. ¿Sería posible que las marcas fuesen visibles solamente para ella y Stephan? No, respondió su cerebro. Lucas también podía verlas.

Aura frunció el ceño. La luz entraba por la ventana era cada vez más intensa. Alargó un brazo hacia la mesita que estaba al lado de la cama y tomó el celular de Lucas para ver la hora, ya que el suyo se había quedado en su casa al salir la noche anterior.

Pero la pantalla ya estaba encendida y sin pretenderlo sus ojos cayeron en el mensaje que brillaba en ella.

**Evelyn Hale** [01:08 a.m.]:  
Gracias, Lucas.

Eso no fue lo que la extrañó, sino el nombre del remitente de dicho mensaje. *Evelyn Hale*. Su madre.

Aura se quedó quieta, paralizada hasta que escuchó el sonido de la puerta de la habitación volver a abrirse. Aura apenas se movió.

—¿Por qué exactamente te está agradeciendo mi madre? —preguntó mirando al chico y extendiéndole el celular. Él lo tomó sin ninguna expresión en el rostro—. Quería ver la hora y el mensaje estaba en la pantalla.

—Está preocupada por ti.

—Ya. Claro que sí —contestó Aura con sarcasmo, a pesar de que parte de ella sabía que la acusación no era del todo justa, pero su enojo no había menguado y dudaba que lo hiciera en un buen tiempo.

—Se preocupa por ti —afirmó Lucas—. Y después de lo que pasó...

—¿Después de lo que pasó?

—El coma —se apresuró a contestar—. Eso y a que escaparas de la casa tan rápido.

—Sí, bueno... Tengo mis razones.

—Aura, lo que te dijo lo hizo para protegerte. No tenía una mala intención, creyó que era lo mejor...

—¿Lo mejor? ¿Cómo puede ser lo mejor...?! —comenzó a decir, deteniéndose de golpe y botando el aire que contenían sus pulmones—. Yo jamás te dije lo que pasó —susurró al caer en la cuenta. El cuerpo de Lucas se tensó, como si recién se hubiera percatado del significado de sus palabras—. Nunca te lo dije y no hay forma de que mi madre lo hubiera hecho, ¿me equivoco? —Lucas no respondió, tan solo se quedó viéndola como si hubiese olvidado cómo hablar—. ¿Me equivoco?! —casi gritó.

Entonces Lucas negó despacio con la cabeza. No, no se equivocaba.

Sintió que un gemido escapaba de sus labios junto con el resto del aire que tenía guardado.

—¿Tú *lo sabías*? —No, no quería creerlo, pero ahí estaba Lucas, asintiendo frente a ella.

—Sí, Aura —contestó mortalmente, hablando al fin—. Lo sabía.

Ella exhaló todo el aire de sus pulmones casi sin dar crédito a lo que escuchaba.

—Tú lo sabías —repitió al borde de la histeria—. Me viste llorar por eso anoche, ¿y no pudiste encontrar un modo de decírmelo? O cuando me contaste lo de las sombras, ¿por qué no me lo dijiste entonces!?

—¿Me hubieses creído!? —preguntó Lucas a su vez. Los recuerdos de esa noche volvieron a su cabeza. La conversación que mantuvieron apareció en su mente, y palabra por palabra Aura se dio cuenta de las muchas oportunidades que tuvo de haberlo dicho.

—¿Y eso qué? —replicó—. ¿Qué importancia tiene? ¡De no haberte creído al menos

ahora que me entero no podría alegar que jamás me lo advirtieron!

Lucas no dijo nada y eso, en parte, fue lo peor. Las mentiras de esos dos años volvieron a calar en su subconsciente como mil cuchillos de hierro, y la conversación de Stephan también apareció en su cerebro. ¿Cómo era posible que hasta personas que apenas conocía supieran más de su vida que ella misma? Aura cerró los ojos con fuerza, apoyando la cabeza contra la pared, intentando contener las ganas que tenía de gritar. En ese momento pareció que todo carecía de sentido; ella era la escena en blanco y negro de una película llena de colores.

Llevó ambas manos a su cabeza, sin notar que tiraba de su cabello entre sus dedos como solía hacer cuando estaba desesperada, deseando así arrancar los pensamientos que la atormentaban. Intentó en vano respirar, calmarse. Odiaba en lo que la situación la estaba convirtiendo, odiaba no ser capaz de controlar sus emociones como siempre había sido y, por sobre todo, odiaba que todo el mundo viera lo débil que podía llegar a ser. Ella no era así; no demostraba sus sentimientos tan fácilmente... Ahora estaba fuera de su control. Sus ojos se mantenían cerrados con fuerza, pero las imágenes seguían rondando de modo inevitable por su mente con una dolorosa punzada que no sabía bien si era de su invención o producto de la fiebre. Entonces sintió cómo unas manos afirmaban sus dos muñecas y las separaban de su cabello.

—Deja de hacer eso, Aura.

Intentó pelear para zafarse de su agarre, pero él no la soltó.

Las lágrimas comenzaron a caer cuando sus ojos encontraron los de Lucas, que la miraban con un brillo de dolor que era fácil de percibir. No la miraba con lástima, como cualquier otro lo hubiera hecho, sino con una mezcla de emociones que, Aura sabía, eran verdaderas.

Su respiración falló junto con los músculos de su cuerpo. Sus piernas ya no eran las que la sostenían, sino el chico que estaba frente a ella, evitando que caiga. Apoyó todo su peso contra la fría pared y de a poco se dejó ir, deslizándose hasta llegar al suelo y sintiéndose... pequeña. Lucas se agachó con ella, sin soltarla en ningún momento, pero Aura ya no peleaba. Se había rendido; no tenía fuerzas.

—Duele —logró decir entre lágrimas.

—Lo sé. —Lucas cerró los ojos—. *Lo sé...*

Las lágrimas seguían cayendo y humedeciendo sus mejillas mientras que Aura cerró los ojos con fuerza, intentando detenerlas... Intentando detener todo. Ya no quería sentir el dolor que se incrustaba en su pecho, sin embargo, lo sentía y no podía evitarlo. Se estaba hundiendo en un mar cada vez más profundo sin poder detenerlo. Anclada por sus

recuerdos, ahogada en emociones.

Lucas bajó la cabeza sin poder mirarla, en parte porque le dolía verla sufrir casi tanto como a ella le dolía recordar. Aura lo observó con la respiración agitada, intentando tragar para deshacer el nudo que se había formado en su garganta. Él posó la mirada en el punto en que sus manos sujetaban sus muñecas, notando inevitablemente las marcas violáceas que se cerraban alrededor de ellas. Arrastró los ojos por su piel, recorriendo con la mirada todas las marcas que cubrían su cuerpo. Sus brazos, sus hombros, su clavícula y su cuello estaban repletos de ellas. Lucas apretaba la mandíbula ante cada hematoma que sus ojos veían, y Aura sabía con exactitud en qué estaba pensando.

—No es tu culpa —habló con la voz en un hilo. Sus ojos volvieron a posarse en los grises de ella con el arrepentimiento tallado en sus facciones.

—Debí haber estado aquí —murmuró con los músculos tensos.

—Sí, debiste... —susurró la chica ya sin más fuerzas, sonriendo a pesar de todo, con la voz quebrada, recordando todo lo vivido aquella semana, para luego parpadear y volver al presente. Carraspeó obligando a su voz a sonar como si no doliera, como si no importara—. Pero no me debes nada. No tienes ninguna obligación conmigo.

—Te equivocas —respondió Lucas de inmediato. Sus ojos brillaron oscuros durante un momento, recordando algo, y ella no pudo evitar preguntarse en qué estaría pensando. Entonces hizo una mueca.

—Stephan dijo lo mismo, que tienes una obligación conmigo —le hizo ver. Él apretó la mandíbula, como si le molestara el hecho de parecerse o siquiera decir lo mismo que el dueño de las sombras. Quizá sí le molestaba, pensó Aura. El muchacho asintió con un movimiento casi imperceptible que Aura no hubiera notado de no haber estado prestando atención. *Obligación*, repitió su cabeza, y la palabra comenzó a molestarla inevitablemente—. No quiero ser tu carga, Lucas —dijo al tiempo que retiraba con brusquedad las muñecas hacia sí, zafándose del agarre del chico.

Entonces él hizo un movimiento tan rápido que Aura apenas fue capaz de registrarlo. Se acercó a ella poniendo ambos brazos a cada lado de su cuerpo, provocando que Aura no pudiese mirar a ninguna otra parte salvo a sus hipnotizantes ojos violetas que la examinaron sin vergüenza. Su respiración se entrecortó y sintió que el aire escaseaba. Quería estar molesta con él, mas se le hacía imposible concentrarse en su determinación si lo tenía tan cerca.

Lucas, por su parte, miraba fijo a sus ojos gris tormenta sin poder despegarse de ellos, olvidando por un momento lo que quería decir. Una oleada de calor recorrió su cuerpo activando cada una de sus terminaciones nerviosas, pero se obligó a no perder el control sobre

sí mismo, y cerró los ojos con fuerza durante un momento.

—Escúchame bien y que se te grabe en la cabeza —clavó su vista en ella; quería que le creyera. *Necesitaba* que le creyera—: tú no eres mi carga. No lo eres, ¿entiendes? —Aura asintió, aunque él vio la sombra de la desconfianza pasar por sus ojos—. Hay muchas cosas que no sabes, y hay muchas cosas que tengo que explicarte, solo que... No sé cuánto de la historia vas a ser capaz de creer.

Aura sonrió levemente y botó el aire que sus pulmones estaban conteniendo.

—Confío en ti, Lucas —dijo sorprendiéndolo—. Nunca me has mentido a pesar de no haberme dicho lo que sabías. Confío en ti. No me has dado demasiadas razones, pero salvaste mi vida dos veces y eso no voy a... No lo he olvidado.

Una sonrisa tiró de las comisuras de los labios del chico.

—Voy a contarte todo, Aura —prometió.

Lucas la había visto en muchas situaciones en el poco tiempo que se conocían: la había visto enfadarse, la había visto caer y levantarse, la había visto a punto de morir y luego recuperarse, la había visto sintiéndose traicionada, manipulada y, sin embargo, jamás la había visto rendirse.

—Sé que lo harás, pero no... no aún. Hay... hay algo que debo hacer primero...

—Lo que sea que necesites —respondió él con ternura, sin alejarse ni un centímetro de ella. Aura se quedó callada durante un momento, intentando buscar en su interior la fuerza para decir lo que se estaba guardando.

—¿Puedes llevarme al cementerio?

## CAPÍTULO XV

El viaje al cementerio fue más largo de lo que había esperado, aunque a la chica no le importaba. Y, al parecer, a Lucas tampoco.

No supo cuánto tiempo pasó exactamente hasta que llegaron, de todos modos. Durante todo el camino apenas cruzaron palabra, pero a ninguno le molestaba; el silencio era algo usual y bienvenido para ambos a menos que hubiera una buena razón para quebrarlo.

Aura estaba sentada casi sin moverse en el asiento del copiloto, con la cabeza recargada contra el vidrio. Los rayos del sol comenzaban a iluminarlo todo cada vez con mayor intensidad y el paisaje se desdibujaba a medida que el auto avanzaba, permitiendo ver borrosas líneas de colores en lugar de una imagen clara pasando ante sus ojos. El ruido del motor sonaba como un zumbido en los oídos de la chica, eso era lo único que escuchaba. Sus pensamientos vagaban por distintos rincones de su subconsciente, sin detenerse a analizar ninguno en particular, como si un intangible velo se interpusiera entre sus sentimientos y su mente racional. La muchacha se removió en su asiento, provocando que el cinturón de seguridad se le incrustara en el cuello, mas no le dio importancia. Lo único que sentía era el frío del ambiente a pesar de la calefacción encendida del auto.

Los vidrios estaban cubiertos por una leve capa de vapor, marcando la diferencia de temperatura con el exterior. Aura levantó un brazo hasta posar la mano sobre el cristal empañado, deslizando los dedos y trazando figuras sin sentido. Entonces el cementerio apareció frente a sus ojos. Una reja metálica separaba la necrópolis de la carretera, tan larga que apenas sabía distinguir dónde terminaba. El auto siguió avanzando, convirtiendo las lápidas de blanco cemento en un manchón borroso al pasar. El estómago de la chica se retorció.

Pronto Lucas se detuvo en la entrada al cementerio, pero Aura apenas notó cuando el motor dejó de emitir esa suave vibración. El ruido del mundo pareció apagarse, todo se convirtió en una película muda. La chica miró hacia el cielo; las nubes comenzaban a arremolinarse sobre ellos, tiñendo todo de un gris sombrío.

—Aura.

La voz de Lucas le llegó a los oídos, sacándola del estado de trance en el que se había sumido de manera inconsciente. Sin darse cuenta había dejado de moverse y se había quedado paralizada en su asiento. Lucas ya se había bajado del auto y se hallaba junto a ella, abriendo la puerta del copiloto y haciéndola reaccionar. Aura parpadeó y asintió en su

dirección por toda respuesta, desabrochándose el cinturón de seguridad con aire ausente. En cuanto salió del interior del coche una ráfaga de aire helado la golpeó en el rostro, haciendo sus mejillas y nariz enrojecer. Caminó los primeros pasos por inercia y vagamente fue consciente del ruido de la puerta del auto cerrarse tras ella. Se había detenido sin pretenderlo frente a la entrada, viendo la reja que delimitaba el inicio del lugar. O el término, dependiendo de cómo se le viera, y no reaccionó hasta que sintió la mano del chico rozar la suya.

—¿Seguro quieres hacer esto?

—Claro que sí.

—Me refiero —dijo él situándose frente a ella, obligándola a verlo— a que no tienes que hacer esto *justo ahora*. Puedes esperar un tiempo...

—Para entonces sería abrir la herida de nuevo —replicó—. Necesito avanzar. Necesito olvidarlo, Lucas. ¿Estás conmigo o no?

—Hasta el final.

Aura le dedicó una sonrisa, sintiendo que un extraño sentimiento la embargaba.

—Vamos a eso entonces.

La alta verja metálica los recibió, pintada de un extraño color verde oscuro. Se dio cuenta del suelo nevado, que dejaba las pisadas marcadas a medida que ambos caminaban.

—¿A qué fecha estamos, exactamente? —preguntó.

Lucas parpadeó confundido por un segundo.

—Diciembre diecisiete.

La comprensión le llegó de golpe. Sabía que había estado en coma, pero no se había dado cuenta del tiempo perdido hasta ese momento. Seis días de su vida completamente en blanco... O negro, más bien.

—El invierno se acerca... —susurró tan bajo que Lucas no llegó a escucharla.

Ambos se detuvieron ante la reja metálica y, sin poder evitarlo, Aura se sintió pequeña comparada con la inmensidad del lugar.

—Lugar donde descansan los restos mortales de los difuntos —murmuró Lucas de pronto.

—¿Qué?

—Está escrito aquí —señaló el chico.

Aura se acercó hasta leer la placa de mármol que estaba a un costado de la entrada. Frunció el ceño.

—Ahí dice «de los difuntos mortales».

—Eso sería una redundancia —replicó él—. Aunque todo el concepto *es* una

redundancia.

—Supongo que nadie viene con la intención de quedarse —concedió Aura. Entonces Lucas se adelantó y abrió la puerta con un chirrido de las bisagras y ambos entraron cerrando tras ellos.

En el interior todo estaba desierto, aunque era tan temprano que Aura no se lo hubiera esperado de otra manera. Sus ojos recorrieron el lugar, adaptándose, intentando comparar la visión ante sus ojos con sus recuerdos de hacía dos años, la última vez que había entrado. Era tal como lo recordaba. La única diferencia era la nieve; no había nevado el día del entierro. Un nudo se formó en su garganta, mas no dejó que eso le afectara. Caminó con ambas manos metidas en los bolsillos de la chaqueta que Lucas le había dado. Tendría que ir por ropa a su casa luego de eso, ya que no pensaba quedarse en ese lugar. Al menos, no de momento.

El muchacho caminaba en silencio a su lado, siguiendo sus pasos a través de las lápidas de cemento. Aura paseaba la mirada sobre las placas grabadas de mármol. Algunas tenían dedicatorias en ellas, otras, pequeños dibujos tallados, mientras que otras no contenían más que el nombre y las fechas de nacimiento y muerte de la persona. No pudo evitar pensar en lo efímero que era el paso de un ser humano por la tierra comparado con el tiempo de vida del mismo planeta.

—Ha pasado tiempo desde la última vez que entré aquí —comentó la chica—. Se siente extraño volver... —habló más para sí misma. Lucas no dijo nada, quizá dándose cuenta de ello—. Recuerdo que antes solía venir aquí cuando quería estar sola. Sé que es extraño, pero no sé, creo que de algún modo me calmaba... Recorría todo el lugar, viendo los nombres de cada persona que ha muerto, preguntándome cuál había sido la historia de su vida, imaginando qué los habría llevado a la muerte, si la vejez, una enfermedad... u otra cosa. Nunca se sabe.

»Después de un tiempo las historias se olvidan. Por ejemplo, él —dijo señalando una lápida cualquiera. Lucas siguió con la mirada el lugar al que ella apuntaba—, a juzgar por las fechas puedo suponer que murió de vejez, y el nombre de la mujer enterrada junto a él es la esposa... Murieron en fechas cercanas. Quizás ella simplemente no quiso vivir luego de que él muriera. Pero ¿cómo saberlo? Si no tuvieron hijos y ya no les queda más familia viva... su historia de vida muere con ellos. Es curioso y a la vez extraño pensar que algún día todos seremos eso, un simple nombre grabado en piedra.

—¿A eso te referías cuando dijiste que nadie viene con la intención de quedarse? ¿A que nadie quiere venir y ser... un nombre escrito en una lápida?

Aura asintió.



—¿Querrías tú?

Durante un momento Lucas no dijo nada. El chico miró hacia arriba, hacia el cielo nublado, como meditando su respuesta. Aura detuvo su avance y miró hacia el cielo también, respirando el aire frío del ambiente, viendo cómo el vapor salía de su boca como pequeñas volutas de humo. Lucas jamás contestó, mas la respuesta estaba clara. Aura sonrió y bajó la cabeza, mirando de reojo hacia adelante.

—Llegamos.

Lucas miró hacia la lápida frente a ellos. Aún estaban lejos de llegar a la que Aura se estaba refiriendo, aun así, supo que ese era el lugar.

—Anda. Yo estaré por acá.

La muchacha asintió casi imperceptiblemente con la cabeza, sin moverse de donde estaba. Sintió el roce de la mano del chico contra la suya, dándole ánimos. Aura le sonrió en respuesta y se dirigió hacia la tumba.

Caminando como si tuviera todo el tiempo del mundo, Aura pudo sentir su corazón palpitándole en las sienas. Se notaba nerviosa, cuestionándose qué se suponía que iba a hacer. ¿Por qué había ido allí en primer lugar? Ella no creía en una vida después de la muerte, tampoco creía que si le hablaba a una tumba inerte hiciera mucha más diferencia que si pronunciaba las mismas palabras en cualquier otro lugar, pero todas las dudas se desvanecieron de su cabeza en cuanto las palabras grabadas en mármol aparecieron con claridad frente a sus ojos.

La chica se subió al pequeño pedestal de piedra que era la tumba y se arrodilló frente a la lápida. Entonces, suspiró.

STEVEN CROMWELL

1971 — 2015

«La luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas  
no han podido apagarla».

Aura exhaló todo el aire que apenas era consciente de estar conteniendo. «¿Quién habría elegido esa frase?», no pudo evitar preguntarse. Miró hacia el suelo, hacia la loza sobre la que estaba arrodillada, mientras que sus propias palabras le volvían a la cabeza. «Algún día todos seremos eso, un simple nombre grabado en piedra».

—Supongo que era de esperarse que algún día terminara viniendo —dijo con una pequeña sonrisa, a pesar de que no había nada de felicidad en cómo se sentía—. De haber estado vivo hubieras apostado conmigo, me habrías dicho «terminarás por ir», porque

sabrías que tarde o temprano lo haría. Y yo habría discutido contigo, porque... Bueno, yo no lo sabía.

»Ha pasado tanto en estos dos años, de tanto te has perdido... Muchas cosas han cambiado, ¿sabes? Supongo que eso es lo que pasa cuando alguien se va, intentas seguir con tu vida como si todo siguiera igual aun cuando nada lo es.

»Fue extraño intentar acostumbrarse a tu ausencia... Pero es que había tantas cosas que... que no cuadraban... —terminó diciendo ahogadamente. Sentía que el aire a su alrededor escaseaba y que una opresión en su pecho le impedía ingresar el oxígeno a sus pulmones. Un nudo en su garganta apenas la dejaba hablar, mas luchó por deshacerlo. Suspiró, llamando a la calma—. Ahora me doy cuenta de eso, incluso cuando antes me fue imposible verlo. Me dejé engañar, papá, no debí haberlo hecho, pero lo hice, fui estúpida al creer que ella no tenía razones para mentirme, fui estúpida al confiar, al no darme cuenta de que lo último que esperamos que hagan las personas es lo último que hacen antes de darnos cuenta de que ya no podemos confiar en ellas. Y te fallé... Durante todo este tiempo te odié... pensando que elegiste un destino en el que no había lugar para ninguna de nosotras, un destino en el que no fuimos suficiente... Un destino que no elegiste en realidad... —Su voz se quebró con la última palabra, y no pudo decir nada más.

Enterró la cara entre las manos, las que se humedecieron con las lágrimas que, cuando menos se dio cuenta, ya empapaban todo su rostro. Pasaban tantas cosas a la vez por su cabeza que ninguna de ellas lograba permanecer en su cerebro. Las ideas... se desvanecían, simplemente se desvanecían. Eso era lo que pasaba cuando las emociones eran demasiado fuertes, demasiado abrumadoras, tanto que a veces logran quitar de tu mente cualquier otro pensamiento que no sea la ridícula sensación de estar ahogándote en ellas.

—Dije tantas cosas de las que ahora me arrepiento... —musitó con la voz en un hilo—. Y por eso yo... —No podía. Hablar, pensar, incluso respirar se le hacía imposible, sin embargo, tenía que recomponerse, tenía que ser fuerte, y esta vez no solo por ella; no iba a dejar que la situación la hiciera pedazos, a pesar de que parte de su cerebro intentara convencerla de que ese era el camino más fácil—. Lo siento... Lo siento...

Decían que las cosas más difíciles de decir son las que más importan, y nunca hasta ese entonces se había dado cuenta de lo cierto que era.

Aura nunca supo cuánto tiempo pasó hasta que las lágrimas cesaron. Ahí, arrodillada sobre la fría loza de piedra, el tiempo parecía detenerse. Dentro del cementerio no había nadie más salvo ella, Lucas y los restos de los incontables mortales que habían llegado a parar ahí para el resto de la eternidad. No había ruido además del leve sonido que producía

el casi inexistente viento al mover las hojas de los árboles.

Suspiró, atreviéndose por fin a desenterrar el rostro del escondite que se había creado entre sus manos. Miró de reojo lo que la rodeaba; aún quedaban restos de nieve de la noche anterior, a pesar de que estos ya empezaban a derretirse. De pronto todo a su alrededor se sintió como una realidad diferente.

Un movimiento a su izquierda llamó su atención. Lucas se hallaba tan solo a unos escasos metros de distancia, con la mirada perdida en algún punto que la chica no alcanzaba a divisar. Y, como si pudiera intuirlo, Lucas miró en su dirección. Aura sonrió levemente, mientras que él comenzaba a caminar hacia donde la muchacha se encontraba. Se acomodó sobre la tumba mientras Lucas se sentaba junto a ella.

—«La luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no han podido apagarla» —leyó.

Aura asintió, mirando nuevamente a la lápida.

—No pudo haber una frase más apropiada.

—Dijiste que no habías venido aquí en dos años —comentó el chico—. ¿Es que no viniste al... entierro?

—Sí lo hice —se apresuró a decir—. Sí lo hice, pero no me acerqué. Yo solo... me quedé detrás de la multitud y esperé a que todo terminara. Me fui sin siquiera mirar atrás.

Lucas asintió con la cabeza, y la observó con aquella extraña expresión que ella nunca había podido descifrar. Ninguno pronunció palabra; tan solo se quedaron ahí, inertes uno al lado del otro, como suspendidos en el tiempo a pesar de que este seguía su curso. El aire helado del ambiente parecía clavarse en la piel de la chica como pequeñas agujas, sin embargo, llevaba tanto rato conviviendo con esa sensación que había terminado por acostumbrarse.

—¿Crees que ya debemos irnos?

Ella asintió, mas ninguno se movió de donde estaba. Aura inspiró profundamente, reteniendo el aire en sus pulmones solo por el gusto de hacerlo, y vio cómo el vapor salía de su boca al botar el aire. Entonces fue consciente de cómo a su lado Lucas se levantaba

—¿Estás bien?

Aura miró una vez más a la lápida de mármol. El nombre escrito en ella, la fecha... Todo, absolutamente todo quedó grabado en su memoria, y supo que ese momento jamás lo olvidaría. Levantó una mano hasta posarla sobre la inscripción, pasando sus dedos con debilidad por cada letra grabada, por cada número... Hasta que la dejó caer. Con un suspiro giró la cabeza hacia Lucas.

—Voy a estarlo —dijo esbozando una pequeña sonrisa. Lucas le devolvió la sonrisa y extendió un brazo para ayudarla a levantarse. Cuando tiró de ella, con mucha más fuerza de

lo que Aura se esperaba, el impulso hizo que sus cuerpos casi chocaran. Por un segundo creyó que caería, pero Lucas la sujetó por la cintura evitando que tropezara. Aura, a pesar de todo, rio—. O tú eres demasiado fuerte o yo soy demasiado liviana —comentó observando el suelo bajo ella.

—Creo que ambas —contestó con suficiencia.

Aura lo miró con un brillo divertido en los ojos. Entonces se percató de lo cerca que estaban uno del otro y el brillo se desvaneció de su mirada. De pronto fue consciente de los brazos de Lucas rodeando su cintura y su respiración se aceleró a pesar de que sentía que el oxígeno escaseaba. Los músculos del chico se tensaron contra su cuerpo producto de la cercanía y... no se vio capaz de alejarse. Lucas, por su parte, tampoco pudo moverse; su mente estaba en blanco, lo único que pasaba por su cabeza era la imagen de la chica que tenía delante. Aura exhaló el aire que no sabía que estaba conteniendo al darse cuenta de que ahora solo unos escasos centímetros los separaban. Sus respiraciones se mezclaban y sus rostros casi se tocaban. Los ojos oscurecidos del chico miraban directo a los suyos y, por un momento, ninguno se movió. Así, sin darse cuenta, sus labios se juntaron. Aura cerró los ojos, sintiendo que todo el aire se le escapaba de los pulmones. Fue apenas un segundo, tan solo un fugaz roce de sus labios entreabiertos contra los de Lucas, pero fue capaz de enviarle escalofríos a todo el cuerpo. El chico suspiró contra su boca cuando Aura se separó solo unos pocos milímetros para verlo a los ojos. Su corazón martillaba desaforado contra su pecho, tanto que casi dolía. Entonces tuvo apenas un segundo para arrepentirse por haberlo besado, porque la mirada que él le lanzó borró todos los pensamientos de su cabeza. Y en ese momento él la atrajo hacia sí de nuevo, cortando súbitamente toda la distancia que los separaba.

La muchacha jadeó cuando sus labios chocaron y por instinto entreabrió los suyos para responderle con la misma ansiedad con que él la besaba, uniéndose en aquel beso lascivo que ninguno iba a poder sacarse de la cabeza. Lucas la estrechó entre sus brazos, juntando aún más sus cuerpos, como si temiera que la chica fuera a desvanecerse si la soltaba. Aura enredó sus dedos en el negro cabello del chico, sintiendo los latidos desenfrenados del corazón de Lucas a través de su piel. Apenas podía respirar, pero no le importaba; había cosas por las que valía la pena perder el oxígeno. Lucas recorrió con una de sus manos el torso de la joven, haciéndola temblar, hasta llegar a la parte trasera de su cuello, donde tiró de ella con firmeza para acercarla aún más a él, mientras rozaba con sus dientes uno de los labios de Aura. El sabor de su boca, su aroma... Todo de ella para él resultaba embriagador y supo con abrumadora claridad que jamás tendría suficiente.

Sin embargo, para ella, todo se convirtió en dolor cuando el chico tocó el hombro que una

vez en un sueño se había golpeado. Aura ahogó un gemido y se separó con brusquedad, con la respiración acelerada y el pulso palpitando en su hombro, enviando un dolor punzante por sus terminaciones nerviosas.

—¿Estás bien? —preguntó Lucas con la preocupación tiñendo su voz. Aura negó con la cabeza. Haciendo una mueca bajó la manga de su camiseta dejando al descubierto el golpe que había creído ya sano. Era evidente que ese no era el caso; el cardenal se extendía desde la parte trasera de su hombro hasta llegar casi al hueso de la clavícula—. ¿Cómo te hiciste eso?

Ella desvió la vista hacia Lucas, quien miraba el color violáceo de su piel con una expresión extraña en el rostro.

—Fue... —titubeó. ¿Cómo se supone que debía decirlo, exactamente?—. Fue en un sueño —confesó, mirándolo a los ojos por fin. Él apretó la mandíbula, puede que culpándose. Aura suspiró, sintiendo que hasta respirar dolía—. Lucas —dijo; él no la miraba—, hiciste que las marcas se fueran una vez, ¿crees... que puedes hacerlo de nuevo?

Él asintió sin decir palabra y tomó la muñeca de Aura entre sus manos, deslizando los dedos con suavidad por el largo de su brazo. Al principio sintió que ardía, mas no dijo nada. Pronto, gradualmente, las marcas comenzaron a desvanecerse, llevándose el dolor consigo, y su piel volvió a tener un color normal. Aura intentó controlar su respiración mientras los dedos de Lucas seguían subiendo hacia su hombro, pero el roce le enviaba descargas eléctricas a todo el cuerpo. Sentía que temblaba, que su pulso se aceleraba; todos sus sentidos respondían al tacto y a la presencia del chico que tenía delante. Cuando llegó a su cuello Aura hizo una mueca, mordiéndose el interior de la boca para no demostrar el dolor que sentía. Y de repente todo ese dolor desapareció, y hubiera sido capaz de pensar con claridad si Lucas no hubiese estado tan cerca, pasando los dedos con delicadeza por su clavícula. Sus labios aún cosquilleaban por el recuerdo del beso. Aura no se movió y Lucas tampoco lo hizo, a pesar de que las marcas en su piel ya se habían desvanecido.

Cuando él levantó la cabeza sus miradas turbias se encontraron; estaban tan cerca que sus respiraciones se mezclaban, pero ninguno se movió tanto como para acercarse o alejarse del otro: ese fue el momento que pareció congelarse en el tiempo. Lucas le pasó un mechón de cabello rubio tras la oreja, solo unos escasos centímetros los separaban una vez más y sus narices casi se rozaban. Aura no se atrevió a seguir mirándolo a los ojos. El chico suspiró y, justo cuando estaba a punto de cerrar la distancia que los separaba, el sonido del metal chirreando llegó a sus oídos.

Ambos se separaron, reacios, tan solo lo suficiente como para mirar en dirección a la reja de metal del cementerio que se abría a lo lejos dejando entrar a un pequeño grupo de

personas a la necrópolis: la soledad se había acabado.

—Deberíamos irnos —murmuró Lucas sin moverse; en su lugar miró a la chica, quien asintió de manera casi imperceptible con la cabeza. Nuevamente, ninguno se movió.

—Sí —dijo en un susurro que Lucas jamás hubiese escuchado de no haber estado tan cerca—. Sí, deberíamos irnos.

Así, a regañadientes, ambos se separaron y emprendieron el camino hacia el estacionamiento.

En todo el tiempo que duró el trayecto ninguno de los dos pronunció palabra. La tensión estaba presente en el ambiente y un denso silencio se cernía esta vez sobre ellos: un silencio que ninguno se atrevió a romper. La chica apoyó la cabeza sobre el vidrio, esperando que el frío del cristal la ayudara a despejar sus pensamientos, observando el camino que pasaba a toda velocidad, el cielo, los árboles, lo que fuera para evitar la mirada de Lucas que a momentos se posaba sobre ella.

—¿Qué hacemos ahora? —había preguntado él al salir del cementerio.

—Creo que tienes muchas explicaciones que darme —contestó ella.

Lucas asintió.

—Hay un lugar que quiero mostrarte. Cuando llegemos te diré todo.

Un millón de cosas pasaron por la cabeza de Aura en ese momento, mil preguntas de las cuales la mayoría le daba miedo formular en voz alta casi tanto como las posibles respuestas, así que se limitó a asentir con la cabeza y a subirse al auto.

A medida que el tiempo avanzaba el tráfico fue disminuyendo considerablemente hasta que entraron en la carretera. Las nubes cada vez cerraban más el cielo. Quizá llovería esa noche, pensó Aura, mientras jugueteaba con los pequeños pendientes azules que tenía desde que poseía memoria. No mucho después un bosque apareció frente a sus ojos a un lado de la carretera y, para su sorpresa, fue ahí donde Lucas se desvió de la trayectoria que marcaba el camino de cemento. Los árboles pronto taparon la poca luz grisácea que las nubes dejaban pasar, oscureciendo todo como si estuviese de noche.

Lucas detuvo el auto.

—Es aquí. —Y se bajó del auto sin esperarla.

Aura llenó sus pulmones al máximo y bajó del auto también, sintiendo el cambio de temperatura al hacerlo. Cerró la puerta tras de sí y siguió a Lucas a través de los árboles hasta que estos comenzaron a desaparecer. Un extraño sendero apareció entre los matorrales y los condujo hasta un claro en que la neblina no dejaba ver más allá de unos escasos metros por delante de ellos.

El ambiente tenía un toque lúgubre, misterioso, que a ambos muchachos parecía gustarle. Aura se detuvo, observando la niebla como si quisiera ser capaz de tocarla, mientras que Lucas seguía avanzando delante de ella con rapidez, sin saber en realidad a dónde quería llegar, casi tratando de ganarle a los pensamientos que lo perseguían.

—Lucas —lo llamó. Él se detuvo, volviendo a la realidad—. Solo... solo dime lo que tienes que decirme.

Por unos segundos se quedó rígido, para luego asentir despacio y mirar hacia todos lados como si esperara que, de la nada, algo surgiera.

—Hace mucho tiempo existió un lugar muy lejos de aquí, no sé exactamente dónde, solo sé que era conocido como La Aldea de las Brujas.

»En él vivían varios clanes. O aquelarres, como prefieras llamarlos. Vivían en paz unos con otros, en una comunidad en la que todos ayudaban a todos. Había un clan en particular, llamado Arym. Las brujas de Arym eran conocidas por su magia elemental, podían controlar el poder de los cuatro elementos, así como cualquier hechizo derivado de ellos. Dentro de los clanes la comunidad era regida por los Mayores, la bruja o el brujo más antiguo del clan, pues se decía que, aparte de ser los más sabios, eran también los más poderosos.

»Un día uno de los matrimonios que vivían dentro de Arym quedó esperando su primer hijo. El padre del niño se llamaba Evan. Fue un hecho de celebración entre las brujas, como cada vez que se anunciaba la llegada de un nuevo miembro. Y la familia estaba contenta; tener un hijo para ellos fue casi un milagro, porque se decía que la mujer había tenido problemas para concebir en el pasado. Durante los nueve meses nadie siquiera sospechó lo que estaba por venir... En fin, el día predicho del nacimiento llegó. Esa noche una sombra extraña se instaló en la Aldea, como... como un *presagio*. Nadie supo exactamente qué pasó en esa casa, ni cómo, pero Evan lo explicó después: su esposa... ella... No era una bruja, sino un demonio con forma humana.

»No sé cómo lo descubrió, pero en cuanto su hijo nació, él la apuñaló con una daga de plata, sabiendo que el metal podía herir a los demonios, mas la que creía su esposa no murió, sino que, herida, huyó al inframundo y se llevó a su hijo con ella.

»Él... era Stephan, Aura —dijo Lucas. Y la chica no supo qué responder, porque parte de ella ya lo sabía—. Al momento de su partida, las brujas supieron que él sería una amenaza para ellas, que Stephan se convertiría en su enemigo y que necesitarían defenderse. Entonces los Mayores de los clanes se reunieron y anunciaron una profecía, una que decía que un día llegaría quien pudiera matar al brujo mitad demonio, si se combinaban los tres elementos que representaban su debilidad. Así podrían vencerlo.

»No muchos días pasaron hasta que una mañana la Mayor del clan de los Arym halló a una bebé en la entrada de la Aldea. Nunca supieron cómo llegó hasta allí o quién la dejó, sin embargo, ella estaba convencida que era la muchacha de la profecía. «Puedo verlo en sus ojos», fueron sus palabras.

»Por años la niña fue criada como bruja más. Después de todo, en parte lo era, pues más tarde descubrieron que también tenía poderes: podía manipular a las sombras y controlar la oscuridad a su antojo. Así fue como las brujas confirmaron que ella era de quien trataba la profecía.

»Ahora bien, durante años no se supo de Stephan, de su madre menos aún. Años en los que las brujas entrenaron a la niña y le enseñaron a controlar sus poderes, en espera del día en que la profecía se cumpliera. Mientras más tiempo pasaba, más estaban convencidas las brujas de que el demonio había muerto. Hasta que un día Evan apareció muerto en la plaza de la Aldea. Stephan estaba decidido a matar al clan de los Arym, aun si eso significaba acabar con toda la Aldea para lograrlo, y se lo hizo saber a las brujas. Él sabía que ahí vivía su peor enemiga, la chica de la profecía que podría matarlo, su debilidad, por así decirlo, porque si bien se podía crear un arma para vencerlo, de nada serviría si no era ella quien la empuñaba. Sin eso una espada sería una simple espada, y una espada por sí misma no podía matarlo.

»Entonces llegó el día en que Stephan volvió y arrasó con la Aldea clan por clan, dejando a los Arym para el final, para que sintieran la desesperación de saber que morirían. La chica no estaba lista para pelear contra él y, aunque lo estuviera, no tenía el arma aún, así que no podría hacer mucho por más fuerza que sus poderes tuvieran. Stephan iba a matarla a ella... A todos en la Aldea y a salirse con la suya. Pero la Mayor no iba a dejar que eso pasara. Ella hizo una nueva profecía en ese momento, junto con un hechizo para asegurar que esta se cumpliría. Si la muchacha fallecía, se iría a un limbo, donde su espíritu absorbería el poder de todas las brujas que ese día murieran, así como el poder de todos los antepasados del clan Arym, y su magia se iría retroalimentando con el paso de los años hasta que fuera lo bastante fuerte para matar al demonio de una vez por todas, quien, siendo inmortal, seguiría vivo sin importar el tiempo que pase.

»Según lo que la mujer dijo ese día, Stephan no podría volver a usar sus poderes del mismo modo hasta que sus fuerzas y las de la chica se hubiesen igualado. Entonces, solo entonces, ella reencarnaría.

Aura miraba al chico sin saber qué decir o qué pensar, a pesar de que su mente estaba hecha un caos de pensamientos que se revolvían en su cabeza intentando separar lo que creía cierto y lo que no, aunque por algún motivo no lo estaba logrando: era como si parte



de ella creyera ciegamente en cada una de las palabras que Lucas había pronunciado, mientras que otra se mantenía al margen, como si no supiera de qué lado estar.

Frotó sus brazos con sus manos, de pronto sintiendo más frío que hacía un momento. Miró a la neblina que se arremolinaba cada vez más cerca de ambos, a los árboles que había a metros de ellos, a las pequeñas flores blancas que resaltaban en lo verde del césped y, por último, miró a Lucas, a esos ojos violetas que desde un primer momento la habían enganchado.

—¿Qué pasó después? —quiso saber.

—Después... Después ella te dijo que huyeras, que quizá si salías de ahí a tiempo pudieras salvarte, pero Stephan te siguió hasta el bosque que marcaba el final del territorio. Luego... *moriste*, junto con todo el resto de los habitantes de la Aldea de las Brujas. —El silencio fue lo que les siguió a sus palabras, un silencio aplastante que se cernía luego de que la verdad hablara—. Bueno, no todos —continuó Lucas con lentitud al ver que ella no respondía—. Hubo ciertos que lograron salvarse, miembros de familias de distintos clanes, fueron pocos, menos de los que puedes contar con los dedos de mi mano. Uno de ellos era un Arym, quien gracias al hechizo de la Mayor logró permanecer oculto de las sombras. No fue en vano. Su vida no fue gratis del todo; su misión era, en sí, vivir, continuar con el linaje de los Arym y traspasar de generación en generación los recuerdos de lo ocurrido en la Aldea, hasta que un día alguien encontrara a la chica de la profecía reencarnada. Ahí su trabajo sería decirte exactamente lo que te estoy diciendo ahora, Aura. Esa chica eres tú. Viviste antes, sé que es difícil de creer, pero te juro que todo esto es verdad. Soy descendiente de los Arym, y tú eres quien tiene que matar a Stephan. —Aura abrió y cerró la boca varias veces sin saber qué decir. Estaba confundida y sentía un peso en el pecho como si fuera la carga que ahora se le estaba imponiendo—. Di algo —pidió el chico.

Ella lo miró directo a los ojos, esperando que él se diera cuenta solo con eso de la súplica implícita en ellos.

—Es que no sé qué decirte, Lucas —susurró.

—Di que me crees —se apresuró a responder—. Solo di que me crees, Aura, con eso me basta.

Aura cerró los ojos durante un segundo. La cabeza había comenzado a dolerle.

—¿Es por eso que... puedo controlar a las sombras?

El chico asintió.

—Las sombras que ves... Esas que... se meten en tus sueños, esas que una vez me preguntaste si estaban vivas... Esas son de él, no tuyas. Son una manifestación de los poderes

que controla. Poderes que tú también tienes.

Aura asintió despacio, sin decir nada. A pesar de lo ilógico de todo, las piezas comenzaban a encajar una a una en su cabeza. Los sueños, las sombras; todo, poco a poco, cobraba sentido.

—¿Qué hay de las marcas? —preguntó—. ¿Por qué cada vez que me toca queda una marca en mi piel?

—Son enemigos naturales, las marcas solo representan eso. Si te diste cuenta, tú también puedes marcarlo.

Y sí que se había dado cuenta. Entonces la voz de Stephan habló en su cabeza, salida de un sueño que apenas recordaba.

—Así es como Stephan se refería a ti —comentó de pronto. Lucas la miró sin comprender—. Antes del coma, cuando me contó la verdad sobre mi padre, sus palabras fueron: «No estaba tras de ti al principio. Ni sabía que habías vuelto. Yo iba tras el brujo».

—Él no quiere a ningún descendiente de los Arym vivo. Es correcto decir que me odia por eso casi tanto como a ti, ya que si estoy vivo significa...

—Que puedes contarme todo —terminó ella por él.

—No solo eso, aunque ese es gran parte del motivo. Pero yo, así como tú, soy uno de los elementos que forman el arma que puede matarlo.

—Hace un rato dijiste que eran tres...

—Más bien, cuatro —se corrigió Lucas—. Él es un demonio, por lo que, técnicamente no puede morir, pero a la vez es un brujo, uno del aquelarre de los Arym, para ser precisos, lo que lo hace mortal si se combinan los elementos correctos: la plata, un metal tan puro que es capaz de herir el alma corrompida de un demonio, es el primero. La sangre de los de su propia especie conforma el segundo y tercero: la sangre de un demonio, y la sangre de un brujo de Arym.

—O sea, tú.

—O sea, yo —asintió el chico.

—Y yo debo ser quien empuñe la espada —adivinó Aura—. Sino, una espada es una simple espada, y una espada no puede matar a un demonio —citó.

Lucas esbozó una débil sonrisa, o al menos eso intentó.

—Entonces... ¿me crees? —se atrevió a preguntar.

Aura lo meditó durante unos segundos que a él se le hicieron eternos.

—No tiene lógica. No tiene sentido... —advirtió—. Pero sí, te creo, Lucas, porque, a pesar de todo, en cierto modo *sí tiene* sentido. —Lucas exhaló todo el aire que tenía contenido y, sin que ella pudiese preverlo, la atrajo hacia él y la rodeó en un abrazo del que

no pudo ni quiso zafarse—. ¿Por qué yo? —preguntó sin mirarlo—. Me refiero a... ¿Por qué debo ser yo quien empuñe la espada? ¿Por qué no funcionaría si otra persona lo hace?

Lucas se separó de ella, solo lo suficiente para mirarla a los ojos.

—La profecía, la primera que los Mayores lanzaron luego del nacimiento de Stephan. En ella decía que quien empuñara la espada tenía que ser su igual, alguien con la misma capacidad de controlar los poderes que tiene.

—O sea, yo —finalizó Aura.

Lucas asintió.

—O sea, tú.

Ninguno dijo nada durante un momento. Aura se quedó quieta, con la mirada perdida en la niebla, sintiendo el frío y la humedad pegarse a su piel, intentando recordar algo de su pasado, lo que fuera, pero era inútil. Aun así, la sensación de que nada de lo que Lucas le había dicho era nuevo para ella seguía acompañándola.

—¿Crees que pueda hacerlo? ¿Crees que sea capaz? Porque yo no... No estoy segura de poder hacerlo sola...

—¿Y quién dijo que estás sola? —contestó él con una sonrisa.

Aura sonrió mientras que el silencio volvía a apoderarse del ambiente. No habían hablado de lo que pasó en el cementerio, mas en ese momento, cuando ninguno de los dos sabía qué más decir, Aura supo que tanto él como ella aún tenían presente el beso que se habían dado.

Lucas carraspeó.

—Deberíamos pasar por tu casa. Si no tienes pensado volver en un tiempo, entonces deberías ir por tus cosas.

La chica asintió.

—Bien... Pero yo conduzco esta vez.

—Manejas como el demonio —soltó Lucas con ironía. Aura se limitó a reír entre dientes y a no despegar la vista de la carretera—. ¿Es legal siquiera ir a esta velocidad?

—¡Ya deja de quejarte! —exclamó ella—. ¡No hay nadie en la carretera con quien podamos chocar!

Y era cierto. Lucas rio.

No tardaron demasiado en llegar a casa de la chica. La carretera estaba desierta, pues si la gente no estaba en el trabajo a esa hora estarían, o bien almorzando, o algunos estudiando. Al llegar Aura detuvo el auto en el estacionamiento vacío, ya que su madre no estaba. Apagó el motor y se bajó del auto, sin esperar que Lucas fuese tras ella.

—¿Qué pasa?

En un movimiento tan rápido que apenas fue capaz de registrar, el chico le quitó las llaves.

—Yo conduzco de vuelta —sentenció.

Aura sonrió y con una risita se volteó para seguir su camino.

No mucho después ambos se hallaban de vuelta en la casa de Lucas, con las horas siguiendo su curso hasta que el sol desapareció por completo del cielo nublado. Cuando el reloj marcó las diez de la noche la chica ya estaba bostezando; demasiadas emociones por un día. Se dirigió a la que sería su habitación por tiempo indefinido, un cuarto contiguo al de Lucas. Arrastraba los pies por el suelo como si levantarlos para caminar supusiera un esfuerzo que no se veía capaz de realizar.

La puerta de la habitación del chico se abrió de pronto, y antes de que le diera tiempo de reaccionar, se encontraron frente a frente.

—Y-yo... Creo que ya voy a dormirme —tartamudeó bajando la mirada, intentando que él no notara lo mucho que le afectaba que sus cuerpos estuviesen tan cerca.

Lucas asintió.

—Descansa.

Aura sonrió y retomó su camino, pero la extraña sensación de que algo faltaba se abrió paso a través de su subconsciente.

—Lucas —lo llamó antes de que el chico se fuera. Él se volteó, con sus ojos violetas brillando hacia ella. Aura jamás había sido buena con las disculpas, su orgullo se lo impedía, sin embargo, después de todo lo que había pasado en las últimas semanas... Eso era lo de menos—. Lo que dije en el hospital... Lo siento.

Al chico le tomó un momento procesar las palabras. Finalmente asintió en su dirección, con una leve sonrisa comenzando a formarse en su rostro, y Aura supo en ese momento, mientras el chico desaparecía tras uno de los pasillos, que encontrarían la forma de que todo saliera bien.

Los segundos se transformaron en minutos, y estos, con el paso del tiempo, se transformaron en horas, horas en las que el insomnio se había apoderado de la mente de Lucas. Su cabeza daba vueltas y vueltas en torno a Aura y a una sola idea que se le venía a la cabeza cuando pensaba en ella: era un idiota. ¿Qué demonios estaba haciendo? ¿Por qué la había besado? ¿Por qué complicar las cosas cuando la situación era ya de por sí complicada? Pero su cuerpo parecía no escuchar las razones. Y la verdad es que gran parte de su cerebro tampoco lo hacía. Lo único que escuchaba era la respiración agitada de Aura contra sus

labios, preso de un hormigueo en todo el cuerpo al evocar el recuerdo que se negaba a desaparecer tanto de su cabeza como de sus sentidos.